

EL MATRIMONIO CRISTIANO: UN IDEAL CONVERTIDO EN REALIDAD

Jaime Ferrer-Mercedes Escolá
Movimiento Familiar Cristiano

PRÓLOGO	4
INTRODUCCIÓN	5
I. VOLUNTAD DE DIOS	6
DIOS NOS LLAMA POR DIFERENTES CAMINOS	8
EL MATRIMONIO ES UNA VOCACIÓN	9
VOCACIÓN DE DIOS	10
LA FAMILIA ESTÁ SIENDO MUY ATACADA	12
II.- AMOR	14
¿QUÉ ES EL AMOR?	15
EL AMOR TIENE UNAS EXIGENCIAS	21
MATRIMONIOS QUE HAN FRACASADO	23
DIOS SALE EN AYUDA DEL MATRIMONIO	24
III. UNIDAD	25
HAY QUE «CASARLO» TODO	27
OBSTÁCULOS A LA UNIDAD	29
- Individualismo:	29
- Caracteres diferentes:	29
- Mal carácter:	30
-Fronteras entre los cónyuges	30
SEPARADOS Y DIVORCIADOS	31
IV. MUTUA AYUDA	33
DURANTE EL NOVIAZGO	34
EN TODOS LOS ASPECTOS DE LA VIDA	35
V CONFIANZA Y DIALOGO	37
LA COMUNICACIÓN DE LOS BIENES	38
HAY QUE APRENDER A DIALOGAR	40
DIFICULTADES	41
- Diferencias psicológicas:	41
- Diferencias temperamentales:	41
La superficialidad y el materialismo	42
Falta de intimidad	42
Abandono del diálogo	42
Actitud insistente o fastidiosa en el diálogo	42
Espíritu agresivo	43
Falta de tiempo	43
LÍMITES DEL DIÁLOGO	44
CARACTERÍSTICAS DEL DIÁLOGO	44
MUTUA AYUDA ESPIRITUAL	45
VI. CONSEJOS EVANGÉLICOS	47
LA POBREZA EVANGÉLICA Y LA AUSTERIDAD	48
- La pobreza debida a las circunstancias:	48
La pobreza elegida libremente:	50
LA HUMILDAD Y LA SENCILLEZ	55
VII. LA FAMILIA	58
AUTORIDAD EN LA FAMILIA	59
RELACIONES FAMILIARES Y SOCIALES	61
ACTITUD QUE DEBEN TENER LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA	63
VIII. TRABAJO	65
LOS BIENES MATERIALES	65
EL TRABAJO DEL MARIDO Y DE LA MUJER	66
ALGUNOS CASOS QUE NOS PUEDEN AYUDAR	67
IX. SEXUALIDAD Y FECUNDIDAD	71
LA SEXUALIDAD EN EL PLAN DE DIOS	72
- Castidad en el matrimonio:	73
- Confianza en Dios:	73
PATERNIDAD RESPONSABLE	74
Naturaleza caída:	74
Mentalidad anticonceptiva:	74
- Los métodos naturales:	76
X. LOS HIJOS	78
Las preguntas de los niños:	81
Defectos de los hijos	82

LA TRANSMISIÓN DE LA FE	84
La oración de la familia:	85
Cuando los hijos se alejan de la Iglesia	85
LAS VIRTUDES HUMANAS	86
XI. SANTIDAD.....	88
¿EN QUÉ CONSISTE ESENCIALMENTE LA SANTIDAD?	90
¿CÓMO PODEMOS ALCANZARLA?.....	92
- Un camino propio para los casados	92
Sufrimiento y alegría:	94
El modelo de la Sagrada Familia:	95
Disparidad de criterios entre los cónyuges	95
XII. ESPIRITUALIDAD CONYUGAL.....	97
LOS SACRAMENTOS	98
EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.....	100
GRACIAS DEL MATRIMONIO.....	103
Gracias de Curación.....	103
Gracias de Unidad.....	103
Gracias de Paternidad	103
Gracias de Elevación	103
Gracias de Irradiación.....	103
LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL	104
XIII. ORACIÓN	106
CARACTERÍSTICAS DE LA ORACIÓN	108
Confianza filial	108
Sencillez y brevedad	108
Necesidad de perseverancia	109
Ponerse de acuerdo para rezar	109
DIFICULTADES DE LA ORACIÓN	110
LA ORACIÓN DEL MATRIMONIO.....	111
NECESIDAD DE DEDICAR UN RATO DIARIO A LA ORACIÓN	114
UN MODO PRÁCTICO DE HACER LA ORACIÓN.....	115
Oración individual	115
Oración conyugal.....	115
EL EJEMPLO DE JESÚS Y DE MARÍA	117
XIV. EVANGELIZACIÓN Y TESTIMONIO.....	118
DAR TESTIMONIO	120
ACCIÓN EVANGELIZADORA	121
CONFLICTOS QUE PUEDEN SURGIR	123
XV. LA VEJEZ	124
FELICIDAD EN LA VEJEZ.....	125
DEFECTOS CARACTERÍSTICOS DE LA VEJEZ.....	127
La tristeza	127
El pesimismo	127
El egoísmo y la falta de amor	128
La avaricia	128
Las manías	128
EL EMPLEO DEL TIEMPO.....	129
SUFRIMIENTOS PROPIOS DE LA EDAD	131
XVI. FELICIDAD, ALEGRÍA Y PAZ	134
LA FELICIDAD DEL MATRIMONIO.....	135
EL SUFRIMIENTO.....	137
El sufrimiento en el matrimonio	138
LA ALEGRÍA SIEMPRE ES POSIBLE.....	140
LA PAZ Y TODOS LOS BIENES.....	141
La paz en la Biblia	141
Métodos de relajación orientales	142
Clima de paz	142

PRÓLOGO

Conozco a Jaime y Mercedes desde hace muchos años. La amistad, que siempre nos ha unido, especialmente en el apostolado matrimonial y familiar, me hace placentera la labor de prologar esta obra suya. Y la constante sintonía de pensamiento con ellos en todo lo referente al concepto cristiano del matrimonio y de la familia lo hace, además de placentero, fácil.

Jaime y Mercedes han sido padres de familia numerosa: siete hijos. Pero la fidelidad a su tarea de padres no les ha privado de vivir intensamente su matrimonio de cara adentro y de cara afuera. Quiero decir que los hijos no les han absorbido de tal manera que les privaran de mantener el fuego íntimo del enamoramiento, iniciado en el noviazgo, durante toda su larga vida conyugal. No sólo eso, sino que, además, tampoco se han contentado con saborear en su santuario privado las mieles de un matrimonio cristiano, sino que han sentido intensa la vocación a propagar hacia fuera los tesoros que Dios ha puesto en la vida conyugal. Empezaron, ya de jóvenes casados, a ejercer su apostolado familiar en los grupos de matrimonios llamados entonces de Pío XII y lo han prolongado durante toda su larga vida en el Movimiento Familiar Cristiano, hasta que Dios ha dispuesto llevarse consigo a Jaime. Han sido conscientes de que Dios, al conferirles el sacramento del matrimonio, les había concedido la gracia del amor, no sólo para gozarla, sino para difundirla.

En este libro encontrarás, querido lector, la quintaesencia de todas estas ricas vivencias. Es pues, ante todo, un libro testimonio. ¿Testimonio de qué? Entre otras cosas, de lo siguiente:

El matrimonio es una vocación. Casarse es -ha de ser- una respuesta a una llamada de Dios. No hay que pensar que sólo la vocación a la vida religiosa es una auténtica vocación. Aunque en un arden objetivo hay que conceder, en una correcta espiritualidad cristiana, la primacía a la virginidad consagrada, ello no obsta a que, en el orden subjetivo concreto de cada vida personal, para cada uno lo mejor es seguir su vocación. Por tanto, los futuros esposos, como fruto de un discernimiento sincero, pueden sentirse llamados por Dios al matrimonio, y entonces han de estar convencidos de que en él encontrarán un camino de santificación para los dos.

El matrimonio es pues un camino de santidad. Une a los dos esposos y a ambos con Dios. Es un error pensar que la santidad es cosa privativa de los sacerdotes y de los religiosos. El Concilio Vaticano II ha dejado bien claro que Dios llama a todos a la santidad. Y evidentemente no llama a todos a la vida consagrada. Luego el matrimonio es también un camino de santidad.

El matrimonio es una vocación a la felicidad. Ya lo sabemos, la felicidad completa sólo la tendremos en el cielo. Pero ya acá el cristiano puede hallar la felicidad en la vivencia de las bienaventuranzas. Y en el matrimonio pueden vivirse fácilmente: no cómoda, pero sí fácilmente, es decir, sencillamente. Vg. una familia numerosa cristiana tiene muy a mano las virtudes de la austeridad, del darse a los demás; incluso, en el mundo de hoy, es probable que guste de la bienaventuranza de sentirse perseguido por causa de la justicia, al verse criticada por su generosa apertura a la vida. A esos ha prometido Jesús -y Él no falla nunca- el gozo de sus bienaventuranzas.

En el matrimonio hay que casarlo todo, incluso la vida espiritual. En tiempos pasados era frecuente la idea de que la vida espiritual era tan personal e íntima que no podía compartirse con nadie. Los últimos Papas han hablado claro de una espiritualidad conyugal: conviene que marido y mujer compartan sus vivencias espirituales y se ayuden a la mutua santificación.

Éstas y otras luminosas ideas sobre el matrimonio y la familia las encontrarás, amigo lector, en este libro. Lo mejor es que todo ello no va ahí como un mero estudio teórico, sino que va avalado por la experiencia gozosa de más de cincuenta años de vida conyugal y familiar. Al leer el texto me vienen a la memoria aquellas palabras de San Juan en el epílogo de su evangelio: «El que lo vio -ellos dos lo han visto y vivido más de 50 años- da testimonio y su testimonio es verdadero: él sabe que dice la verdad para que vosotros creáis» (Jn 19, 35).

Y nada más. No quisiera que el tedio de la lectura del prólogo entibiara tu deseo de la lectura del texto.

PEDRO SUÑER S.J.

INTRODUCCIÓN

En nuestro andar por estos mundos, buscando orientaciones sobre el matrimonio y la familia, hemos encontrado muchos libros y otras publicaciones escritas por teólogos, sacerdotes, médicos, psicólogos, abogados, etc. que, cada uno desde su punto de vista, han estudiado el matrimonio. Y reconocemos que hemos aprendido mucho de algunos de ellos.

Pero hemos encontrado a faltar orientaciones sencillas, más al alcance de cualquier matrimonio, y que no estén enfocadas desde un punto de vista científico, sino desde el mismo matrimonio: el matrimonio visto por un matrimonio. Esto es lo que hemos pretendido hacer, en la medida de nuestras posibilidades y partiendo de nuestras vivencias. Lo que más nos gustaría es que este trabajo ayudara a tantos matrimonios que pudiendo ser muy felices, no lo son.

De la Iglesia hemos recibido las ideas cristianas que, con los años, hemos ido asimilando hasta que han adquirido el matiz propio, característico de nuestro estado.

Los años de matrimonio que hemos vivido y el testimonio de otros casados felices nos animan en esta tarea, que viene a ser un resumen de lo que pensamos y creemos que han de ser el matrimonio y la familia.

JAIME Y MERCEDES

Cuando teníamos este libro completamente terminado en su redacción y faltaba únicamente poner en orden todo lo escrito, ha muerto Jaime. Con la certeza de que desde el Cielo me había de prestarla ayuda que necesitaba, y con la colaboración de nuestra hija Mercedes, he puesto en orden los diferentes materiales y textos para entregar el trabajo al Movimiento Familiar Cristiano, en nombre de los dos, tal como hubiera deseado hacerlo Jaime, y con la esperanza de que nuestra experiencia pueda servir de ayuda a otros matrimonios.

MERCEDES

I. VOLUNTAD DE DIOS

«*Quedan pues invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado*» (CV 11; 142). La llamada de Dios a la perfección es para todos. Jesús nos dice: «*Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto*» (Mt 5,48).

El cumplimiento de la voluntad de Dios es lo más importante de todo lo que podemos hacer en este mundo. Si lo hacemos así nos salvaremos y alcanzaremos la santidad. Para ser santos basta cumplir con amor la voluntad de Dios. El hombre, creado por amor y para el amor, sólo puede dar plena respuesta a la voluntad de Dios si conoce y cumple fielmente su vocación.

La iniciativa siempre parte de Dios, pues es Él quien nos hace conocer su voluntad y nos da las ayudas (las gracias) necesarias para poder cumplirla. Sólo pide que por nuestra parte pongamos la libre colaboración.

Esto es así para todos los cristianos, y por lo tanto, también para los matrimonios y para todos los miembros de la familia.

La voluntad de Dios tiene unos rasgos comunes para todos los hombres, cristianos o no; la ley natural, concretada en los Mandamientos de la Ley de Dios. Además de esto, los cristianos tenemos unas exigencias específicas derivadas de las enseñanzas de Jesús (el Evangelio) y de la Tradición (la Iglesia de Cristo).

Pero, como hemos dicho, la llamada de Jesús a la perfección es para todos. Y aquí conviene hacer una aclaración:

Ciertamente que la vocación al sacerdocio y a la virginidad consagrada son objetivamente superiores a las otras; esto ha sitio definido por la Iglesia y hay que dejarlo muy claro. Pero no es así subjetivamente, pues cada persona tiene una capacidad y unas cualidades propias que le ha dado el Creador, y Él sabe mejor que nadie el camino que conviene a cada uno, y es por este camino que le hace la llamada.

Un ejemplo servirá para aclarar este punto: Un señor pide en una zapatería el mejor par de zapatos. Le muestran unos de piel de cocodrilo, muy caros y bien hechos. El señor quiere comprarlos: «Me los llevaré puestos», dice. Y el zapatero le responde: «Pero señor, estos zapatos son del 39 y usted necesita el 43». El zapato mejor objetivamente no es el mejor subjetivamente.

Dios nos llama para que hagamos algo concreto; y al mismo tiempo que nos llama, nos da los medios y ayudas necesarias para que realicemos lo que Él quiere. Por esto debemos pedir luz, estudiar y profundizar en el conocimiento de nuestro propio camino, y emprenderlo sin volver la vista atrás, alegres, constantes y optimistas, como Dios nos quiere. También nos conviene saber cuál es la voluntad de Dios en cada cosa pasajera, aun en las de menor importancia, en las mil cosas que surgen en la vida ordinaria. Cada vez que tengamos que tomar una decisión debemos primero preguntar estas cosas en la oración: «*Señor, ¿qué quieres que haga?*» «*¿Qué hemos de hacer ahora?*» «*¿Cuál es tu voluntad?*».

Y no hemos de querer llevar la voluntad de Dios a la nuestra sino que debemos aceptar su voluntad, estar dispuestos a hacer lo que Él quiere, no lo que queremos nosotros. Muchas madres de familia ejemplares harían un triste papel en un convento de

religiosas, y muchos sacerdotes que se han secularizado y se han casado, han sido un desastre como maridos y como padres.

De acuerdo con las exigencias de su vocación y aun dentro de los criterios generales, los deberes de cada persona diferirán según sea su propio estado: no tiene las mismas obligaciones un casado que un sacerdote, un monje etc. Los casados han de formar una familia, generalmente procrear unos hijos, cuidarlos, educarlos, y ayudarse marido y mujer en todos los aspectos. Esto es común a todos los casados, aunque su realización no será igual para cada pareja.

Tal como no hay dos personas iguales, tampoco existen dos matrimonios iguales. Dios no se repite; no nos ha creado «en serie». Para cada persona tiene un modo de relacionarse único. Del mismo modo, también con cada pareja establece una relación única.

Cuando una pareja se casa o incluso antes, cuando son novios, es bueno que piensen en estas cosas y digan al Señor como Santa Teresa: «*Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis Señor de mí?* Tuyo somos, hemos nacido para ti, ¿qué quieres de nosotros? Si hacemos esta pregunta a Dios, con sinceridad, Él nos responderá.

DIOS NOS LLAMA POR DIFERENTES CAMINOS

A cada persona, y también a cada matrimonio como tal, Dios le pide algo muy particular que sólo a ellos les corresponde y que, en muchos casos, será una misión a cumplir entre los dos.

Si examinamos el Apocalipsis (Ap 2,7) veremos que Dios da a sus elegidos una piedrecita blanca con un nombre «*que sólo puede leer el que la recibe*». Se interpreta este fragmento como la misión específica que Dios da a cada fiel, el cual ha de llevarla a término.

Así pues, Dios nos invita a desempeñar una misión concreta que no podemos delegar en nadie y que, en el caso de que nosotros fallemos, quedará sin cumplir. Dios espera de nosotros algo que, si no se lo damos, nadie podrá dárselo. Si por el contrario cumplimos esta misión, no solamente nos salvamos sino que nos santificamos, hacemos un bien a toda la Iglesia, y colaboramos en el triunfo de Cristo.

No siempre podemos conocer lo que Dios quiere de nosotros desde el primer momento, de forma completa, todo de una vez. Lo normal es que Él vaya manifestando lo que desea de nosotros progresivamente y cada vez con mayor claridad, según somos capaces de entender; a la vez y del mismo modo, nos irá dando la fuerza que necesitamos para poder llevar a término nuestra misión.

Dios llama a quien quiere, cuando quiere; nos llama por el camino más conveniente para nosotros, y nos pide una respuesta generosa, una respuesta dada con amor. Y en el caso del matrimonio, nos pide que la respuesta sea compartida por los dos.

Si la meta que perseguimos es alta, nos esforzaremos para alcanzarla; pero si no lo es, no tendremos ningún entusiasmo por conseguirla. En este segundo caso, un matrimonio no podrá dar ni conseguir siquiera la felicidad que de antemano podría esperarse de su unión. Hay una locución del Papa Juan Pablo II dirigida a unos jóvenes: «*Cuando Cristo dice: «sígueme», su llamada puede significar: «te llamo a otro amor»; pero muchas veces significa: «sígueme a Mí» que soy el Esposo de la Iglesia, mi esposa... ven convertido en el marido de tu mujer... conviértete en la esposa de tu marido. Convertíos ambos en participantes de aquel sacramento del cual, en la carta a los Efesios, se dice que es grande, referente a Cristo y la Iglesia» (Juan Pablo 11 30-3-1985).*

Hay otro caso, en el Evangelio, en que se ve muy claro que Dios llama (vocación) por diferentes caminos. Jesús sana a un endemoniado en el territorio de Gerasa (Me 5,18-19). Los demonios se apoderan de los cerdos y se tiran al mar. Los gerasenos, asustados, piden a Jesús que se vaya. El ex-endemoniado quiere seguir a Jesús y se lo pide, pero esto no es lo que Jesús quiere para él, y le invita, le llama a dar gloria a Dios entre los suyos. El geraseno aceptó la llamada. Consta en el Evangelio que cumplió generosamente esta misión por toda la Decápolis. Si tuviéramos más detalles de este hombre, ¡quién sabe si sería venerado como santo!

EL MATRIMONIO ES UNA VOCACIÓN

Cuando dos personas se casan (se unen mediante el Sacramento del Matrimonio), es Dios mismo quien las une; y así como ha unido a los cónyuges, igualmente unirá las misiones que les ha dado a cada uno: en adelante, éstos deberán cumplir su misión en colaboración mutua.

Estamos convencidos de que muchas veces Dios da una misión (única) al matrimonio. Cuando esto sucede será algo que tienen que desarrollar entre los dos: una tarea en la cual los dos han de poner su esfuerzo. Y una vez hayan concluido este trabajo puedan decir a Jesús: «Nos diste estos talentos, esta facultad de colaborar entre los dos; te devolvemos completa la obra que hemos realizado con tu ayuda, según tu voluntad. Te agradecemos que nos hayas dejado trabajar juntos». La misión que Dios nos encomienda es para toda la vida.

Cuando nosotros éramos jóvenes nos decían: «*Dios os permite casaros*». Y a nosotros nos hubiera hecho falta que nos dijeran: «*Dios quiere que os caséis; ésta es su voluntad*».

Estaba en el ambiente la idea de que el matrimonio era una vocación residual, adecuada para aquellos a quienes faltaba la verdadera vocación. Se llegó a pensar entre algunos aspirantes al matrimonio que era una especie de permiso para usar del sexo de una manera lícita. Era el «pecado permitido».

Esto no había sido todavía definido entonces. Se nos pedía que rezáramos por las vocaciones, entendiendo que éstas eran exclusivamente ¡las vocaciones sacerdotales y religiosas! Hasta tal punto se subrayaba esto que casi se llegaba a admitir que el matrimonio era un estado para los que no habían tenido la generosidad de decir SÍ a la llamada de Dios.

No se insistía en rezar por los matrimonios, pues la gente ya se casaba de un modo natural y no parecían necesitar oraciones para hacerlo, al contrario de los sacerdotes y religiosos. Tanto es así que un día llegamos a decirle a un sacerdote: «*¿Es que los seminaristas nacen en los seminarios?*».

Desde entonces, los últimos Papas han hablado en numerosas ocasiones sobre la vocación del matrimonio, y ahora sabemos que efectivamente Dios quiere que las parejas elegidas por Él se casen.

Ha quedado muy claro que el matrimonio es una vocación de Dios.

VOCACIÓN DE DIOS

Y ahora vamos a un punto esencial: entre nuestros hijos y también entre otros familiares, es posible que surjan vocaciones religiosas y sacerdotales. ¡Se está rezando mucho para que surjan estas vocaciones! Pero en cualquier caso, tanto si eligen un camino como otro, lo que hayan aprendido en la familia, en el aspecto humano, de convivencia, religión, etc. sea lo que sea, les será muy útil para el desarrollo de su vocación. Y lo que no hayan aprendido en la familia, muy difícilmente lo aprenderán más tarde de otro modo.

Para cualquier vocación hace falta generosidad, espíritu de sacrificio, austeridad, aprender a compartir, a perdonar, a servir... etc. Y donde mejor se aprenden y se practican todas estas virtudes es en la familia. Y cuando por las circunstancias familiares este aprendizaje no ha sido posible o se ha realizado de un modo deficiente, las dificultades en el camino de la vocación se multiplicarán impidiendo el avance, y sólo en algunos casos y con gran dificultad se podrán superar.

La convivencia familiar (cuando ésta es lo que Dios quiere que sea) es la mejor escuela para preparar a una persona a la hora de recibir la vocación de Dios, sea cual sea, y de responder a esta llamada.

La familia numerosa, fruto de un matrimonio generoso, facilita el florecimiento de las vocaciones religiosas y sacerdotales, pues la actual crisis de vocaciones sacerdotales es una consecuencia inevitable de la crisis de la familia. Para confirmar esto no tenemos más que dar un vistazo a la realidad que nos rodea.

Un sacerdote nos decía: *«Cuando las familias van bien, las vocaciones sacerdotales también van bien»*.

El matrimonio es una vocación tan importante como el sacerdocio; es para toda la vida. El ser humano es capaz de tomar decisiones de esta trascendencia, pero para hacer esto es necesario tener la madurez propia del adulto, y sólo como seres humanos adultos y maduros podremos tomar una decisión para nuestra vida actual y la futura.

La capacidad para amar siempre se aprende también en la familia, por lo que los hijos aprenderán a amar para toda la vida de unos padres que también lo hicieron así. Se da testimonio de lo que se vive realmente.

Pero para que todo esto sea posible se requiere un mínimo de preparación humana. El párroco de un pueblecito del Pirineo nos contó un caso extremo:

- Ustedes -nos dijo- hablan con mucho entusiasmo de la vocación matrimonial, y creen que aquí se podría explicar algo de esto. Pero les voy a contar lo que presencié en una casa a donde había ido a rezar el Rosario. Había anochecido ya, cuando se oyeron golpes en la puerta. Al abrirla, entraron un padre y su hijo. El padre era un antiguo conocido del dueño de la casa al que hacía tiempo que no veía.

- ¿Qué te trae por aquí a estas horas? -preguntó el de la casa al visitante.

- Pues que mi mujer ya está vieja y no puede con todo el trabajo, y como yo tengo este hijo y me han dicho que tú tienes tres hijas, he venido a ver si me das una para que se case con el chico...

- Me parece bien -respondió el de la casa-. Aquí están mis tres hijas, ¿cuál te llevas?

El otro, sin preguntarle nada a su hijo, respondió:

- Pues... ésta.

El padre de las chicas preguntó entonces a la elegida: - Y tú, ¿qué dices a esto, hija?

- Lo que usted diga, padre -respondió ella.

Y de este modo quedó concertada la boda, fijada la fecha y acordado lo que iba a aportar cada familia. Y con el agravante de que, como el «novio» vivía lejos de la «novia», no se podrían volver a ver hasta el día de la boda...

Los visitantes se marcharon sin que, ni el padre de él ni el de ella, dijeran siquiera a los interesados: «Anda, bajad al corral a hablar un ratito y poneros de acuerdo...»

Así se hacen las bodas aquí finalizó el sacerdote-. ¿Creen ustedes que a estas personas se les puede hablar de vocación matrimonial?

- Evidentemente, no -respondimos nosotros.

LA FAMILIA ESTÁ SIENDO MUY ATACADA

Es verdaderamente notable la saña con la que se ha bombardeado la familia. Como ha dicho Juan Pablo II: «*Si se quiere destruir un estado basta con legislar contra la familia*».

Uno de los frutos de esta campaña contra la familia es que los novios carecen de la preparación debida a la hora de contraer matrimonio, y ha surgido una generación de irresponsables e inmaduros (con honrosas excepciones). ¿Cómo van a mostrar al mundo el amor de Dios a los hombres si no tienen una idea clara de lo que es el amor? ¿Cómo van a custodiar, revelar y comunicar el amor (FC 17), si desconocen el ABC de la cuestión?

No es de extrañar el derrumbe que ha sufrido la familia en el mundo actual, y con ella la estabilidad de la sociedad. Las parroquias intentan remediar esta carencia con una preparación próxima-inmediata a la celebración del matrimonio. Les dan a los novios unas pocas conferencias (a veces una sola), de las cuales los futuros consortes pescan unas pocas ideas, cuando les dejan pensar en ellas los problemas que se les acumulan por la proximidad de la boda. Y con este trámite se cumple el expediente requerido para realizar el matrimonio. A veces no ha sido posible hacer más. Los matrimonios que intentan ayudar a las parejas que se preparan para casarse, se asombran de la grandísima ignorancia de estos novios sobre los temas que afectan al matrimonio (dejando al margen las excepciones, que siempre las hay).

Desde hace muchos años venimos oyendo, cada vez con mayor insistencia, que para ejercer cualquier profesión se requiere una preparación previa. Para obtener una titulación es necesaria una carrera de varios años, y si no se ha hecho esto, es imposible ejercer la profesión. Pero a la vez, los mismos que se han preparado largamente para su vida profesional, se lanzan sin preparación alguna a la hora de casarse y formar una familia. La preparación que se exige en algunas parroquias evidentemente no basta, y además claro está que en esta preparación solamente se les puede obligar a oír algunas pocas cosas, pero de esto a aceptar lo que oyen, a estar convencidos y preparados hay una gran diferencia.

Y ahora todavía ocurre otra cosa: no es sólo falta de formación lo que se observa en los que se preparan para el matrimonio, es deformación. Muchos novios se disponen a casarse (por la Iglesia) pensando que el sexo es el amor y que con el sexo van a hacer lo que les dé la gana, sin admitir que esto puede ocasionarles problemas; sin aceptar ningún sacrificio ni sujetarse a la voluntad de Dios. ¿Hijos? Los tendrán como ellos quieran y de la manera que ellos quieran. La castidad no saben ni lo que es y tampoco saben lo que es el verdadero amor.

Muchas veces, los que intentan ayudar a estas parejas, «bajan el listón» de lo que debe exigirse en el matrimonio y no tratan todos los temas con claridad. No quieren enfrentarse abiertamente a las ideas equivocadas -pero dominantes en nuestra sociedad- para no chocar con ellos. Algunas cosas se silencian porque -dicen- los novios no serían capaces de entenderlas, o se indignarían, o se reirían, o no las aceptarían... Piensan que una preparación «rebajada» es para estos tiempos un mal menor, preferible a una preparación nula, y así lo hacen.

Nosotros, a los que hacen esto, les recordamos un texto bíblico (Ez 33, 2-9) que dice (resumiendo): Si el centinela avisa que viene el enemigo y los del pueblo no le hacen caso, el centinela no es culpable de lo que le suceda al pueblo. Pero si el centinela no da el aviso, la culpa recaerá sobre él. Por lo tanto, hay que tener cuidado

con estas preparaciones «cobardes», pues los pecados que de ahí se seguirán caerán sobre la conciencia de estos centinelas que no dieron la voz de alarma. Y si no son ellos los que dan la voz de alarma, ¿quién lo va a hacer? NADIE.

No podemos quedarnos mano sobre mano, solamente lamentándonos de la situación. Todos deseamos y esperamos una reevangelización del mundo. Pero nada se hará si nosotros no lo hacemos; los últimos Papas insisten: «*La reevangelización pasa necesariamente por la familia*». Para que esto sea posible es muy conveniente que el sacerdote atienda a las familias, cosa que, ya sea por la falta de sacerdotes o por otras causas, no es fácil de conseguir hoy.

Y para terminar: Quien está cumpliendo la voluntad de Dios, vive feliz aun en este mundo, pase lo que pase, pues está habitualmente en paz. Y si los que viven así son un matrimonio, en el que los dos conjuntamente buscan la voluntad del Señor y quieren complacerle en sus vidas y en su familia, alcanzarán una felicidad insospechada, ya en este mundo.

II.- AMOR

Siendo como es el amor algo tan esencial en la vida del cristiano y especialmente de los esposos, sorprende la desorientación existente. Es necesario aclarar qué es y qué no es el AMOR. Hay que clarificar las ideas, pues su conocimiento es la clave que condiciona el matrimonio, haciendo que vaya bien o que sea una catástrofe. Cada vez se confunde más el amor con el sexo. Esta confusión antes era frecuente en algunos «países extranjeros». Ahora sucede lo mismo en España, pues también en esto somos «europeos». Muchas veces a las relaciones sexuales se las llama «hacer el amor». ¿Es esto sólo una forma coloquial de hablar, quizás influidos por los medios de comunicación, novelas, etc.? Nos queda la duda de si esta expresión es producto de una confusión de lenguaje o si es una manera más o menos ingeniosa de camuflar un acto egoísta.

Otras veces oímos utilizar las palabras «enamoramiento» y «amor» como si fueran sinónimos. Pero, si bien tienen algo en común, tienen también algo que diferencia claramente estos dos conceptos. Enamoramiento y amor son dos cosas distintas.

Partiendo de esta situación existente, pasaremos a analizarlo desde el punto de vista del matrimonio cristiano.

¿QUÉ ES EL AMOR?

San Juan Evangelista, el Teólogo, como le llaman los orientales, nos da en uno de sus escritos (1 Jn 4,8) una definición de Dios: Dios es AMOR. Esta expresión, que es Palabra de Dios, nos dice que la esencia de Dios es el amor.

Dios es Amor, y todos los amores que merecen este nombre proceden de Dios. Así podemos hablar de amor paternal, amor fraternal, y también de amor conyugal. Todos ellos son imágenes parciales del Amor de Dios. Todos son un dar y darse. En el matrimonio es darse el uno al otro, es decir, toda la persona del uno a toda la persona del otro.

Por esto, cuando nosotros usamos la palabra amor, le damos el más grande y verdadero significado: es un don de Dios.

Dios amó a los hombres hasta tal punto que se encarnó para salvarnos, murió por cada uno de nosotros, nos dio el sacramento del bautismo por el cual nos hace hijos de Dios. Somos amados por Él hasta un extremo que no podemos llegar a comprender. Es un misterio, y como tal, sobrepasa la inteligencia humana.

«Dios creó al hombre a su imagen y semejanza» (Gén 1,26-27). Toda persona es imagen y semejanza de Dios; y puesto que Dios es AMOR, la semejanza entre cada persona y Dios será principalmente en el amor. «Y los creó hombre y mujer» (Gén 1,27). Por esto, el mismo amor de la pareja es también imagen y semejanza de Dios. Si a los novios se les dirigiera esta pregunta: ¿por qué te quieres casar?, la mayoría de respuestas serían muy parecidas: para ser feliz; para hacer feliz al novio o a la novia; para ser felices los dos. Casi todos coincidirían en centrar la respuesta en la felicidad que esperan alcanzar junto al consorte. Pero esta respuesta tan sencilla merece ser estudiada más a fondo, pues el alcanzar la felicidad depende de muchas otras cosas.

Un matrimonio que inicia su vida de casados, movidos por una inclinación natural o por una aproximación sentimental-con toda la riqueza que conlleva-, puede quedarse sólo en esto: en una aproximación sentimental o en una atracción mutua que va desapareciendo con el tiempo.

Sin embargo, el amor está destinado a crecer. Viene de Dios y va a Dios. La fuente es inagotable. Si no ponemos obstáculos, el amor y la unidad en la pareja crecerán indefinidamente. O progresa o decae y puede morir. Hay que cuidarlo siempre y procurar que vaya creciendo; no podemos permanecer inmóviles, siempre en el mismo nivel. El amor es algo vivo y cuando no crece, disminuye.

Nacimos con una naturaleza caída, inclinada al mal a causa del pecado original (Juan Pablo II ha dicho que debemos tener esto en cuenta). Pero por el bautismo fuimos regenerados y empezamos a caminar hacia nuestra meta, que es Dios. El bautismo nos quitó el pecado y nos devolvió la gracia, pero no nos quitó el desequilibrio de la naturaleza. Nuestra condición de origen dificultará siempre nuestra actuación: para ser buenos, para ir hacia Dios, tendremos que luchar contra la inclinación al mal de nuestra naturaleza caída.

También el amor del matrimonio está herido por el pecado original. Pero como ha dicho varias veces Juan Pablo II, tenemos la posibilidad devolver al principio, al estado anterior al pecado original. Esto requiere un esfuerzo; para conseguir el amor y la felicidad también tendremos que luchar, pero merece la pena.

Dios, que nos ama profundamente y nos conoce perfectamente, nos ha llamado (la vocación es la llamada de Dios, como hemos visto antes) para que, siguiendo un camino adecuado a nuestra condición (el matrimonio), avancemos con más seguridad.

Las llamadas de Dios respetan siempre nuestra libertad y son generalmente suaves y delicadas. Él puso en nuestro camino al que iba a ser nuestro futuro consorte. ¡Cuántas historias maravillosas se podrían escribir sobre estos encuentros! Parecen casuales, pero se ve en ellos la mano de Dios. Es Él quien une al matrimonio: «Lo que Dios unió» (Mt 19,6).

Nos atrajo la belleza, la simpatía, la bondad, la fortaleza, la inteligencia, el carácter alegre, el modo de ser, etc. de la persona que habíamos encontrado. Desde el principio notábamos que en esta nueva fase de nuestra vida, el enamoramiento y luego el noviazgo, había un comienzo, una promesa de felicidad, y que esto tenía que ser para toda la vida. Y efectivamente, lo que los novios presienten es lo que Dios quiere: los que se casan con amor verdadero queriendo hacer una familia complacen a Dios. Encontrarán su felicidad ya en este mundo y luego por toda la eternidad. Porque Dios no ha hecho del matrimonio un engaño, ¡para que luego venga el desengaño!

Nosotros aconsejaríamos a los novios que no hagan caso de estas personas que les dicen: «Sí, ahora muy bien, pero con el tiempo ya veréis... ¡ya os pasará!». Estas personas generalmente son casados que, en mayor o menor grado, han fracasado en su matrimonio, y quieren presentar esto como algo natural y aun necesario. «Quien no ama está muerto» (1 Jn 3,14). Hay matrimonios «muertos» aunque no se separen.

Y es que la felicidad solamente puede darla Dios... «Nuestro corazón ha sido creado para Dios y sólo en Dios encontrará su descanso» (S. Agustín).

Si el Señor nos pone en el camino del matrimonio es para que le encontremos a Él más fácilmente: en esto consiste la santidad. Y quiere que nos ayudemos uno al otro en este avanzar hacia Él.

El primer cambio importante que ocurre en la pareja es el enamoramiento, que es un sentimiento fuerte, inicio del amor, y querido por Dios, pero que aún no reúne todas las características del amor verdadero. Es un sentimiento de alegría y entusiasmo que muchos creen que basta para casarse; pero no basta por sí solo, pues los sentimientos van y vienen, y tal como una pareja se enamoró en su día puede ser que se desenamore, y si esto les pilla casados... ¡Ya está el problema! Pero si el enamoramiento da paso al amor verdadero-que no reside en el sentimiento sino en la voluntad-entonces sí que podemos comprometernos para toda la vida. Quiero a esta persona; quiero quererla siempre; me entrego a ella para siempre.

Cuando el Señor instituyó el matrimonio natural (Adán y Eva), le dio al hombre una ayuda semejante a él, no igual a él: no otro Adán femenino. Le dio un ser distinto de él, capaz de ayudarlo en todo y, por lo tanto, con cualidades diferentes a las de Adán. Del mismo modo, el marido ayuda a la mujer. Adán ayudó a Eva con las cualidades que ella no tenía.

Al principio, el atractivo de la pareja se centra en gran medida en las cualidades físicas de los enamorados; pero con el trato, el tiempo y el diálogo, se van apreciando cada vez más los valores morales, intelectuales y espirituales. Esto constituye el verdadero y sólido fundamento del amor, mientras que las cualidades físicas pueden variar con el tiempo, y ciertamente, muchas de ellas cambian.

Los poetas nos recuerdan: «La belleza del rostro es flor de un día; la del alma, es flor que no se marchita». Y no sólo no se ha de marchitar, sino que con el paso del tiempo debe ir en aumento esta belleza.

En la medida en que se van descubriendo los valores espirituales, va aumentando el amor del uno hacia el otro.

Vistas las cosas así, se comprende que la indisolubilidad del matrimonio no tan sólo es posible, sino que además es fácil, gratificante y motivo de sumo gozo para nosotros. La mutua ayuda en el matrimonio adquiere su verdadera dimensión cuando se contempla el matrimonio en su totalidad: nos ayudamos en el aspecto material, pero también en el espiritual. Nos ayudamos quitando obstáculos, con nuestro consejo, con nuestro ejemplo, con nuestro testimonio, y también pidiendo a Dios constantemente en oración el progreso y el bien para el consorte y para los dos juntos.

Hay dos ideas sobre el matrimonio que conviene aclarar. Se dice normalmente que hay que aceptar al otro consorte tal como es, con sus cualidades y defectos. Esta expresión es parcialmente verdadera. Es cierto que tanto el uno como el otro somos seres imperfectos, limitados. Si somos altos o bajos, guapos o feos, etc. esta clase de defectos se han de aceptar siempre, pues son permitidos por el Señor para nuestro bien.

Pero hay otros defectos, como son el egoísmo, el individualismo, el exceso en la comida y la bebida, malgastar el dinero, la ira, etc. que son corregibles y que deben ser objeto de nuestra lucha contra ellos.

La segunda idea es sobre las crisis que pueden presentarse en el matrimonio (la desilusión, la del nacimiento del primer hijo, la de los 5 años, la de los 10, la de la mitad de la vida, etc.). Es cierto que estas crisis son posibles y muchas parejas las han experimentado. Pero lo que es totalmente falso es que las crisis necesariamente se vayan a presentar; que son inevitables. El Papa Juan Pablo II ha concretado: «Las crisis sólo pueden presentarse si sobrevive el egocentrismo y el individualismo».

Lo que sucede es que en la sociedad actual son muy frecuentes los casados egoístas, que no quieren renunciar a sus ideas o a sus gustos, ni seguir los caminos del Señor. Esta es la causa de que vengan las crisis. Nosotros les aconsejaríamos que más que luchar contra las crisis lucharan contra lo que las origina y así no se presentarán.

El egoísmo y el orgullo son los enemigos constantes de todo amor y de todo matrimonio; son la raíz de todos los problemas conyugales, y también de los que la pareja tiene con Dios. Son todo lo contrario del amor. Cuando una pareja no se entiende, cuando no marcha bien, es porque el egoísmo y el orgullo les están atacando; y su amor, de no poner remedio, acabará por morir. Es muy conveniente que la pareja sepa esto y vigile toda la vida para que no se introduzcan en su matrimonio, pues rebrotan siempre y es preciso vencerlos.

A medida que cada uno de los consortes avanza hacia Dios, se hace más amable y más capaz de amar: nuestro amor puede y debe crecer siempre, sin que el desgaste de la vida diaria le afecte.

No es bueno imaginarse que el matrimonio está exento de dificultades. La vida cristiana, en cualquier estado y condición, exige esfuerzo, renuncia y generosidad. Hay que estar dispuestos a renunciar a muchos de nuestros gustos en bien de la comunidad familiar; hay que ser generosos y estar abiertos a la posibilidad de una familia numerosa, lo que ciertamente nos acarreará trabajos y fatigas; puede venir la enfermedad. Pero todo esto es superable si existe en la familia la caridad de Cristo, el amor cristiano. Esto es lo que no ha de fallar. Cuando Cristo está siempre presente en nuestra familia, suaviza hasta tal punto las dificultades que la alegría y la paz estarán entre nosotros de un modo permanente. Nuestro amor aumenta en la medida en que aumenta nuestro amor a Dios.

Mirando la realidad actual podemos considerar que el hombre y la mujer, formados en familias distintas y tal vez en ambientes distintos, con un conocimiento distinto de Dios, al unirse para formar una nueva familia tienen que hacer un esfuerzo importante y recíproco para irse conociendo mejor, para ser generosos en ayudarse y humildes para dejarse ayudar. Así avanzarán hacia Dios y realizarán mucho mejor las tareas que cada uno de ellos deba hacer en este mundo.

Hay que pedir a Dios la constancia en el amor. En el Apocalipsis, el Señor dice al «ángel» de la iglesia de Éfeso: «Pero tengo contra ti que dejaste el primer amor...» (Ap 2,4).

Cuando Dios creó al hombre y le «insufló» el espíritu, creó un ser compuesto de alma y cuerpo. Por esto, el amor del ser humano ha de ser del cuerpo y del alma; o, como claramente dice la encíclica "Humanae Vitae": «Es, ante todo un amor plenamente humano, es decir, sensible y espiritual al mismo tiempo. No es por tanto una simple efusión del instinto y del sentimiento sino que es también y principalmente un acto de voluntad libre, destinado a mantenerse y a crecer mediante las alegrías y los dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana» (HV 9).

No se puede amar sólo con el alma en un amor puramente espiritual, prescindiendo del cuerpo; ni tampoco con un amor exclusivamente carnal (y al decir esto no nos referimos a las relaciones sexuales) prescindiendo del alma.

Tampoco es posible, en el matrimonio, que uno tenga hacia el otro un amor de pura benevolencia, dando y dándose, sin esperar nada a cambio. Según una expresión muy acertada, el que ama, es natural que espere una benévola correspondencia.

El matrimonio es una comunidad creada por Dios a su imagen y semejanza. Esta semejanza está principalmente en el amor de los esposos, ya que con él dan una imagen, un reflejo de la misma esencia de Dios. Pero en Dios hay una comunidad de amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, y para que la imagen sea perfecta, debemos además formar una comunidad de amor: la familia.

Del ser infinito de Dios, nosotros no podemos dar una imagen completa. No podemos reflejar su amor infinito en su totalidad por la limitación de nuestra pobre naturaleza; pero pese a ello podemos dar, aunque sólo sea parcialmente, un reflejo real y verdadero, y a través de este reflejo, dar a conocer cómo debe ser el original, el amor infinito de Dios. El retrato de una persona es una imagen muy parcial y limitada de la realidad, pero nos permite formarnos una idea de cómo es la persona representada en el retrato.

El amor entre marido y mujer debería tener las mismas características que menciona San Pablo cuando se refiere al amor de Dios a los hombres (Ef 3,16-19). Siguiendo este texto encontramos que el amor debería ser:

Ancho: Abarca al consorte con lo que es y tiene; con todo su ser, su carácter, sus deficiencias y limitaciones; con su familia (a la que debemos lo que él es), su educación, su estado de salud, sus estudios, etc. No cabe decir: «esto lo quiero y esto no». Hay que abarcarlo todo, sin exigencias, con mucha amabilidad, comprensión y generosidad.

Largo: Es para toda la vida, sin interrupciones y sin disminuciones; sin desviaciones, aumentando siempre hasta la muerte y aun más allá de la muerte. El amor es lo único que quedará cuando lleguemos al cielo; es lo mejor y lo más importante.

Alto: Amor de calidad, sin egoísmos; amor que busca el bien del otro, que perdona siempre, que no es rencoroso; siempre complaciente y comprensivo. Un amor educado, fino y lleno de delicadezas; que tiende a creer todo lo bueno y espera todo con paciencia; que es sumamente agradecido. Y puesto que el otro es hijo de Dios, debe ser un amor reverencial.

Profundo: Amar profundamente. La unión entre los esposos es tan íntima que, según Pío XII, puede decirse que hasta cierto punto tienen un alma sola. Un amor que abarca todos los aspectos de la persona humana (cuerpo, carácter, corazón, inteligencia y voluntad: el alma misma).

Un amor tan grande, que al entregarse al otro renuncia a la posibilidad de hacer marcha atrás, porque así lo quiere Dios. Ya no intentará recuperar nada de lo que dio. Es para siempre: total y eterno. Leemos en el Eclesiástico (Ecle 25,1-2) que entre las cosas que alegran el corazón de Dios y de los hombres es «la armonía entre marido y mujer».

Hay que distinguir entre el amor y sus manifestaciones. El amor, aun el espiritual, se manifiesta con el uso de las facultades que tenemos: las caricias, los gestos, las palabras, las delicadezas... son medios de los que hacemos uso para manifestar nuestro amor. Cuando falta alguno de estos medios, no quiere decir por ello que nuestro amor haya disminuido.

Como hemos dicho antes, el amor reside principalmente en la voluntad, no sólo en el sentimiento. Si sólo se apoyase en el sentimiento, tendrían razón los que dicen: «La quería, pero ya no la quiero», o bien: «Ahora me he enamorado de esta otra persona, que me gusta más y me voy con ella». Y es que los sentimientos van y vienen, por lo que deben ser gobernados por la voluntad, iluminada por el entendimiento y por la fe. Los sentimientos son muy importantes, no hay que ahogarlos ni despreciarlos, pero no están hechos para mandar en nosotros. La voluntad debe gobernar siempre, incluso sobre los sentimientos, apoyando los que son buenos y favorecen a nuestro amor y rechazando a aquellos que lo entorpecerían. La voluntad es la verdadera responsable de nuestros actos, y con ella, una persona madura puede comprometerse para toda la vida.

El amor conyugal va del uno al otro consorte, de persona a persona, y busca siempre el bien del otro, de modo parecido a como Dios busca siempre nuestro bien. Amar es darse a la otra persona

para así realizarla, y como consecuencia de esta entrega también nos realizamos nosotros. Es un amor total. Como dice la "Humanae Vitae", hay que compartir generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas. Este amor, que como hemos visto se apoya en la voluntad libre, está destinado a mantenerse y crecer mediante las alegrías y dificultades de la vida diaria, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y una sola alma, y que juntos alcancen su perfección humana.

En esta totalidad de la entrega en el matrimonio, también se incluye la entrega de todo el tiempo de nuestra vida, y aquí podemos señalar diversos matices. En primer lugar, si hacemos entrega total e irreversible de nuestro tiempo, ya se entiende que la entrega es para siempre. Esto coincide con la exigencia de nuestra naturaleza, que requiere que el matrimonio sea para toda la vida. La entrega del tiempo también quiere decir que, así como la vida se va realizando día a día, momento a momento, con nuestro tiempo pasa algo parecido: no basta entregar al consorte sólo los ratos en que estamos juntos y desocupados, sino que es necesario que en toda nuestra vida esté siempre

presente nuestro consorte. El tiempo del trabajo, del ejercicio de la profesión, debe tener un fondo de dedicación permanente al otro consorte, a la familia.

La madurez de la persona es la que nos permite contraer este compromiso de amor duradero, para siempre, en todo momento, como testimonio del amor de Dios a la humanidad.

Dios, que es amor, creó al hombre y a la mujer por amor y para el amor. Él nos ama siempre, aunque nos portemos mal; nos ama a todos, por viles y despreciables que seamos. El amor de Dios no varía nunca. Y porque nos ama, respeta nuestra libertad, aunque espera siempre de nosotros que correspondamos a su amor.

Así debe ser nuestro amor: amarnos siempre, pase lo que pase, de la manera como Dios nos ama; esperando siempre que, aunque sólo sea por agradecimiento, podamos recibir del otro una justa correspondencia.

Seremos imagen de Dios tanto más fiel cuanto mayor sea la estabilidad de nuestro amor conyugal. El aumento constante de nuestro amor nos irá acercando al amor infinito de Dios, en una justa correspondencia filial a la bondad de Dios con nosotros.

EL AMOR TIENE UNAS EXIGENCIAS

Desde siempre la Iglesia ha reconocido dos posibles caminos para corresponder a la llamada de su Amor: la vida religiosa y la de los casados. Aunque este tema ya ha sido tratado en el primer capítulo, querernos resaltar que cada uno de estos caminos facilita unos logros y exige unas renunciaciones: el amor tiene unas exigencias a las que no se presta atención. No se pueden seguir simultáneamente los dos caminos; y en el caso particular de los que hemos elegido el matrimonio, nuestra elección nos obliga a renunciar al individualismo, a nuestra intimidad no compartida, a todo aquello que vaya contra la unión de amor de aquellos dos seres que Dios ha unido. No siempre la disposición de los que se casan es ésta, pues es muy frecuente que por no aceptar las renunciaciones necesarias queden importantes aspectos de las personas «sin casar».

Cuando una pareja va al matrimonio buscando la comodidad, el placer, el dinero, el prestigio, el encumbramiento, la ruptura con la familia de origen, la aprobación de la sociedad, etc., con toda probabilidad van al fracaso, pues el matrimonio exige una serie de renunciaciones que no han asumido. Por el contrario, si una pareja de novios o un matrimonio, movidos por el Espíritu Santo, coinciden ambos en un deseo de perfección, de renuncia a todo lo que entorpece su camino, tienen su amor bien cimentado, y esto es una garantía de su felicidad y de su avance hacia el Señor.

En ocasiones las condiciones del trabajo pueden propiciar un distanciamiento entre los consortes: es un caso frecuente y delicado el de los matrimonios con separaciones prolongadas y ausencias no deseadas. Pueden ser por el trabajo, viajes profesionales (marinos, representantes de comercio, etc.). El refranero popular ya nos advierte: «Ojos que no ven, corazón que no siente». Éste es uno de tantos casos en que los sentimientos nos pueden jugar una mala pasada, pero si la voluntad está firme en ambos consortes, el perjuicio ocasionado por esta situación será menor, aunque el peligro no desaparecerá totalmente.

En otro aspecto, hay trabajos muy absorbentes que mantienen a los esposos demasiadas horas separados, los alejan mentalmente uno

de otro o les producen un estado de agotamiento permanente. Cuando algo de esto sucede existe el riesgo de que se acentúe el distanciamiento, la falta de comunicación y, en una palabra, debilitamiento del amor.

A veces el distanciamiento no se produce a causa del trabajo en sí sino por el mismo temperamento del consorte, que se deja absorber más de lo debido por la ocupación. En todos estos casos sería conveniente buscar otro trabajo más humano, aunque fuera menos retribuido, aunque se tengan que apretar un poco el cinturón y llevar una vida más austera. Son muchas, las esposas principalmente, a las que se podría llamar «viudas cronológicas», a las que les falta tiempo para estar con su marido.

En el amor en general y también en el amor conyugal, se dan varios grados y tenemos que esforzarnos para alcanzarlos:

Primer grado: Amar al otro como a sí mismo. Está en la Ley de Dios: «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo». Es la consecuencia inmediata de ser los dos una sola carne. Jesús nos lo dice (Mt 19,6) y San Pablo lo explica claramente en la Carta a los Corintios (1 Cor 6,16; 7,10).

Segundo grado: Amar al otro como a Jesús. Se apoya en la doctrina del Cuerpo Místico. Nuestro consorte es hijo de Dios, «hermano» de Jesús.

Tercer grado: Amar al otro como Jesús nos ha amado (Jn 13,34). «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). También nosotros tenemos que llegar a la entrega total.

Y finalmente: El amor con dimensión comunitaria: «Padre (...) que sean uno como nosotros somos uno» (Jn 17,21-22). El amor en el matrimonio es siempre fecundo. Normalmente se prolonga en los hijos. Pero aun cuando no haya hijos, se prolonga en otras personas. El amor conyugal y familiar debe ser reflejo del amor trinitario de Dios.

MATRIMONIOS QUE HAN FRACASADO

No podemos cerrar los ojos ante el número creciente de separaciones que se están dando en nuestra sociedad. Estamos rodeados de matrimonios que han fracasado y esto ocurre incluso entre esposos humanamente valiosos. Al contemplarlos se tiene una sensación como si realmente el amor fuese algo pasajero, caduco. Esta situación es fruto de una desorientación anterior. Se casaron con ideas equivocadas sobre el matrimonio y el amor; no han llegado a comprender lo que es una donación total y para siempre, o su falta de madurez les ha impedido poderlo realizar. Son matrimonios, muchos de ellos influenciados por el ambiente, que no han acertado a encontrar el camino del amor. De éstos, algunos se resignan a vivir en su desilusión, y son los que dan pie a que se considere el matrimonio como la triste suerte de dos seres unidos con un yugo, arrastrando la pesada cruz del matrimonio, cuando deberían ser la faz sonriente de la Iglesia.

¿Quieres saber si tu amor durará siempre? Mira si va dirigido a la persona o bien a algo que tiene esta persona. La persona siempre será la misma; lo que tiene esta persona lo puede perder, o puede haber otras personas que tengan lo mismo y tal vez en mayor grado. Otros no aguantan y se separan. Esta solución no es buena para ellos ni para sus hijos, ni para la sociedad. Por la frecuencia con la que se dan las separaciones ya no extrañan a nadie; es algo que está en el ambiente y es fruto de la desorientación actual. Se ha perdido el sentido del pecado; su amor no era un amor verdadero. El amor viene de Dios y perdurará mientras nos mantengamos unidos a Dios, pero si por lo que sea se deteriorase, siempre será posible recomponerlo si mantenemos nuestra dependencia de Dios.

El amor que viene de Dios, que es un don de Dios, no puede ser verdadero si en él hay algo que va contra la ley de Dios. Por ejemplo: una persona casada que se enamora de otra persona que no es su consorte, aunque se vaya a vivir con ella y la convenza de que la quiere mucho, esto no será verdadero amor porque va contra lo

mandado por Dios: está haciendo mal uso del enamoramiento y el sexo; los utiliza en contra de Dios y de su Ley.

Todas estas ideas sobre el amor pueden parecer complicadas y difíciles de cumplir, pero...

DIOS SALE EN AYUDA DEL MATRIMONIO

Cuando un hombre y una mujer se casan en el nombre del Señor y por el sacramento del matrimonio, complacen a Dios. Su amor procede de Dios y Él es quien los une. Dios nunca cambia; lo que quiso el día que el matrimonio se unió, lo quiere hoy y lo querrá siempre; por esto, Dios sale en ayuda de los casados que quieren vivir el amor.

El sacramento del Matrimonio da una dimensión insospechada a todas las situaciones que puedan vivir los consortes; el amor mismo adquiere un nuevo valor: de un amor humano pasa a ser un amor divino. Realizamos y damos testimonio de la unión de amor entre Cristo y su Iglesia. Recibimos la gracia santificante, que aumenta nuestra santidad, y las gracias actuales, que son todas las ayudas que necesitamos para conservar y mantener nuestro amor, y para resolver todas las dificultades que en este camino podamos encontrar.

El amor de Dios es, por su propia naturaleza, comunicante. Por esto, si nuestro amor es verdadero tiende también a comunicarse, y recibe a través de estas gracias la ayuda especial que necesita para esta comunicación; para engendrar y educar a los hijos.

Cuando vivimos el sacramento es cuando nuestro amor orientado hacia Dios y convertido en caridad se ajusta más perfectamente a lo que San Pablo escribe con respecto a la caridad (1 Cor 13,4-7) «El amor es longánime, es servicial, el amor no tiene celos, el amor no es jactancioso, no se engríe; no actúa indecorosamente, no es interesado, no se irrita, no tofna en cuenta el final; no se alegra de la injusticia, pero se congratula en la verdad; todo lo

excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca caduca». Este magnífico programa podemos seguirlo en el matrimonio.

III. UNIDAD

«El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente» (FC 13)

Estamos unidos por el mismo Dios. Él nos llamó primero (vocación) y luego nos unió. Todo entra en esta unión: cuerpo, mente, sentimientos (corazón), tiempo, voluntad, alma... Y para siempre. *«Vuestras almas deben comunicarse, hasta formar de las dos un alma sola» (Pío XII 12-11-1941)*. Dios no hizo a la persona completa en el individuo sino en la pareja.

La unión conyugal *«hunde sus raíces en el complemento natural que existe entre el hombre y la mujer, y se alimenta mediante la voluntad personal de los esposos de compartir todo su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son; por esto tal comunión es el fruto y el signo de una exigencia profundamente humana. Pero en Cristo Señor, Dios asume esta exigencia humana, la confirma, la purifica y la eleva conduciéndola a perfección con el sacramento del matrimonio; el Espíritu Santo infundido en la celebración sacramental ofrece a los esposos cristianos el don de una comunión nueva de amor, que es imagen viva y real de la singularísima unidad que hace de la Iglesia el indivisible cuerpo místico del Señor Jesús.*

El don del Espíritu Santo es mandamiento de vida para los esposos cristianos y al mismo tiempo impulso estimulante, a fin de que cada día progresen hacia una unión cada vez más rica entre ellos, a todos los niveles -del cuerpo, del carácter, del corazón, de la inteligencia y voluntad, del alma-.» (FC 19)

Actualmente, para que un matrimonio se mantenga unido no es suficiente el grado de unidad que antes bastaba: el ambiente es tan contrario al matrimonio que cuando no se consigue un grado de unidad muy fuerte, la pareja fracasa.

Hemos visto en el capítulo anterior que quienes han fracasado en su matrimonio, en mayor o menor grado, presentan a los demás su fracaso como algo inevitable y generalizado, y con esta actitud a menudo intentan desilusionar a los jóvenes que se van a casar. Debido a esto a veces los jóvenes se casan con un cierto miedo, pues lo que oyen de los que han fracasado lo ven confirmado a su alrededor por todas partes. Sin embargo, Dios no ha instituido el matrimonio como una trampa para cazar a los incautos, sino para el bien de las personas, y por esto ha hecho del matrimonio uno de los sacramentos. Es Él mismo quien nos ha unido: *«El perpetuo e indisoluble vínculo del matrimonio y su unidad y firmeza tienen a Dios por autor» (CC 5)*

La unidad procede del amor y el amor procede de Dios. Un matrimonio muy unido y feliz es aquel en que los dos se aman entre sí y aman a Dios. El matrimonio unido entre sí y unido a Dios tiene posibilidades insospechadas: *«El corazón abierto es fuente de felicidad en la vida en común de dos esposos, mientras un corazón cerrado disminuye su gozo y su paz» (Pío XII 12-11-1941)*. La unidad es el fruto maduro de la caridad, del amor. Podemos ser mucho mejores y mucho más felices. Seamos *«ambiciosos»*; no nos conformemos con *«ir tirando»*.

La renuncia es necesaria en el matrimonio. Si vamos a unirlo todo, está claro que hemos de renunciar a todo lo que fue solamente individual. A partir del momento en que nos casamos, todo es de los dos, aun lo más personal.

Cuando la pareja consigue la entrega total con la generosidad, como acabamos de decir, aparece entre ellos la gratitud del uno para con el otro. Gratitud, porque cada uno se

da cuenta de las renunciaciones que hace el otro en bien de la unión del matrimonio. Gratitud por la generosidad y por la sinceridad que están patentes en todo momento. Gratitud por la felicidad que cada uno aporta al otro y de la cual disfrutan juntos y con ellos toda la familia.

HAY QUE «CASARLO» TODO

Hombre y mujer son complementarios en todo, no sólo en el cuerpo. Son complementarios en el entendimiento, sentimiento, voluntad, y en el alma misma: en todos los aspectos del ser humano. Y por lo tanto todo se puede unir.

Al casarnos debemos entregarnos totalmente. Sin embargo pocas personas entienden esto, por lo que dejan «solteros» algunos aspectos de su persona, y es una lástima pues cada uno de los aspectos de estas personas, cuando se une, produce felicidad. La total entrega de la inteligencia, por poner un ejemplo, da una felicidad inmensa. *«Esta confianza mutua, esta apertura recíproca de corazón, esta simplicidad mutua para comunicaros vuestros pensamientos, vuestras aspiraciones, vuestras preocupaciones, vuestras alegrías y tristezas, es una condición necesaria, un elemento, más aún, un alimento esencial de vuestra felicidad»* (Pío XII 12-11-1941).

Son precisamente los aspectos que suelen quedar «solteros» los que más felicidad darían si se supieran unir. Se une mucho más fácilmente lo material que lo espiritual.

Conviene entregarlo todo, aun nuestra inteligencia y voluntad, y también todas las demás cosas. A lo que en realidad renunciamos es al individualismo. *«Cuando en una casa, un ideal común de vida une ya a los dos cónyuges, y ambos son por la gracia santificante hijos de Dios y moradas del Espíritu Santo, entonces es posible y dulce confiarse mutuamente alegrías y tristezas, temores y esperanzas, ideas y proyectos sobre el orden interno de la casa, sobre el porvenir de la familia, sobre la educación de los hijos: todo esto lo pensarán entre los dos, lo preverán, procurarán y ejecutarán con confiada concordia»* (Pío XII 12-11-1941). Todas las cosas agradables y también todas las situaciones difíciles han de resolverlas entre los dos, y también han de decidir juntos los trabajos que vayan a desempeñar.

Ahora bien, para hacer esto hace falta generosidad. Para darlo todo al otro, y sobre todo para darse a sí mismo al otro es necesario un gran desprendimiento. Si queremos reservarnos algo para nosotros, esto será un indicio de que todavía queda egoísmo en nosotros; de que en nuestro matrimonio falta la generosidad.

En cuanto a las aficiones, entretenimientos y diversiones del marido y de la mujer, también hay que «casarlas». Y el modo mejor de hacerlo es procurar aficionarse a lo que le gusta al otro. Muchas veces lo consiguen, pero si esto no es posible (por ejemplo: un hombre aficionado a los deportes de montaña que tiene a su mujer embarazada o con un niño pequeño) tendrán que buscar, y la encontrarán, una nueva afición que los dos puedan compartir. Lo que no puede ser es que llegue el domingo y el marido se vaya al fútbol y la mujer al cine o a cualquier otro sitio. Menos aún que se vayan cada uno con sus amigos.

Una de las cosas que más une a la pareja es el estudio en común. Lo que sea, por ejemplo un idioma. Se compenetran más, se ayudan; amplían su entrega de la mente el uno al otro. Aumentan los temas de conversación y los centros de atención comunes.

Teníamos un amigo al que veíamos de vez en cuando, pero a su esposa no la conocíamos. Un día vino a vernos y nos pilló preparando una charla que teníamos que dar entre los dos. Se lo dijimos y se quedó muy sorprendido. Nos dijo que sería imposible que él y su mujer hicieran algo así. Él era muy intelectual. Como nosotros no la conocíamos a ella, pensamos que tal vez se había casado con una tonta, pero cuando más adelante la conocimos, vimos que de tonta no tenía nada y era perfectamente capaz de colaborar con su marido. Lo que pasaba es que él no quería este estilo de vida, esta comunicación total. Los dos eran muy buenas personas, pero creían que

esto había de ser así, que ella no tenía que entrar en el mundo de las ideas de su marido. No habían unido sus mentes cuando se casaron. Y como ellos, tantos otros a los que no se les ocurre que podrían haberse casado uniéndose mucho más; uniéndolo todo.

OBSTÁCULOS A LA UNIDAD

Las parejas que no se han unido totalmente podríamos decir que están «casados a medias», y ésta es la causa de algunas separaciones o divorcios: la entrega no fue total. Esto que en teoría está claro en la práctica no.

- Individualismo:

Conocimos a un hombre que, aunque quería a su mujer y a sus hijos -y ellos a él-, deseaba como un descanso y un recreo cosas totalmente individuales. Soñaba con irse a vivir a una «isla» (que no era precisamente el concepto geográfico de isla). Y la familia... ya irían a visitarle. Esto, claro está que lo decía en broma, pero de hecho este hombre se enfrascaba en lecturas completamente individuales y disfrutaba estando solo. Era una buena persona, no hacía nada malo ni desatendía a su familia, pero no era capaz de compartirlo todo y se guardaba para sí especialmente los buenos ratos.

Y como este hay muchísimos matrimonios que, sin mala voluntad y sin darse cuenta, no han conseguido una entrega total; no se han dado el uno al otro con generosidad, sin guardarse nada. *«Caridad, que no estriba solamente en la inclinación carnal que con harta prisa se desvanece, ni totalmente en las blandas palabras, sino que radica también en el íntimo afecto del alma y -puesto que la prueba del amor es la muestra de la obra- se comprueba también por obras exteriores» (CC 23).*

Esto está muy relacionado con la sinceridad, porque si no lo han entregado todo, han de disimular el por qué lo hacen así; han de mentir o por lo menos callar cosas. Para efectuar la entrega total es necesario conocerse a sí mismo con sinceridad y humildad. No puedo entregar lo que no poseo y no me poseo si no me conozco.

- Caracteres diferentes:

Hemos oído muchas veces: *«Esta pareja va mal porque tienen un carácter muy distinto el uno del otro»*, y también para disculparse de su falta de unión o de confianza: *«Es que somos tan diferentes que la unidad en nuestro matrimonio es imposible»*. Todo esto no es cierto. Son excusas para encubrir la verdad. Si hombre y mujer somos complementarios por naturaleza, es porque somos diferentes, muy diferentes. Los puntos fuertes del uno son los débiles del otro, y esto es así en todos los aspectos. Pues bien, ¿por qué decir que si el carácter es distinto no van a poder lograr la unidad? Caracteres distintos y aun opuestos se pueden complementar.

Conocemos muchos matrimonios con notables diferencias de genio (marido y mujer) y están muy bien avenidos. Si el uno es nervioso y el otro pacífico, el primero halla en su consorte la paz que necesita. Si el uno tiene tendencia a la tristeza por temperamento, encuentra la alegría en el otro que tiene el temperamento alegre. Si el uno es miedoso y el otro se lanza a cualquier cosa sin pensarlo, los dos acaban beneficiándose uno del otro. Y podríamos seguir mucho más citando ejemplos.

En todos los casos, si buscan la unidad se encontrarán con que, andando el tiempo, los dos van mejorando. Se acostumbran a este dar y recibir.

Conocimos un matrimonio que él era tan activo que no sabía parar y se agotaba físicamente. Ella era muy tranquila y los dos casados se hacían un bien inmenso. Los

dos trabajaban mucho pero con paz, y se tomaban pequeños descansos. Hicieron una familia excelente.

- Mal carácter:

Sin duda también hay personas casadas que tienen lo que se llama mal carácter o mal genio, y a veces no es uno solo el que es así sino los dos. Pero si ellos quieren, ayudándose el uno al otro, irán poco a poco mejorando en el carácter. Pero si no hacen ningún esfuerzo por mejorar irán de mal en peor.

Hay personas que dicen con un cierto orgullo: «*Genio y figura... hasta la sepultura*», indicando así que no van a cambiar, que no quieren cambiar. A éstos les decimos que todo tiene remedio si realmente los dos lo quieren. Pero si no quieren no se hará.

Hay personas llenas de paz y alegría, que saben acoger, escuchar, hacer favores, compadecerse. Saben dar y darse. Son humildes, bien educadas, prudentes, amables. Todo esto puede tener un principio natural, pero también se adquiere. Por ejemplo, la buena educación se tiene porque se ha recibido de alguien, y claro está, porque se ha aceptado. Nadie tiene un carácter perfecto de natural; hay que mejorarlo y pedirle siempre al consorte, y ayudándose el uno al otro irán mejorando los dos.

El buen carácter y la alegría son un tesoro para quien lo tiene y para su consorte. Quien lo tiene de natural dé gracias a Dios y también las dé a su esposo o a su esposa.

-Fronteras entre los cónyuges

Hay matrimonios que para no pelearse trazan una especie de «fronteras». «Aquí mando yo y aquí mandas tú». «Esto es mío y esto es tuyo». «A mí me gusta esto y a ti te gusta aquello». La causa de esto es un resto de individualismo; no están dispuestos a sacrificar nada para conseguir la unidad. Se conforman con muy poco. Quieren creer que han encontrado una solución. No tienen ni ilusión ni felicidad en su matrimonio.

Hemos visto que hay parejas que siguen cada uno con su grupo de amigos que tenían antes de casarse. Las amistades deben ser comunes a los dos. Al casarse una pareja a veces le conviene ir alejándose de algunas amistades de él o de ella, o de los dos, que no les ayudan o que no convienen por el motivo que sea. El bien de la pareja siempre es prioritario al de las amistades, por muy fuertes y antiguas que puedan ser.

La causa o culpa de todos los problemas matrimoniales está siempre en los dos (aunque cada uno crea que está en el otro). La única manera de arreglar estas cosas es que cada uno averigüe qué parte del problema le corresponde a él y empezar por intentar corregir sus propios fallos y no los del otro. Y el otro consorte a su vez debe hacer lo mismo. Si se intenta empezar por los fallos del otro, no se conseguirán más que enfados y «heridas», con lo que la situación, en vez de arreglarse, se agravará todavía más.

SEPARADOS Y DIVORCIADOS

Sabemos que Dios no quiere que se separen los matrimonios que son verdaderamente tales: «*Lo que Dios unió no lo separe el hombre*» (Mt 19,6). Pero como ahora hay tantos separados (unos divorciados y otros no), y como el ambiente favorece mucho las separaciones, pues ya no está tan mal visto, vamos a fijarnos en estos matrimonios rotos y familias deshechas.

La Iglesia permite en algunos casos extremos la separación como un mal menor. Por ejemplo: un marido tan violento, borracho o lo que sea, que su mujer puede pensar con razón que peligra su vida. No se la puede obligar a vivir con este peligro. Pero aun en estos casos siguen unidos; el matrimonio no se anula por esta separación, y por lo tanto no pueden casarse con otro, ni él ni ella.

Pero la mayor parte de los separados no están en este caso. Son matrimonios que ya no se quieren, que se pelean y se van cada uno por su lado. Hay también algunos que se han separado más fríamente, sin peleas, por un mutuo acuerdo muy pensado y decidido entre los dos. Y tal vez son éstos los casos más difíciles de arreglar. Gran parte de los que se han separado se vuelven a casar o se juntan sin más. Ellos se creen libres o bien se auto-convencen de que pueden actuar así. Pero realmente no son libres. Esta segunda boda no es un matrimonio ante Dios, si es que lo fue la primera.

¿Qué tenemos que hacer ante todo esto? Lo primero tenerlas ideas bien claras, cosa que muchas veces falla aun entre personas buenas y que practican la religión. La permisividad del ambiente les influye.

Las ideas equivocadas, como la de que Dios es tan bueno que no va a mandar a nadie al infierno; que ningún padre haría esto con su hijo; que los que se han separado son muy buenos chicos. Y cuando se unen de nuevo con otro, dicen: «*¿Qué van a hacer? Tienen todo el derecho a rehacer su vida*».

Hay una falsa compasión que puede verse incluso en muchos sacerdotes y contra la cual ha hablado el Papa. Con esta actitud de permisividad no se les hace ningún bien a los que se han separado y se les facilita que vayan cayendo cada vez más bajo.

Además de tener las ideas muy claras, hemos de manifestarlas tal cual; sin vacilar; que no haya dudas. El matrimonio es ya indisoluble por ley natural, y entre bautizados es, además, un Sacramento. Y quien lo intenta romper falta gravemente. Pero por otra parte estamos obligados a la caridad con estas personas, que son dignas de compasión. Nunca hemos de estar duros con ellos, ni alejarlos de nosotros, ni insultarlos. Tenemos que quererlos mucho y rezar constantemente por ellos; ofrecer sacrificios para ayudarles, y sobre todo, confiar totalmente en Dios, que los ayudará a salir de esta situación y los volverá al buen camino.

Puede parecer difícil y aun imposible unir estas dos actitudes: por un lado, manifestar claramente que no estamos de acuerdo con lo que hacen porque Dios no lo quiere; y por otro, quererlos mucho y tratarlos con todo el cariño. Pero Dios quiere que lo hagamos así y Él lo hará posible. Es además la única manera en que podemos ayudarles. Estos pobres separados muchas veces están rodeados de personas que les ayudan a caer, aceptando y aprobando no sólo su separación sino también las nuevas uniones. Si estas personas son sus padres, hermanos, etc., sus conciencias se acallan en parte, y se reafirman en su acción llevándola adelante con mayor tranquilidad.

Hay mucha gente que opina sobre las uniones y separaciones valorando sólo lo que pasa en este mundo, sin tener en cuenta lo que pasará en el otro; es decir, buscando una felicidad aquí en la tierra sin tener presentes sus consecuencias en la vida eterna.

Una señora decía: «Sí, que rehagan su situación, porque la vida es muy larga». Pero el problema es que la eternidad es mucho más larga. La felicidad está únicamente en Dios, tanto en la tierra como en el cielo. Por lo tanto, estos que buscan la felicidad por medio del divorcio (aquí en la tierra), tampoco la van a encontrar. Conocemos a muchas familias destrozadas por el divorcio del matrimonio; tanto los padres como los hijos sufren las consecuencias, y éstos últimos sin ninguna culpa. En los colegios notan, por su comportamiento, que estos niños son hijos de padres separados.

También hay mucha confusión de ideas respecto a la nulidad de un matrimonio. Hay quienes creen que la Iglesia «anula» algunos matrimonios, y no es así. Lo que Dios ha unido es indisoluble y la Iglesia no tiene poder para anularlo. De modo que donde hubo realmente matrimonio, no puede haber anulación.

Lo que la Iglesia puede hacer, después de estudiar un caso, es declarar la nulidad de un matrimonio; es decir, puede reconocer que en aquel caso no hubo matrimonio porque cuando se celebró faltaba alguna condición necesaria para que el matrimonio fuera válido. En cuanto a las nulidades obtenidas por testimonios falsos, etc., ya se comprende que a Dios no le engaña nadie, y que sólo hacen que añadir gravedad a lo que de por sí ya es muy grave.

No vamos a ocuparnos de las causas de nulidad porque esto se aparta de nuestro tema; solamente queremos recordar que el Papa Juan Pablo II recomienda a los separados que revisen su primer matrimonio por si hubiera alguna causa de nulidad. Efectivamente, hay parejas que tienen alguna y que podrían obtener la declaración de nulidad. Existen bastantes matrimonios nulos y nadie lo sabe.

La mejor recomendación para los separados (tanto si se han vuelto a casar como si no), es que se acerquen a Dios, tal como están; que le pidan ayuda; que recen, que hagan buenas obras; que vayan a misa los domingos, aunque no pueden comulgar si han formado una nueva unión.

Dios se compadecerá de ellos y recuperarán la gracia de Dios. Encontrarán el camino de regreso al Padre, como lo encontró el hijo pródigo del que nos habla el Evangelio. . El sacramento nos da la ayuda de Dios y la garantía de que es posible.

Es entonces cuando podremos cumplir la misión que la Iglesia espera de la familia, de «custodiar, revelar y comunicar el amor» (FC 17) y así satisfacer el deseo de felicidad que Dios ha sembrado en el corazón humano.

IV. MUTUA AYUDA

«*Conviene que los cónyuges y padres cristianos, siguiendo su propio camino, se ayuden el uno al otro en la gracia*» (CV 11;141). Marido y mujer deben ayudarse uno al otro en todos los aspectos de su vida. Esta ayuda presupone una entrega total, y también una confianza plena, una apertura de la mente, del corazón y del alma. Si no fuera así, no podrían ayudarse en su avance hacia Dios. La mutua ayuda lo es tanto para el cuerpo como para el alma; tanto para las actividades materiales como para el progreso espiritual. El hecho de tener un trabajo, una actividad para mantener a la familia, es ciertamente una ayuda material; como también lo es el trabajo de la madre y esposa en el hogar, destinado a lograr el mayor bienestar posible para todos. Pero en sus respectivos trabajos, ella no debe quedar al margen del trabajo de él, ni él desentenderse del trabajo y las preocupaciones de ella.

A esta ayuda, que se realiza en el plano material, se le sobrepone un aspecto intelectual cuando cada uno se esfuerza en comprender mejor el alcance de las actividades del otro. Este interés de cada uno por todo lo que hace el otro ocasionará un intercambio de consejos y orientaciones, que les permitirá ir mejorando en sus respectivas actividades, dándoles una orientación espiritual, o sea, de naturaleza sobrenatural, a las labores ordinarias en las que se han de ocupar el uno y el otro.

El amor verdadero, el que debemos tener los esposos, radica en la voluntad y procura siempre el bien del amado. El bien mejor que podemos desear para nuestro cónyuge es que llegue a alcanzar la más alta cumbre de santidad. Por esta razón, es en este campo en el que debemos esforzarnos más en ayudar al consorte, confiados en las gracias del sacramento, que a eso van destinadas; y por lo mismo es conveniente aceptar las ayudas: hemos de dejarnos ayudar.

Si cada uno de nosotros se mejora a sí mismo podrá ayudar mejor a su consorte. Tenemos que potenciarnos uno al otro para que nuestra ayuda sea lo más eficaz posible. Para esto hemos de hacer un esfuerzo constante, pidiéndolo a Dios incesantemente, y así progresar en la intimidad con el Señor. Nuestro amor hacia el otro, el procurar su bien, hace que el otro, con palabras o sin ellas, nos ayude también en nuestro progreso espiritual.

Para que este progreso sea posible ambos necesitarán humildad para reconocer sus limitaciones, sus defectos y pecados, y para pedir ayuda al consorte. También necesitarán mucho amor para comprender lo que necesita el otro y lo que necesita la pareja como tal; lo que conviene al bien de los dos. La mutua ayuda abarca desde lo físico hasta lo espiritual: tanto el cuerpo como el alma. Y abarca también a los hijos y a toda la familia.

De la mutua ayuda se dice que es para soportar mejor las penalidades de la vida, las dificultades de la vida matrimonial, los trabajos por la prole y su educación, que da la felicidad a los casados, y para que puedan ayudarse ante los achaques de la vejez. La mutua ayuda ciertamente socorre todas estas necesidades, pero donde tiene más importancia y es más decisiva es en el avance hacia la santidad mutua de los consortes, en la superación de su vida espiritual, en la comunicación de las mociones de sus respectivas oraciones, de las luces recibidas del Señor, y en la actualización y puesta en marcha de la oración de los dos juntos en nombre de Jesús.

DURANTE EL NOVIAZGO

Cuando un chico o una chica son llamados por la vocación al matrimonio, en una primera fase su relación está normalmente caracterizada por el enamoramiento, que no es todavía el amor pero que inicia una fuerte atracción y que facilita la decisión de avanzar hacia el matrimonio. Durante este período es posible que se sobrevaloren las cualidades del futuro consorte, a la vez que se minimizan sus posibles deficiencias o defectos. Suponemos que el dicho «*el amor es ciego*» tiene su raíz en este efecto, lo cual si se aplicase al verdadero amor, sería una falsedad.

La sobrevaloración de las cualidades y virtudes del pretendido o pretendida, puede dar, y de hecho muchas veces da, un deseo de progresar en todos los terrenos-material, intelectual, moral, espiritual- para acercarse a aquel ser idealizado. Nosotros hemos visto esto en muchas parejas y algunos amigos que también lo han visto nos lo han confirmado.

Este impulso que proviene del enamoramiento, así como también las conversaciones entre novios serios, orientadas a progresar en las cualidades y virtudes, que en realidad es un caso de mutua ayuda entre personas de distinto sexo; y puesto que estas personas aspiran a unirse en matrimonio, podría considerarse como una cierta anticipación de la mutua ayuda que luego alcanzará su plenitud gracias al Sacramento del Matrimonio.

Al irse transformando el enamoramiento en el verdadero amor, se produce una maduración en el individuo: los juicios de cada uno respecto al otro van siendo más equilibrados; se van valorando en su justa medida las cualidades y los defectos observados y se va actuando según su verdadero alcance.

Con respecto a los defectos, vemos que los hay de dos clases: los que molestan al consorte, a su egoísmo, a su egocentrismo, y que pueden ser defectos reales (aunque a veces ni siquiera son defectos); y los defectos que sí son reales y evidentes, los cuales se espera corregir con la convivencia y el diálogo. Insistimos aquí en que sólo podremos corregirlos con amor y buena educación.

Con la boda empieza la ayuda mutua respaldada por el sacramento. Al casarse ciertamente que la convivencia, la confianza, el diálogo, la comunicación... sitúan las cosas en su sitio. Si durante el noviazgo hemos logrado mantener a raya el egocentrismo-egoísmo. y hemos tenido la dosis suficiente de humildad, la tan famosa crisis del desencanto no se producirá, porque nuestra valoración del consorte habrá sido ajustada a la realidad y el factor sorpresa no existirá, al menos hasta el punto de producir la crisis.

EN TODOS LOS ASPECTOS DE LA VIDA

La ayuda mutua, como hemos dicho, debe abarcar todos los aspectos de la vida. Citaremos aquí algunos de ellos:

- En el trabajo: Aunque el marido y la mujer no trabajen en lo mismo, deben facilitarse en lo posible el trabajo del otro, Deben hablar de todo lo concerniente a sus trabajos; aconsejarse uno al otro cuando haya que hacerlo; interesarse y comprender la situación del otro, su punto de vista; animarlo y ayudarlo en lo posible; entender los problemas; opinar y sugerir con inteligencia y con amor. No deben desentenderse nunca de las actividades del consorte.
- En las tareas de la casa: Los trabajos de la casa recaen principalmente en la mujer, pero a veces ella no puede con todo; y cuando además trabaja fuera de casa, menos aún. Si el marido la ayuda en las tareas domésticas, aunque no sea mucho, ella se sentirá comprendida y querida; si no es así, se convierte en esclava de la casa y se siente desvalorizada, despreciada.

A veces lo que más se agradece en esta colaboración es lo que se hace como un obsequio al consorte, pensando en lo que le podría gustar más. Recordamos un domingo que pasamos con unas familias de pescadores. Íbamos a comer todos juntos. Los hombres, que habían salido en la barca a primera hora de la mañana, habían traído mucho pescado y se disponían a hacer la comida. La preparación era muy laboriosa y empleaba toda la mañana. Mientras tanto las mujeres descansaban sin intervenir en nada. Un marido nos explicó: «las mujeres hacen la comida todos los días; por lo menos que un día, el domingo, puedan descansar totalmente... ».

- En el campo intelectual: Es muy importante la ayuda en el campo intelectual. Dos consortes procedentes de distintas familias y con una formación dispar en cuanto a los estudios, necesitarán ayudarse uno al otro para lograr una cierta homogeneidad intelectual.

No es necesario, ni mucho menos, que ambos tengan la misma carrera universitaria ni el mismo grado de estudios, pero sí deberán esforzarse en alcanzar un nivel que les facilite el poder dialogar y compartir las actividades de cada uno de ellos en el terreno intelectual, para profundizar en su trabajo y mejorar su eficacia. En este mismo campo, es sumamente interesante el cuidado en promocionar las posibilidades del consorte, alentando el desarrollo de aquellas cualidades y aptitudes naturales que pueden estar dormidas por no haberlos ejercitado. Por ejemplo, si uno de ellos tiene facilidad para el aprendizaje de los idiomas, literatura, arte, etc., el otro deberá favorecer en lo posible el desarrollo de esta aptitud. Hay que descubrir estas posibilidades del uno y de la otra y hacerlas aflorar.

- En el carácter: Otro campo digno de atención es la formación, la maduración o la corrección, cuando sea necesario, del carácter. Cualquier carácter tiene cosas buenas y otras no tan buenas. Hemos de estimular, corregir al otro, y como hemos dicho antes, hay que hacerlo siempre con amor y educación. A la vez, hemos de admitir que nos estimulen y nos corrijan. Puede ser una buena ayuda el dar firmeza a una voluntad aún débil, o dulcificar una voluntad un tanto autoritaria.
- En el cuidado de la salud: La ayuda que se presten uno al otro tendrá importantes consecuencias para su salud. Marido y mujer tienen que ayudarse a llevar una vida sana; preocupándose cada uno de lo que ve en el otro y le hace falta: comida,

descanso, sexualidad, tranquilidad mental, diversiones adecuadas, ejercicio, deportes, aire libre, etc.

- En la intimidad del matrimonio: Naturalmente que la mutua ayuda debe abarcar la intimidad matrimonial, y también compenetrarse cuando se presentan las molestias de un embarazo, de una crianza, etc. La totalidad de la entrega exigida por el matrimonio no siempre es fácil, y hay que tener una delicadeza extraordinaria para poder dar al otro la ayuda adecuada en cada circunstancia de la vida.

- En el cuidado de los hijos: La ayuda mutua es especialmente importante en todo lo referente al cuidado de los hijos, a su educación y a nuestro comportamiento para con ellos, pues para educarlos correctamente es necesaria una unidad de criterio y de actuación. Los dos deben hablar mucho con ellos y escucharles con calma; es necesario que dispongan de tiempo suficiente para dedicar a los niños. Y también los dos deben estar de mutuo acuerdo en todas las cosas referentes a los hijos, a cada hijo y a su educación, lo que no siempre resulta fácil. Es necesario educar conjuntamente para educar bien; son hijos de los dos y tienen que sacarlos adelante y educarlos entre los dos.

Aunque en este capítulo no vamos a tratar de la procreación de los hijos, queremos dejar claro que para tenerlos generalmente hace falta generosidad, y su educación es una labor que se facilita enormemente si existe el testimonio de vida cristiana de los padres, que están llamados a la santidad mutua.

V CONFIANZA Y DIALOGO

Cuando en este capítulo hablamos de confianza, entendemos que es algo más que el «fiarse» el uno del otro. Damos por supuesta la fidelidad exigida por la naturaleza del matrimonio. El concepto que desarrollamos de «confianza» es la situación de unos esposos que se comunican todo lo que hay en sus mentes. Es la entrega total de las mentes y corazones, de la inteligencia.

El hombre es un ser sexuado y el sexo está presente hasta en el último detalle del ser humano. Afecta a su ser físico y anímico, a su contextura biológica, psicológica, a su vida intelectual, afectiva, espiritual... Las diferencias fisiológicas que permiten diferenciar la masculinidad y la femineidad saltan a la vista, pero no menos verdaderas son las diferencias en su manera de pensar, de razonar, de sentir, de manifestar sus ideas y pensamientos. Esto determina diferentes maneras de actuar ante una situación concreta.

Si no admitiéramos esta real y distinta manera de ser, difícilmente podríamos entender la vida matrimonial, que debe ser la puesta en común continua de dos seres diferenciados que, por su vocación, se han entregado totalmente el uno al otro porque son complementarios; tienen puntos de vista distintos, pero verdaderos los dos. Dios no hizo a la persona humana completa en el individuo sino en la pareja.

Podríamos llenar algunas páginas con citas varias sobre el tema de la necesaria comunicación entre los consortes. Ponemos únicamente tres, a modo de semáforo verde, para avalar nuestra opinión; no vamos a hacer una relación exhaustiva de lo dicho por el Magisterio.

Familiaris Consortio: «Los esposos han de progresar hacia una unión cada vez más rica a todos los niveles: del cuerpo, del carácter, del corazón, de la inteligencia y voluntad, del alma misma». (FC 19)

Pío XII: «...vuestras almas deben comunicarse hasta formar de las dos una sola alma». (12-11-1941)

Humanae Vitae: Esta unión y comunicación «... con la cual los esposos comparten generosamente todo, sin reservas indebidas o cálculos egoístas». Y luego, refiriéndose al amor: «destinado a mantenerse y crecer mediante las alegrías y dolores de la vida cotidiana, de forma que los esposos se conviertan en un solo corazón y en una sola alma y juntos alcancen su perfección humana» (HV 9).

LA COMUNICACIÓN DE LOS BIENES

Hemos de hablarlo todo, comunicarlo todo: lo que pensamos, lo que sentimos, lo que nos preocupa, lo que hemos visto y oído, lo que tenemos, lo que nos hace ilusión, lo que nos disgusta, lo que hemos leído, lo que nos hace sufrir. Las personas que hemos visto y los sentimientos que todas estas cosas han suscitado en nosotros. Todo lo que nos llega de fuera y lo que está dentro de nosotros, sin silenciar nada. Debemos lograr entre los dos una unión total, para siempre y que incluso llegue a la vida eterna.

Esta unión total, fruto de una plena comunicación entre los consortes, es un elemento esencial en la felicidad del matrimonio. Cuando decimos que hay que compartirlo todo, este todo comprende muchos matices. No podemos pensar en el todo como una realidad compacta y sin fisuras, cuando en realidad este todo está formado por muchos elementos que deben ser coordinados y unidos.

Un primer elemento a compartir es la existencia de los bienes materiales y el dinero.

Viajábamos en una ocasión con otro matrimonio y un sacerdote. Éste se extrañó de que en un momento en que la esposa tenía que pagar algo, ésta se apoderó sin más de la cartera del marido, la revolvió para sacar el dinero necesario, y pagó. Ni ella ni el marido hicieron el más mínimo comentario; era algo natural. El sacerdote se sorprendió porque no era casado.

El dinero debe ser del matrimonio; y en un clima de confianza total, vivida realmente, es indiferente que el dinero lo lleve él o ella, lo gane cualquiera de los dos. Casa, muebles, pertenencias... todo es de los dos. Este clima es consecuencia de una comunicación y acuerdo previo entre ellos, y que así lo han establecido «sin reservas indebidas o cálculos egoístas». Si debemos formar una comunidad de vida, es natural que los medios materiales para lograrlo sean también comunitarios: los ingresos y los gastos; las previsiones y los presupuestos; la comunicación de bienes... todo tiene que estar claro y en común.

Además de esto, tenemos que atender también a la comunicación en el campo intelectual. En este apartado entran la formación técnica y religiosa: estudio, lecturas... Cuando dos se casan lo normal es que haya discrepancias en estos campos. Los consortes proceden de ambientes y familias distintas. Hay que armonizar lo existente y luego continuar la formación que puede y debe ser compartida: la unión de inteligencias y voluntades.

Debemos también prestar especial atención a la unión de la vida espiritual (la unión del alma: oración, vida de sacramentos, inquietudes, ganas de mejorar...) No hay ningún motivo teológico que impida al matrimonio la comunicación entre ellos de su vida espiritual, en la comunicación de las ideas, mociones e inspiraciones captadas en la oración personal.

El matrimonio, que ha de avanzar espiritualmente por su propio camino, hasta conseguir un «modo de pensar idéntico» (CV 11; IM 52), tiene en esta comunicación espiritual su más sólido fundamento.

Tenemos que comunicar toda nuestra vida. La vida nuestra está formada por un conjunto de pequeñas cosas que van sucediendo a uno y otro de los consortes a lo largo del día y de la vida. Muchas de estas pequeñas cosas son (miradas objetivamente), insignificantes; pero no lo son las reacciones o el impacto que pueden producir en uno u otro de los consortes. Nos gusta una idea que nos dijeron: «Una persona puede angustiarse por una tontería, pero nunca es tontería una persona angustiada».

En la vida ordinaria de un matrimonio no es frecuente que ocurran hechos importantes; lo más normal es que, al final de la jornada, sólo hayan ocurrido cosas de pequeño bulto. Si las comunicamos,

estaremos preparándonos para que, cuando se presenten situaciones de mayor importancia, reaccionemos debidamente comunicándolas también.

HAY QUE APRENDER A DIALOGAR

Algunos matrimonios no tienen diálogo por no haberse planteado nunca su necesidad. Desconocen la eficacia de la comunicación y la felicidad que de ella se deriva.

Es muy natural que entre los casados al principio haya lagunas en la confianza plena. Como toda cosa buena, cuesta un cierto trabajo conseguirla. Pero hay que esforzarse durante toda la vida. Nunca podremos decir: ¡ya la hemos conseguido! El primer acontecimiento que se nos presente producirá en nuestra mente una reacción, que no se nos había presentado ayer y que habrá que comunicar y compartir entre los dos.

Hay que saber escuchar. Escuchar es más que oír. Pensemos: «Creo que el consorte tiene algo que decirme y que es importante para mí, para nosotros».

Debemos también buscar el tiempo, el lugar y el clima adecuado, en que haya paz y bienestar. Que el diálogo no sea una penosa obligación; que sea una cosa deseada, estupenda, el mejor rato del día. Llega a ser necesario.

Hay personas que tienen algo indefinible, que invita a la confianza. Todos van a contarles cosas. A veces estas personas no tienen ni un gran talento, ni posibilidades de resolver dificultades o problemas, y sin embargo muchos acuden a ellas. ¿Saben escuchar interesándose por lo que se les dice? ¿O están dotadas de una paciencia amable? Sea lo que sea, aprendamos de estas personas si no tenemos este don natural, porque en el matrimonio esto es muy importante. El diálogo nunca se agota. Cada día hay algo nuevo en nuestras mentes, aunque sólo sea un pensamiento. No hay que dejar de comunicar estas cosas. Hay que desear contárselas al otro consorte, y esperar con ilusión y benevolencia lo que el otro pueda decirnos. Si decimos todas estas cosas, nos van uniendo; y si las callamos, nos van separando. Cuanto más se dialoga más temas hay de diálogo; por el contrario, cuando una pareja lo va dejando, llega un momento en que ya no saben que decirse.

Nuestro esfuerzo debe ser tal que esta comunicación sea cada vez mayor. Puede ayudar a este logro una gran comprensión y una actitud amable y agradecida. Aunque el contenido de una posible confidencia no nos resulte agradable, hay que agradecer y valorar el hecho positivo del deseo de comunicarlo, independientemente de su contenido. ¿No podía haberse callado? Si a pesar de ello me lo ha dicho, tiene más mérito y merece mi agradecimiento. Una confidencia mal recibida, con agresividad o con ironía, cierra el paso a posteriores comunicaciones; en cambio, si es bien recibida, nos incita a confiar también nosotros y facilita el camino para un mayor y mejor clima de confianza y diálogo.

Cuando los consortes son inteligentes y el orgullo no se lo impide, hablan a fondo de las cosas. Se preguntan uno al otro: ¿cómo ves esto? y saben de antemano que el preguntado no lo verá exactamente igual que el que pregunta. Sabe que la respuesta será diferente, pero también será verdadera.

Pero en el caso de que fueran poco inteligentes, no sabrían aprovechar los dos puntos de vista distintos, y cada uno creerá que tiene toda la verdad, que tiene razón, que ve muy claro, y que el otro ni ve claro ni tiene razón (a veces se encuentran tontos el uno al otro).

«Ambos son, por la gracia santificante hijos de Dios y moradas del Espíritu Santo, entonces es posible y dulce confiarse mutuamente alegrías, tristezas, temores y esperanzas, ideas y proyectos sobre el orden interno de la casa, sobre el porvenir de la familia, sobre la educación de los hijos. Todo lo pensarán entre los dos...» (Pío XII 12-11-1941). Cuando Cristo está en el matrimonio, es fácil y gratificante la comunicación. Si Él está ausente, no hay posibilidad de mantener la unidad del matrimonio.

En todo lo dicho anteriormente lo importante es el criterio de comunicarlo todo. El realizarlo o conseguirlo irá viniendo. No es lo mismo olvidarse de decir algo que pensar: «no quiero decirlo».

DIFICULTADES

En el diálogo hay que buscar y sumar la verdad que está entre los dos. Esto a veces tiene su dificultad, pero para esto está la inteligencia. Cuando dos personas (en este caso marido y mujer) se cierran y se obstinan en decir uno blanco y el otro negro, (si lo que se discute no es una verdad evidente), es que está interviniendo la voluntad, y no sólo la inteligencia, no queriendo dar su brazo a torcer. Esto no es buscar la verdad. Ya no es: «creo que esto es así», sino: «quiero que esto sea así».

Si el diálogo no se consigue, la causa suele estar en los dos. La única manera de avanzar es un examen sereno y humilde de la parte que a mí me toca, pues esto es lo que puedo arreglar más fácilmente: dar un primer paso corrigiendo mis deficiencias y pedir al Señor las gracias actuales de unidad, que cabe esperar del sacramento del matrimonio. El camino para alcanzar la confianza no es la exigencia sobre el consorte. La confianza se gana, no se exige. Empezar yo, confiando y abriéndome al otro progresivamente. Esto es más fácil si se comienza por las cosas pequeñas de cada día; que aunque no sean muy importantes, pueden ayudarnos. El camino de la confianza y diálogo es largo. Desde recién casados, hasta la plena comunicación, es un proceso que requiere normalmente tiempo, y no siempre es fácil. Es necesario un constante esfuerzo por parte de los dos.

A veces hay matrimonios que adoptan la falsa solución de «un trazado de fronteras». Esto, como ya hemos dicho en el capítulo que trata de la unidad, es un resto de individualismo, que subsiste por no haberse puesto de acuerdo los dos. No lo han «casado» todo.

- Diferencias psicológicas:

Pero además de lo dicho existen otras dificultades. La mentalidad masculina y la femenina no son iguales. El hombre y la mujer tienen formas distintas de enfocar una cuestión cualquiera. Son dos maneras de ser complementarias. La mujer normalmente aprecia mejor los detalles y el hombre el conjunto. En el hombre acostumbra a predominar el razonamiento y en la mujer la intuición, aunque pueden darse muchas excepciones. Estas diferencias, si no se saben armonizar, dificultan el buen entendimiento de la pareja. En cambio, si se saben integrar, el enriquecimiento es notable.

Ayuda a comprender esto el ejemplo de dos ruedas dentadas: si encajan bien, los dientes de una en los huecos de la otra, su unión es mucho más fuerte que la de dos ruedas lisas. Pero si el encaje de los dientes y huecos no se da, es un desastre y el conjunto no puede funcionar.

- Diferencias temperamentales:

Éstas también pueden ser una dificultad. Por ejemplo: un consorte introvertido con otro comunicativo y sociable. Estas actitudes muchas veces son consecuencia de la educación recibida o del ambiente familiar y social en el que han vivido. Insistimos en la importancia de la forma de expresarse. Muchas veces lo que se rechaza no es la idea de fondo de la cuestión sino la forma de expresarla. También la falta de sencillez o de humildad puede entorpecer el diálogo. Es defecto que se da con mayor frecuencia en los hombres. Cuando uno de los consortes tiene una profesión en que es frecuente la necesidad de secreto profesional: el médico, el abogado... han de tener cuidado, al hablar con su consorte, de no callar instintivamente otras cosas que no son tales secretos; en no adquirir el hábito de hacer «misterios» de las cosas normales.

Otro caso de deformación profesional es el del maestro, del alto ejecutivo de una empresa, del militar... Están habituados a hablar autoritariamente, en tono de «mando y ordeno», y sin darse cuenta pueden trasladar este clima a su hogar, ya sea con su autoritarismo o con la dificultad de aceptar sugerencias de «sus inferiores».

La superficialidad y el materialismo

Si nuestra escala de valores nos lleva a apreciar principalmente los valores materiales y a infravalorar los espirituales, se reducen nuestros horizontes. No vemos la necesidad de intercambio en otros campos que escapan a nuestra atención. *Recordamos una vez que hablábamos con un matrimonio de agricultores. Al tratar de la confianza, nos manifestaron, dejándonos con un cierto asombro, que ellos tenían una confianza total uno en el otro: «Los dos sabemos cómo ha ido la cosecha de patatas y el precio al que se ha vendido. Nos lo comunicamos todo». Efectivamente su confianza era total... a ras de suelo. Pero no vislumbraban la posibilidad de muchos otros temas, capaces de aumentar grandemente su felicidad.*

Falta de intimidad

El matrimonio necesita de su intimidad. Recordemos que es precepto de la Biblia, dejar al padre y a la madre para unirse a la esposa. La intromisión de otras personas, y a veces sólo su presencia, puede ser causa de dificultades para el diálogo. Conocemos una pareja que, por la presencia constante de los familiares con la buena intención de hacerles compañía y de ayudarles, no conseguían estar ni un momento solos, y se tenían que refugiar en el cuarto de baño o salir a pasear para poder tener sus ratos de intercambio de ideas. La buena voluntad de los que les querían ayudar no les dejaba tiempo para la intimidad.

Abandono del diálogo

Finalmente señalamos como peligro serio, el abandonar el diálogo tras los primeros choques. Esto puede ocurrir incluso con la buena voluntad de uno de los cónyuges o los dos. O bien con el convencimiento de que nuestro diálogo es imposible y que ya nos conocemos: que «somos así».

Un matrimonio japonés preguntaba en una reunión: «¿Cómo hay que hacer para que una conversación no se convierta en pelea?», y añadió el marido: «Mi mujer y yo tenemos mentalidades opuestas, y cuando hablamos yo me enfado y digo palabras feas. Cuando ella las oye, también se enfada y nos peleamos». Otro matrimonio les respondió: «Lo primero que hay que hacer es estar convencidos, los dos, de que con peleas no se arregla nunca nada, y que además quedan heridos, con lo que al final están peor que antes». Los japoneses decían que esto es verdad, pero, ¿qué hacer? El matrimonio siguió aconsejándoles: «Hay que procurar averiguar el por qué uno piensa así y el otro de otra manera; hacer esto con calma y amabilidad, y se aclarará todo, porque la mentalidad del hombre y la de la mujer son distintas pero no opuestas: son complementarias».

Actitud insistente o fastidiosa en el diálogo

El diálogo ha de ser algo agradable. No hay que ponerse pesados en el intento por conseguirlo. Ha de ser un buen rato del día y puede ser uno de los mejores. Precisa un esfuerzo para tratarlo bien.

Recordamos el caso de una señora joven, de agradable aspecto, pero provista de una voz monótona y con una repetición constante de sus ideas. Llevábamos un rato escuchándola y repetía constantemente que su marido rehuía el diálogo con ella. Se apoderó de nosotros la fatiga... Si a nosotros nos cansaba un breve rato de conversación con ella, ¿cómo iba a aguantar el marido aquella quejumbrosa manera de hablar constante! Había que corregir este modo de expresión.

En otra ocasión nos dijo una pareja: «tenemos muchas veces diálogo y a veces es tan «vivo» que creemos que hasta el portero se entera». Esto no es un diálogo: es una discusión o una pelea.

Espíritu agresivo

Muchas veces, cuando en nuestro intento de diálogo se produce un choque, encontramos su raíz en alguna de las condiciones que hemos indicado. Nos encastillamos en nuestra parte de verdad, sobrevalorándola y teniendo en poca estima la parte de verdad que el otro tiene. Debemos desterrar el espíritu agresivo, conservar la paz y apreciar en mucho la aportación del otro. Conviene ser «colchón», el cual aunque reciba un golpe, nunca lo devuelve. No hay que desanimarse nunca.

Falta de tiempo

Una de las dificultades más graves para dialogar es la falta de tiempo. Ahí es donde ha de extremarse el ingenio de los dos. Es suficientemente importante su realización para que en el horario de nuestro día le hagamos un hueco, sin que otras ocupaciones lo eliminen.

LÍMITES DEL DIÁLOGO

En el diálogo hay algunos límites que no es posible transgredir con el pretexto de la confianza; sin embargo la mayor parte de los matrimonios no se encontrarán nunca en uno de estos casos:

Si un consorte recibe de un tercero una confidencia como secreto, con la condición de no revelarlo ni siquiera a su consorte, y ha admitido esta condición, queda obligado a cumplirla. Pero nuestra opinión particular es que el matrimonio que aspire a la confianza le ha de decir al comunicante: «No queremos secretos entre nosotros dos. Si mi consorte no puede participar en él, no me hagas la confidencia». Nadie tiene derecho a poner secretos entre los consortes.

El secreto profesional: El cliente que se dirige a un profesional (banquero, médico, abogado...), se confía a él, pero no puede confiarse también a su consorte, al que normalmente ni siquiera conoce. El profesional sabrá en cada caso lo que tiene que hacer, o lo aclarará como proceda. Este secreto no daña a la confianza, pues son cosas ajenas al matrimonio, al margen de su vida. Son vidas de otra gente. ...

Confidencias sobre asuntos de conciencia, de cuya revelación no se saca utilidad y que pueden entrañar un peligro. Obsérvese que este límite es subjetivo. No tan sólo puede variar de una pareja a otra, sino según las circunstancias, de un tiempo a otro.

CARACTERÍSTICAS DEL DIÁLOGO

Hay que aprender a dialogar, tranquila, serena y profundamente. E insistimos nuevamente: nadie tiene la verdad completa. Marido y mujer tienen su parte de verdad. Sumando estas dos partes, estaremos mucho más cerca de la verdad total. Este proceso puede ser singularmente difícil. Sea cual sea nuestra situación en este aspecto, hay que orar mucho y orar juntos. Es Dios quien más puede ayudarnos en este asunto tan importante para nuestro matrimonio.

El diálogo y la comunicación tienen su técnica y hay que tenerla presente en líneas generales, aunque está al alcance de todos. Hay que recurrir a ella cuando el diálogo resulta difícil.

Cuando nos expliquemos, recordemos las normas que señaló Pablo VI para un diálogo constructivo:

Claridad de lenguaje: hemos de procurar darnos a entender claramente y decir sin dudas ni disimulos lo que queremos decir. ¡Cuántas veces dos discuten-no dialogan- y un tercero que media en la discusión les dice: «¡pero si estáis diciendo los dos lo mismo sin daros cuenta!».

Afabilidad: decirlo todo con trato y conversación agradable, dulce, suave, cariñoso. Con educación y delicadeza, sin prisas.

Buena disposición: al dialogar hemos de tener ganas de escuchar al otro, esforzarnos en comprender su punto de vista, con buenas maneras, sin atosigarle.

Confianza en nuestra propia palabra: sabemos que lo que decimos es verdad, aunque sea una verdad parcial. Debemos expresar nuestro pensamiento con toda sinceridad, lo más objetivamente posible.

Prudencia: que no significa callar las cosas sino buscar el momento oportuno para decirlas. Si nuestro consorte está en un estado de nerviosismo, de cansancio o de angustia, habrá que esperar otro momento más adecuado.

Esto último difiere totalmente del hecho de declarar algunos temas como «tabú». Se sabe que al tratar de ellos acostumbra a saltar chispas, y entonces se acuerda no tratar aquellos temas jamás. Los «tabúes» son malos.

Que se note siempre el amor: en cualquier caso debemos demostrar el amor que tenemos a nuestro consorte, al que no queremos herir por nada en el mundo, sino hacerle bien.

MUTUA AYUDA ESPIRITUAL

Y para no alargar la lista, no se puede omitir la mutua ayuda en el terreno espiritual. Son evidentes los beneficios que esta ayuda proporciona a los consortes, pero muchas veces se sobrentiende que debe darse en el campo material y poco más.

Sin embargo es en las cosas espirituales donde la ayuda mutua adquiere su pleno valor e importancia; cuando se desenvuelve en el plano espiritual. Las cosas espirituales son las que tienen consecuencias eternas. Su vida espiritual ha de ser un avanzar juntos hacia Dios, ayudándose el uno al otro como los escaladores de una cordada, como los navegantes en una misma nave: responsables el uno del otro ante Dios.

La mutua ayuda permitirá a los esposos el progreso en toda su vida espiritual: en el apostolado, que se enriquecerá notablemente por la colaboración de los dos, en la recepción de los sacramentos, especialmente en la regularidad de recibir la absolución, en las oraciones, en el desarrollo de cualquier gracia actual recibida por uno de los dos (todo esto se verá con más detalle, en los capítulos dedicados a la espiritualidad conyugal y a la oración), y también en el estudio y desarrollo de los talentos, aptitudes y posibilidades que tienen ambos, etc. Es importantísimo el apoyo que uno al otro pueden darse en este terreno.

En muchos casos es posible, hasta un cierto grado, la dirección espiritual entre los esposos. Se da esta posibilidad cuando son capaces de verse el uno al otro con un criterio objetivo, desapasionado. El conocerse tan a fondo, la gracia del sacramento y el interés por el bien del otro, facilitan un verdadero discernimiento. Saben lo que hacen, lo que piensan, a lo que aspiran; y cada uno conoce bien los puntos fuertes y las flaquezas del otro; pueden ser en muchos casos un guía y un consejero inestimable el uno para el otro. Pero para realizar esto es indispensable comprender la necesidad de no imponer al otro los criterios propios, personales. Naturalmente que en caso de duda o de creerlo oportuno hacerlo así, podrán acudir a la ayuda de un sacerdote prudente, que esté bien formado en el terreno de ayuda a los matrimonios, para que pueda conducirlos por «su propio camino».

El nivel al que puede llegar la ayuda mutua queda condicionado por el grado de desarrollo espiritual, intelectual y de educación de la pareja. La posibilidad de progreso en lo que se refiere a la vida espiritual no tiene límite, y siempre es posible ir más allá; por lo tanto, a lo que debemos aspirar es a la mutua santidad; y a medida que avancemos por este camino, crecerá la posibilidad de un mayor nivel en la ayuda que podemos prestarnos uno al otro.

Por el contrario, para un matrimonio que sólo ha conseguido reunir las condiciones mínimas para la validez del sacramento, la mutua ayuda no pasará de un plano muy elemental y será sumamente restringida. Pero el sacramento y sus gracias trabajan siempre, por lo que, si tienen una actitud humilde y se muestran dóciles a las mociones que les va dando el Señor, Dios puede valerse de esta mutua ayuda incipiente para hacer progresar la unión y espiritualidad de este matrimonio. La humildad es necesaria no sólo para aceptar las inspiraciones de Dios, sino también para recibir positivamente las indicaciones y demandas del otro consorte.

La mutua ayuda, como cualquier otra virtud, será mayor o menor dependiendo de la capacidad humana de las personas, pero en un grado o en otro siempre es posible su realización.

VI. CONSEJOS EVANGÉLICOS

«La santidad de la Iglesia se fomenta también de una manera especial en los múltiples consejos que el Señor propone en el Evangelio para que los observen sus discípulos» (CV 11; 142).

En el Evangelio se perciben claramente los dos elementos que contribuyen al logro de nuestra vida espiritual y que nos han de conducir a esa santidad y perfección. No olvidemos que la esencia de la perfección es la caridad.

Por un lado encontramos los preceptos, que son mandatos claros y que, en caso de no cumplirse, se incurre en pecado. Por otro lado, los consejos, que son invitaciones a hacer algo más por Dios, para corresponder mejor a su amor. De no seguirlos, se sigue una cierta imperfección, una resistencia a la gracia, una falta de amor. Los preceptos nos exigen la conformidad con la Voluntad de Dios. Conformarse no es resignarse, como en el lenguaje habitual a veces se entiende. Es actuar de acuerdo con lo que prescriben los mandamientos y preceptos. Esto ya es virtud: pues permaneciendo fieles a esta línea de conducta ya alcanzaremos la vida eterna. Parece ser que, debido a la débil naturaleza humana, quien no aspira más que a seguir esta línea con frecuencia tiene dificultades para llevar su vida a buen término y dar en el blanco. El que no apunta más arriba, a veces se queda corto. Por eso es necesario algo que nos ayude a aumentar nuestra caridad, nuestra correspondencia al amor que Dios nos tiene. Ésta es la finalidad de los consejos.

Una cosa ha de quedar muy clara: la perfección, la práctica de los consejos, supone el cumplimiento previo de los preceptos. La perfección nace de la generosidad y exactitud en observar los preceptos, y se completa con la aceptación y seguimiento de la invitación que nos hace Jesús por medio de sus consejos.

Un matrimonio que quiera progresar de verdad debe dar un SÍ decidido y firme a la invitación que Jesús le hace a seguir alguno de los múltiples consejos contenidos en el Evangelio.

La importancia que la Iglesia ha dado siempre a los tres consejos clásicos, propios del estado religioso: pobreza, castidad y obediencia, ha sido la causa de que no hayan faltado los que creen que éstos son los únicos consejos, y que, al invitar a los seglares que quieren avanzar en su perfección, se les haya propuesto frecuentemente como modelo a seguir una adaptación de la vida religiosa a los laicos, presentándoles estos mismos consejos, pero «rebajados», para ponerlos al nivel de los laicos. Pero estos tres consejos, aun siendo los más importantes y conocidos, difieren mucho en la manera de entenderlos y llevarlos a la práctica por los casados. Las circunstancias son distintas y la práctica de estos consejos tiene en los laicos unos matices propios.

LA POBREZA EVANGÉLICA Y LA AUSTERIDAD

«El Espíritu Santo, que nos ha sido dado, hace a los seculares capaces de expresar realmente en su vida el espíritu de las Bienaventuranzas» (CV II; AS 4). De ahí se sigue la importancia que tiene especialmente la primera de ellas: «Bienaventurados los pobres...», ya que las demás son en cierta manera, aclaraciones y ampliaciones de lo expuesto en esta primera. Por esto empezamos por la pobreza y la austeridad.

Dado que progresivamente tenemos que desprendernos de las cosas materiales para que sea más eficaz nuestra adhesión al Salvador, se comprende fácilmente la importancia que tienen la pobreza evangélica y la austeridad de vida (forma práctica de esta pobreza), que facilitan el camino hacia esta adhesión. No es sólo una exigencia para los religiosos por sus votos y regla de vida, sino que tiene también una importancia básica para los casados, pues ya nos advierte el Concilio Vaticano II: «Vigilen, pues, todos por ordenar rectamente sus sentimientos, no sea que en el uso de las cosas de este mundo y en el apego a las riquezas, encuentren un obstáculo que les aparte, contra el espíritu de pobreza evangélica, de la búsqueda de la perfecta caridad» (CV 11; 142).

La palabra austeridad muchas veces sugiere la idea de algo desagradable, excesivamente frío, rígido y aún temible; pero queremos aclarar aquí que la austeridad o la vida sencilla, son algo que se vive de un modo alegre, como una liberación de todas las cargas inútiles a las que estamos sometidos sin darnos cuenta. Dicho en pocas palabras: es necesitar pocas cosas.

La pobreza evangélica está muy relacionada con la austeridad y con la vida sencilla; y es, evidentemente, básica en todos los consejos, y especialmente en los destinados a los laicos. ¿En qué consiste la pobreza? Esencialmente, en desprendernos de cuanto nos pueda esclavizar o crear una dependencia, para poder reconocernos como hijos de Dios y vivir únicamente dependientes de Él, y podernos librar del amor desordenado a los bienes y riquezas, gran obstáculo a nuestro avance espiritual y humano.

Podemos considerar la pobreza bajo dos aspectos:

Por un lado, hay una pobreza obligada, debida a las circunstancias que rodean nuestra vida, que a menudo nos imponen un cierto grado de austeridad. Por otro lado, hay una pobreza voluntaria, cuando la elegimos libremente como el camino que deseamos seguir.

- La pobreza debida a las circunstancias:

Tanto las legislaciones más avanzadas como la doctrina social de la Iglesia reclaman para todos los que trabajan un salario y unas condiciones de trabajo que les permitan tener un hogar digno, un sustento suficiente para que la familia pueda vivir con un cierto desahogo, la posibilidad de tener una familia numerosa y de dar una educación e

instrucción adecuadas a los hijos... Pero sabemos por experiencia propia que no siempre es posible llegar a este nivel óptimo. Inevitablemente aparece en nuestras vidas un clima de austeridad, no siempre deseado pero permitido por Dios, que actúa como gran pedagogo.

Es deseable que el fruto de este trabajo dé para comer, vestir, mantenimiento del hogar, educación de los hijos y comunicación cristiana de bienes. De ahí no se sigue que unas ganancias abundantes sean indicio de un trabajo cristianamente bien hecho, pues para que esto sea así, el trabajo mismo debe estar en todo de acuerdo con la ley de Dios.

Debemos santificarnos por el trabajo. Debemos santificarnos por la vida de familia, e incluso por el ocio, el descanso, la comida... «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier cosa, hacedlo todo para gloria de Dios». (1 Cor 10,31)

La necesidad, la práctica de la vida, nos lleva a ahorrar, a gastar menos de lo que deseáramos, a apretarnos el cinturón, a aprovechar mucho las cosas, a cuidarlas, a hacerlas durar más de lo que parecería posible. Muchas veces vemos limitados nuestros planes y proyectos y nos vemos obligados a renunciar a comodidades, a ilusiones y caprichos. En la aceptación alegre de estas limitaciones y circunstancias está la clave del avance de nuestra perfección.

Los religiosos y los laicos viven la pobreza de forma diferente: el religioso, ligado por la obediencia, ajusta su criterio al del superior. No tendrá ni un alfiler en propiedad sin el beneplácito de éste. ¿Es conveniente o no, este acto de austeridad, esta renuncia? El superior lo decide y asunto concluido. Esto tiene sus inconvenientes: es fácil que el religioso se apoye hasta tal punto en la obediencia que se desentienda de las incomodidades y sufrimientos propios de la pobreza; además puede caer en un cierto infantilismo que le hará perder el aprecio de las cosas y la conciencia de su valor, al contar con una «despensa» sin fondo, de la que tiene la llave el superior.

Los superiores saben muy bien lo difícil que es que los religiosos sujetos a ellos por obediencia, valoren, cuiden y hagan durar las pertenencias que la comunidad les facilita para su uso. Hablando con nosotros, un superior se lamentaba del descuido en la conservación de los bienes de la comunidad por parte de los novicios.

Otro religioso iba de viaje. Para efectuar los enlaces entre los distintos medios de comunicación necesitaba rigor en los horarios y algo con que tomar notas. «El superior me ha ordenado que me compre un reloj y una pluma. Como lo barato a veces acaba saliendo caro, me ha indicado que los compre de buena calidad». La decisión de unos padres de familia numerosa en parecidas circunstancias, agobiados por los gastos de manutención, colegios, etc. hubiera sido con toda probabilidad bien diferente.

Es fácil lograr el acuerdo económico en un matrimonio cuando «las vacas son gordas», pero cuando se ven precisados a actuar y los bienes son limitados, cuando hay que economizar al máximo, cuando hay que dar dolorosas negativas a peticiones razonables de los hijos... es más necesario que nunca que el matrimonio haya llegado a pensar de modo idéntico.

Nos decía un padre: «Durante mis estudios tenía que dibujar constantemente. Nunca pude tener una buena caja de compases, pues en el orden de necesidades de la familia siempre hubo otras cosas que pasaron delante: zapatos, vestidos, colegios, comida, etc.»

Cuando ni con recortes de presupuesto, aprovechamiento, cálculos y equilibrios, se ve una salida a la situación de apuro económico que se nos presenta, ha llegado el momento en que más necesarias son la confianza y la comunicación entre los consortes. Es el momento de lanzarse confiados a los brazos de Dios, ya que si nosotros no vemos la salida, Él la conoce de antemano. Es el momento de mostrar con la ayuda de Dios, y aunque nos cueste, nuestra fe inquebrantable en el Señor.

Nos contaba una señora que cuando tuvo el cuarto hijo se quedaron sin casa. Por lástima, les cedieron un trastero bajo una escalera. De noche dormían los niños en la cama única que allí cabía, y de día dormía el padre, que era guarda de una obra. La madre, durante los cuatro años que duró esta situación, durmió sentada en un sillón. Al cabo de estos años les dieron un piso y el problema se acabó. Nos contaba lo feliz que había sido en su matrimonio, pues nunca le faltó el amor de su esposo ni la confianza en Dios.

La pobreza elegida libremente:

Cuando avanzamos por el camino de la pobreza evangélica, no siempre nos viene ésta amorosamente impuesta. A menudo se nos presentan caminos de diferente naturaleza o grado de austeridad, y a la vez, la perenne duda entre un clima de austeridad, incompatible con un determinado grado de bienestar, o el abandono de esta austeridad en beneficio de un hogar más confortable y acogedor, más o menos cercano al lujo. Cuando nos encontremos ante esta duda, si deseamos sinceramente un mayor nivel de fidelidad al Señor, podremos recurrir a las gracias actuales que emanan del sacramento del matrimonio. Estas gracias nos permitirán discernir qué actitud conviene a nuestro hogar, a nuestro matrimonio, a nuestros hijos, y al entorno social en el que nos movemos.

Hemos señalado antes las diferencias entre la pobreza de los religiosos y la de los casados. El papel que puede representar la obediencia en una comunidad religiosa, queda en parte sustituido por la comunicación y el diálogo que debe darse entre los consortes y, en cierto grado, entre todos los miembros de la familia.

Si a uno de los consortes se le ocurre una idea, una propuesta de austeridad o de pobreza para la familia (probablemente se trate de una gracia actual), la compartirá con su consorte y entre los dos -ayudados de la oración- verán su conveniencia o no. Más difícil será conseguir que los hijos puedan compartir sus ideas con los padres y hermanos, pero ha de irse estableciendo un clima de intercambio espiritual entre los miembros de la familia, de modo que se haga cada vez más fácil esta labor.

La entrega exigida por el matrimonio es de totalidad: cuerpos, mentes... y bienes materiales. A partir de la boda no tendría que ser posible distinguir entre lo del uno y lo del otro: son bienes de los dos. La línea de austeridad del matrimonio debe ser acordada entre los dos. Forman una sola comunidad de vida.

Es evidente que Dios ha dado a la humanidad lo suficiente para todos, pero nos ha dejado a nosotros el cuidado de distribuirlo, de modo que el que tenga se conforme con menos para que el que no tenga pueda alcanzar lo necesario. Para poder profundizar en este campo tenemos que pensar en los cuatro aspectos que presenta nuestra vida: personal, conyugal, para con los hijos, y para con la sociedad.

Ya en el siglo XVI Santa Teresa dijo que los que han sido llamados al matrimonio no pueden plantearse, ni menos resolver, su vida espiritual al margen de esta condición. La doctrina de la Iglesia ha confirmado lo que dijo la santa. Los cónyuges deben ponerse de acuerdo, con un diálogo sereno y profundo en la presencia del Señor. El grado de austeridad de vida libremente elegido por los consortes puede ser muy elevado, pero no puede imponerse igual a los hijos, que serán llamados por Dios cuando Él quiera. La austeridad debe proponerse a los hijos con prudencia, explicándoles que esto se hace para dar más entrada a Dios en nuestras vidas y que es fuente de felicidad. El testimonio de los padres será suficiente para que lo vayan aprendiendo.

Recordamos una madre modelo, de una completa austeridad en el vestir y en sus costumbres, que no se permitía a sí misma absolutamente ningún capricho. A sus hijos, sin embargo, les facilitaba todo lo necesario para su formación, instrucción y vida sana, sin ningún regateo ni tacañería; pero jamás les concedía un capricho o dispendio inútil.

Las posibilidades de una familia para limitar sus gastos son innumerables: acostumbrarse a una comida sana pero bien sencilla; enseñar a los hijos a comer de todo y a no dejar nada, a controlarse con los alimentos que más les gustan, pensando en los demás.

Es necesario cuidar de las cosas y aprovecharlo todo, y este clima lo entienden hasta los más pequeños. Hay que huir de la ostentación, del capricho, ya sea en la casa (procurando que nuestro hogar sea sencillo, limpio, confortable pero no suntuoso, de fácil arreglo y limpieza), como en el vestir. La sencillez es muchas veces sinónimo de una verdadera elegancia. Es también muy conveniente la austeridad a la hora de regalar juguetes a los hijos: no necesitan tantos.

Contaba una madre de seis hijos que debido a la mucha parentela bien situada que tenían, en día de Reyes acumulaban una cantidad respetable de juguetes y de muy buena calidad. La misma tarde de este día, ¡hubo una pelea entre hermanos por jugar con una chapa de gaseosa! Y la madre añadió: «esto es una lección para nosotros».

Por todas partes hay hambre y necesidad. No es necesario ir a buscar estas cosas al tercer mundo: están a nuestro alrededor, donde no todo es bienestar. La pobreza va unida a la comunicación de bienes, y paradójicamente son las familias acostumbradas a apretarse el cinturón las que tienen más sentido de la colaboración.

Nos contaba un empresario amigo: «En mi empresa pasaba muchas dificultades. Frecuentemente tenía que recurrir a amigos y conocidos pidiendo pequeños préstamos a corto plazo. Cuando tenía que pedir acudía preferentemente a los que también estaban apurados. Si recurría a los que tenían una economía sobrada, también me prestaban, porque eran buenos, pero me ponían cara seria y alguna vez me pidieron intereses. Los

pequeños, en cambio, prestaban con buena cara y sin cerrar nunca las puertas, por si más adelante volvía a necesitar otro préstamo».

El mundo espera de los cristianos un testimonio social de austeridad, de pobreza evangélica. Si somos capaces de esto, se facilitará una mayor comunicación de bienes entre todos.

Nadie puede decir: «la pobreza no es para mí», aunque su posición social, su profesión, su cargo... parezcan exigirle una conducta distinta. Cuanto mayores sean las exigencias sociales, más esfuerzo y dificultades se le presentarán en la adopción de una línea de pobreza evangélica.

La pobreza es una actitud ante Dios, y por lo tanto debe llevarnos a la indiferencia de tener o no tener; usar o no usar. La excesiva preocupación por los bienes materiales es un pecado contra la pobreza y la confianza en Dios, pues Él nos dice: «No os preocupéis por qué comeréis o con qué os vestiréis...» (Mt 6,25). Es muy probable, y deseable, que siguiendo este camino nos volvamos más humildes.

Hay que ser sinceros y estar atentos. No basta con decir: «estoy libre de espíritu, despegado de todo lo que poseo» y quedarse con todo, porque puede ser un engaño que nos hacemos, una trampa espiritual. Esta actitud Dios no la quiere. Es bueno que de vez en cuando nos planteemos ante el Señor: ¿esta casa, coche, televisor, vestido, etc., es necesario o superfluo? Sabemos que lo importante es estar desprendidos de todo, pero de vez en cuando es bueno comprobarlo desprendiéndonos de algo.

La privación efectiva de la comodidad, reputación, placer, ambición, dinero; la frugalidad de alimentos, la humildad, la sencillez de vida, favorecen la vida espiritual. Por el contrario, los placeres y el manejo de riquezas tienen muchos peligros y frecuentemente entorpecen el progreso espiritual.

La observación de Jesús: «No podéis servir a dos señores, a Dios y a las riquezas» (Mt 6,24), es muy clara. No es posible buscar a la vez el éxito personal en el campo material, y en el de la gloria de Dios. No es el siervo mayor que su amo, y Jesús siguió en la tierra el camino de la pobreza.

Las privaciones económicas son buenas tanto para el matrimonio como para los hijos. La vida sencilla que nos imponemos por Dios nos hace depender más de la Providencia, nos acerca a Dios y nos ayuda a educar a los hijos sin caprichos. Los hijos que han vivido y se han educado en un ambiente más sobrio, se hacen más generosos y se ayudan unos a otros, aun en edades jóvenes y en cosas pequeñas.

Éstas les preparan para cuando se presente alguna ocasión de más importancia. La austeridad les resulta natural; se conforman con poca cosa (vestidos, juguetes...) y no piden cosas que saben que sus padres no les pueden comprar.

Otra ventaja de este clima es que tanto los consortes como los hijos se ilusionan con pequeñas cosas: disfrutan muchísimo con cualquier regalito por pequeño que sea. Hemos

visto, y todos lo habréis observado, a muchos niños que tienen tantas cosas que no se sabe qué comprarles ni regalarles, y ya no aprecian lo que les dan, ni lo que tienen, aunque sean cosas valiosas. Nada les hace ilusión.

Con las comidas ocurre otro tanto. Hay muchas parejas que nunca han pasado hambre ni les ha faltado nada de lo necesario, pero tienen un criterio sano: sus comidas son sencillas y no se consienten ningún exceso ni desorden en ellas. Si el matrimonio comprende y emprende este camino, no por esto vivirán en un estado de angustia o miedo. Tampoco recordarán posteriormente, ni los padres ni los hijos, con tristeza aquella época.

Cuando se ha probado la vida sencilla es fácil entusiasmarse con ella. Además, la sencillez es el medio idóneo para que en ella crezca la humildad, pues entre los parientes y amigos no se destaca nunca a causa de la vida que se lleva.

Es posible que al plantearnos la austeridad en la familia caigamos en algún exceso. No es sensato que para solucionar el problema de la vivienda y para acercarnos al máximo al problema, nos vayamos a vivir a una chabola, para desde allí trabajar intentando solucionarlo. Lo único que lograremos será aumentar el problema con una chabola más. Aunque es cierto que hemos de procurar que nuestra casa y nuestra situación social sean sencillas, pues el mundo necesita un testimonio de vida evangélica; sin embargo, el entorno social nos condiciona y no podemos escapar del todo a él. Dado el clima de consumismo que nos rodea y el ambiente algo exigente en el que tal vez nos movemos, es más probable que nos vayamos al otro extremo, pues aunque la pobreza y la austeridad nos hacen más libres y más felices, esto no se realiza sino a costa de algún sacrificio. Pero es así como se avanza, y estas pequeñas incomodidades son las que nos ayudan a no aflojar nuestras decisiones.

Es cierto que nuestra casa debe tener un mínimo de comodidades para que pueda considerarse «un hogar» y no un frigorífico. Pero también es cierto que una familia cristiana y generosa -y por esto posiblemente numerosa- puede obligarnos a estar menos cómodos de lo que deseáramos y nos impone algunas limitaciones: alboroto, escasez de espacio, literas... Los hijos de familias numerosas, ya mayores, recuerdan con agrado aquellas circunstancias del pasado, incluso las anécdotas propias de la estrechez económica que un familión acarrea.

¿Hasta dónde hay que llegar en la austeridad? De ninguna manera puede convertirse en una práctica masoquista. No debemos perder nunca de vista cual es su finalidad: desprendernos de las cosas para acercarnos más a Dios.

En la práctica es muy difícil establecer el límite entre lo necesario y lo superfluo. Cada familia es diferente, y aun en la misma familia varía al ritmo de las circunstancias: vienen nuevos hijos; aparecen enfermedades; se encarecen los estudios; surgen compromisos sociales...

No se pueden dar normas de carácter general para alcanzar la sencillez en nuestra vida. No debemos hacer de nuestra pobreza evangélica una copia de la realización concreta que hayamos visto en otro matrimonio o familia. Cada matrimonio y cada familia

son diferentes, y aun en la misma familia pueden cambiar de circunstancias. No es lo mismo cuando hay salud que cuando hay algún enfermo o persona delicada... Dios va mostrando a cada familia, en cada momento, las posibilidades concretas de vivir esta pobreza. Son muchas las opciones de vivir la pobreza evangélica que tiene la familia, pero nosotros debemos realizar la nuestra, la que el Señor nos mostrará si se lo pedimos confiadamente.

Todo lo escrito aquí sólo es una ayuda para reflexionar; después de esto, cada matrimonio deberá decidir ante el Señor.

LA HUMILDAD Y LA SENCILLEZ

No haremos tampoco aquí un tratado sobre la humildad, sino que intentaremos recoger en estas notas algunas de sus características, que pueden influir en la vida de un matrimonio según viva o no viva la humildad, y de qué modo ésta condiciona el progreso y la facilidad con la que una pareja y familia avanzan en su camino hacia Dios. Y aquí afirmamos que la humildad es totalmente necesaria para la felicidad del matrimonio.

La humildad se basa en la verdad; según Santa Teresa, es la verdad. Es necesario conocer exactamente cuál es nuestra situación. Si hacemos una valoración clara de lo que somos, tenemos y valemos, veremos que todo lo hemos recibido de Dios. Nos cuesta aceptar que nosotros no somos más que nada, pecado, e inclinación al mal; y por lo tanto, es natural que se nos trate como merecemos. No debemos apropiarnos de nada de lo que viene de Dios. Vistas así las cosas, a la luz de la verdad, no deberíamos indignarnos de que otros nos dejen en el silencio, en la oscuridad; de que nos ignoren o nos menosprecien. Ciertamente hay en nosotros cosas buenas, pero como ya hemos dicho, son dádivas de Dios, y a Él hay que agradecerse las y no vanagloriarnos de ellas.

Una de las dificultades mayores para adquirir la humildad es la de conocernos mal a nosotros mismos. Fácilmente nos creemos mejores de lo que somos, cayendo en un falso optimismo; y alguna vez nos creemos peores, yendo a parar a un pesimismo no menos falso.

En nuestro caminar hacia Dios, muchos de nosotros tenemos tendencia a atribuir todo lo positivo que hay en nosotros a nuestra buena voluntad, generosidad y entrega; olvidándonos de que es Dios quien nos lo ha dado todo; otros por el contrario, al primer tropiezo, se consideran una inutilidad sin remedio y se hunden en el desánimo. Cada cual, según su temperamento, estará más inclinado a verse a sí mismo de una o de otra forma.

Nuestro matrimonio nos ayuda mucho a conocernos mejor y más equilibradamente; nos acerca más a la verdad. La convivencia continua de los consortes hace a cada uno de ellos más sensible a los defectos derivados de la vanagloria del otro consorte, y por la comunicación entre los dos, se dan cuenta de cuando caen en autosuficiencia o «dogmatismo» en sus afirmaciones y conclusiones. Cada uno tiene una visión más objetiva del otro y de la verdadera motivación de éste. Los dos consortes se aman recíprocamente y quieren el bien del otro; desean su humildad, su verdad; desean asimismo todas las virtudes y buenas cualidades para su consorte y para el matrimonio. Ciertamente, hay virtudes y cualidades muy excelentes, pero la humildad es la base para todas ellas.

La humildad en el matrimonio es sumamente conveniente, pues la convivencia no se da bien entre personas soberbias y orgullosas. Una de las cualidades de las personas que tienen humildad es que se está bien con ellas; y claro está que en el matrimonio la buena convivencia es fundamental. Además, las personas humildes tienen mucha paz, porque no ambicionan cosas superfluas; no tienen inquietud para adquirirlas: les basta lo estrictamente necesario. Dan más importancia a las personas que a las cosas y, por lo tanto, son excelentes para la vida familiar.

La reflexión sobre lo que nos ha enseñado Jesús: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas» (Mt 11,29); y también lo expresado por la Virgen María: «Porque miró la humildad de su esclava» (Le 1,48), debe ser la norma de conducta entre nosotros.

El soberbio no tiene paz ni reposo; no descansa ni es feliz; no se conforma con lo que tiene ni con lo que es; siempre quiere más y desea estar por encima de los otros. Ya se puede comprender que esto, en el matrimonio y en la familia, será fuente de tensiones. Es desastroso.

Las personas de corazón humilde están al servicio de todos, como Cristo, que dijo: «El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido sino a servir» (Mt 20,28), y esta actitud sale de ellas de un modo natural, espontáneo.

Nos cuenta una familia conocida: «A nosotros nos había entusiasmado la vida sencilla y, cuando nos casamos, decidimos que nuestra casa y nuestra familia tenían que ser una realización doméstica de esta sencillez. Tener sólo lo necesario, y que no hubiese en nuestro hogar nada para que lo viesen los demás, para darnos importancia. Y sin embargo... ¡Cuánto teníamos que aprender! Recordamos el detalle que en la lista de boda anotamos un juego de cubiertos de plata, que nos lo regalaron. A los pocos años, nos lo vendimos y lo sustituimos por otro de acero inoxidable... y esto reforzó nuestra humildad al darnos cuenta de lo tontos que habíamos sido. »

Cuando se emprende el camino de la vida sencilla se van comprobando continuamente las ventajas que presenta: menos trabajo, y por lo tanto más tiempo; menos gastos y por lo tanto más bienestar con los mismos ingresos; y sobre todo: más paz.

Recordamos el caso de un matrimonio que decía a un sacerdote amigo: «Estamos agobiados porque tenemos tantas cosas que hacer que nos falta tiempo». La respuesta fue muy clarificadora: «Os falta tiempo porque estáis haciendo cosas que no tendríais que hacer. Dios ha hecho los días de 24 horas; no quiere el agobio, y no pide imposibles.»

Esta respuesta, que podemos aplicárnosla todos, puede transformar profundamente la vida de cualquier matrimonio. De momento tal vez se produzca un cierto desconcierto al no saber cuáles son las cosas que se están haciendo y no se deben hacer, pero luego, dialogando los consortes y orando, encontrarán pequeñas simplificaciones en la vida matrimonial y familiar, y con gran ilusión y alegría se irán poniendo en práctica. Por ejemplo: usar ropa que no se tenga que planchar; quitar alguna cortina y adorno que no sean necesarios; dar salida a una serie de objetos, ropas y trastos que se guardan por si un día se necesitan. En fin, cada matrimonio irá descubriendo simplificaciones que, sin alterar el aspecto alegre y acogedor que ha de tener la casa, pueden llevarse a término.

Es frecuente que muchos matrimonios, principalmente jóvenes, tengan que pasar alguna que otra época de estrechez económica. Esta penuria no tan sólo es saludable para el cultivo de la humildad sino que también aumenta su confianza en la Providencia.

Cuando los matrimonios se plantean con generosidad el número de hijos a los que es posible atender, deben pensar que un hijo enfermo gasta más que varios sanos, por esto el Señor cuida normalmente de que, los que son varios hermanos, gocen normalmente de mejor salud. Los que se empeñan en calcular el porvenir hasta el último detalle se equivocan porque no tienen datos; no pueden saber nada: es Dios el que lo sabe todo.

Es bueno contemplar la casa de Nazaret. Es imposible llevar una vida más sencilla: una casita en parte excavada en la tierra, como las demás del pueblo; un pueblo muy pequeño (¿doscientas personas?). Está claro que Jesús, José y María vivieron de un modo sencillísimo, como las demás familias vecinas. La gente se asombraba de que el Mesías pudiese salir de aquel pueblo. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?», dijo Natanael. (Jn 1,46).

Es un error creer que para educar bien a los hijos hay que llevarlos a los colegios más caros y proporcionarles los recursos más modernos o exclusivos: deportes, clubes... y más tarde, motos, coches, etc. para que todo esto les haga subir en la escala social. Por el contrario, muchas de estas cosas serán un obstáculo casi insalvable para la vida de sencillez y humildad, que tanto ayuda a que la educación en el seno de la familia, que es la básica, se complete y llegue a buen fin.

Recordamos muchas veces y con gusto, cuando el Evangelio nos habla de Marta y María: «Marta, Marta: tú te afanas y te angustias por muchas cosas y pocas son necesarias» (Le 10,41).

¡Cuántas veces un consorte podría decir al otro frases semejantes a ésta!, cuando se le ve trabajar demasiado o agobiarse por el peso del trabajo. La solución en estos casos es siempre la misma: diálogo, oración y simplificación. Es un texto evangélico para meditarlo muchas veces, y hemos de creer en él. ¿Somos o no somos cristianos?

Por supuesto que la sencillez no está reñida con la limpieza, con el orden o el buen gusto. Todo lo contrario: las pocas cosas son más fáciles de arreglar que las muchas. Las cosas tienen que estar a nuestro servicio y no al revés. Hemos visto, y vosotros también, amas de casa convertidas en esclavas de todo lo que poseen. Pensemos cómo tendría su casa la Virgen María, en medio de su pobreza.

Consideremos que, en los momentos actuales, la reflexión sobre este tema de la sencillez adquiere una importancia mayor que nunca. La vida moderna nos lleva a la máxima comodidad y complicación. Nos hacen creer que necesitamos multitud de cosas, y estas cosas, en vez de facilitarnos la vida muchas veces nos la complican: nos atan, nos roban el tiempo y nos esclavizan. No hay dinero para tantos gastos; hay que ganarlo como sea. La mujer está fuera de casa todo el día. La familia queda medio abandonada, cansancio, estrés, nerviosismo...

El estilo de vida sencillo es más evangélico y sus ventajas son tantas que, si nos empeñáramos en enumerarlas todas, no acabaríamos nunca. Cuando alguna familia vive así y otras personas, parientes o amigos, ven de cerca este estilo de vida, generalmente se sienten impactados y con ganas de hacer ellos también algo en este sentido.

VII. LA FAMILIA

«Haced de vuestras familias verdaderos centros de santidad (...) donde la ley de Dios sea observada exactamente (...) donde reposen los ojos de un Dios que sabe que allí se hace continuamente su santísima voluntad...» (Pío XII 15-8-58)

El hombre y la mujer unidos en matrimonio forman la primera comunidad de personas, fundamento sobre el cual se va edificando una más amplia comunidad, que es la familia. Esta comunidad familiar, que tiene su raíz en los vínculos naturales de la carne y de la sangre, está llamada a crecer y perfeccionarse en el amor. La familia como comunidad de personas no es algo que se nos dé completamente hecho, sino que para ir realizándose exige día a día nuestra colaboración, entrega, generosidad y sacrificio,

Como hemos visto al final del capítulo dedicado al amor, la familia que nace del matrimonio tiene una misión clara y específica: «Custodiar, revelar y comunicar el amor» (FC 17). El matrimonio tiene que mostrar al mundo cómo es el amor entre Cristo y su Iglesia.

De la misma manera que para su desarrollo humano los hijos necesitan de unos padres que se quieran y estén unidos, también para su desarrollo espiritual les conviene ver a sus padres unidos en el espíritu.

Si unos consortes hablan entre ellos de Dios y de las cosas espirituales, les será muy fácil hablarles también a los hijos de estas mismas cosas. Pero si los padres no se comunican nunca en este sentido, ¿cómo hablarán de esto a sus hijos? Aunque sean creyentes y practicantes les resultará difícil romper esta barrera, pues no han sabido romperla entre ellos dos. Y ¿cómo se podrán ayudar el uno al otro? Y si a pesar de todo alcanzan un progreso espiritual... será no por medio de su matrimonio sino a pesar de su matrimonio.

La espiritualidad conyugal vivida en un matrimonio tiene su repercusión en la familia. Los padres que rezan juntos enseñan a los niños a rezar, y los niños lo aprenden con toda facilidad. Ven a sus padres como bendicen la mesa, como rezan el rosario juntos, como van juntos a misa y a comulgar.

Y cuando a pesar de todo algún hijo se aparta del buen camino, como sucede con tanta frecuencia, si los padres están unidos en el espíritu, tendrán más fuerza sus oraciones y sus actuaciones a la hora de ayudar al hijo a volver de nuevo a Dios. El modo de hacer esto se verá con mayor detalle en el capítulo dedicado a la oración. El testimonio que da la familia cristiana es importantísimo, pero además la familia como tal, ya sea su núcleo inicial o con toda su complejidad y extensión, debe pasar a la acción evangelizadora: «La familia cristiana está llamada a tomar parte viva y responsable en la misión de la Iglesia de manera propia y original, es decir, poniendo al servicio de la Iglesia y de la sociedad su propio ser y obrar, en cuanto a comunidad íntima de vida y amor» (FC 50). Debe comunicar este amor, educar para el amor. Esta misión podemos verla más extensamente explicada en la encíclica *Familiaris Consortio*.

AUTORIDAD EN LA FAMILIA

El concepto de autoridad está muy cuestionado en la actualidad; es casi un tema tabú. Sobre todo en el matrimonio y en la familia. Y sin embargo, toda sociedad necesita de una autoridad. Las naciones, las empresas, las parroquias, los colegios... ¿Cómo podrían funcionar sin autoridad? Tampoco la familia puede prescindir de ella.

La famosa frase de San Pablo: «Las mujeres estén sometidas a sus maridos como conviene en el Señor» (Col 3,1 S), no se puede decir sin que los que escuchan se alboroten... y por lo tanto no se dice. Y, ¿quién les recuerda a los hijos que deben obedecer a sus padres? Nadie. Se silencia, aun en la Iglesia, todo lo que no va a gustar, lo que se presume que no va a ser aceptado.

Hace años que no hemos oído hablar del infierno, aunque sigue existiendo. Los niños y los jóvenes reciben una enseñanza religiosa muy mutilada. No es de extrañar, pues, que pase lo mismo con la autoridad de la familia. Muchas de las parejas que se preparan para el matrimonio reciben una formación incompleta. No saben cuales son sus obligaciones; no saben quién va a tener la autoridad. Es cierto que a las mujeres se las ha tratado durante siglos como a menores de edad.

Yo, Mercedes, recuerdo haber ido al notario para firmar algo, pero si no estaba «asistida» por mi marido y él no ponía «con la venia marital», mi firma no tenía validez. En otra ocasión quisimos nombrar a mi hermana tutora de nuestros niños, en el caso de que muriéramos mi marido y yo. Me dijeron que mi hermana no podía ser tutora porque era mujer... Todo esto ya se ha acabado, gracias a Dios.

La mujer ya tiene (por lo menos en esta parte del mundo) los mismos derechos que el hombre, lo cual es de justicia. Pero este cambio, aun siendo algo muy bueno, ha traído como consecuencia negativa la pérdida del sentido de la autoridad. La mujer dice o piensa: «¡Ya somos iguales!, por lo tanto, no tengo por qué obedecer a mi marido». Y esta actitud se ha generalizado.

A causa de esto (no la única causa, claro está), muchos matrimonios van mal, e incluso algunos llegan a separarse. El hecho de que no haya autoridad en un matrimonio, que como tal es ya una familia. es en sí mismo una fuente de discordias y mal funcionamiento.

¿Qué pasará cuando el marido piense que hay que hacer una determinada cosa y la mujer todo lo contrario? Y esto puede suceder incluso cuando los dos mantienen su postura de buena fe, convencidos de que su parecer es el más conveniente. Si no hay autoridad, el problema no tiene solución. La solución podemos encontrarla en la Biblia, y ésta no cambia. La autoridad en el matrimonio la tiene el marido, y en la familia, el padre. Y esto no va en contra de la dignidad de la mujer ni indica inferioridad alguna. Cuando decimos: «son iguales», tendríamos que añadir: «pero muy diferentes».

Los hombres son más adecuados para algunas cosas y las mujeres para otras; las mujeres atienden más a los detalles mientras que los hombres ven mejor el conjunto. Tal

vez por esto los hombres son más adecuados para mandar en la familia, para ser el cabeza de familia, porque tienen mayor facilidad de verla en su conjunto.

Y las mujeres, a quienes nadie puede negar que son más adecuadas para amar, tanto al marido como a los hijos, serán el corazón de la familia. ¿Esto es inferioridad? Ciertamente, no. Somos diferentes. Iguales en dignidad pero distintos en las otras cosas.

Sin embargo, hoy más que nunca es necesario que la dignidad de la mujer como esposa y como madre sea reconocida en plenitud, ya que educar a un niño es educar a un hombre, mientras que educar a una niña es educar a una familia. Si la sociedad quiere subsistir tendrá que dar mayor reconocimiento y estima al valor insustituible de la mujer en la familia.

Volviendo al tema que nos ocupa, pensemos en la Sagrada Familia. San José recibía de Dios todas las órdenes destinadas al gobierno de la familia; en el Evangelio de San Mateo podemos leer como esto sucedió así en tres ocasiones sucesivas (Mt 2,13; 2,19-20; 2,22). Y sin embargo José, aunque era un gran santo, era el último en dignidad y grandeza; inferior a Jesús y a su Santísima Madre. Pero era el cabeza de familia, el adecuado para esta misión.

Y Dios sigue inspirando al marido, al padre de cada familia, para que la dirija del modo más conveniente. Sin embargo aquí conviene precisar que esto sólo se realizará si este hombre actúa de acuerdo con la ley de Dios.

Teniendo en cuenta que el matrimonio simboliza la unión de Cristo y su Iglesia, y que Cristo es la Cabeza de la Iglesia, queda claro que la Iglesia ha de obedecer a Cristo y no al revés. Del mismo modo, la mujer ha de obedecer al marido, y no al revés.

En los conflictos que pueden surgir en la familia en torno a la autoridad o la obediencia, la solución ideal la encontramos en el Evangelio: el hombre tiene que mandar en su casa, pero no a su capricho ni como un déspota; no para que le sirvan, sino para servir. «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir» (Mc 10,45). «El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo» (Mt 20,26-27). La autoridad ha de ser un SERVICIO, en caso contrario sería un abuso de autoridad.

Cuando un matrimonio está bien avenido, se quieren mucho y los dos están unidos a Dios, ¿cómo resuelven esto de mandar y obedecer? Para ellos el problema casi desaparece, porque hablan a fondo de todo lo que les sucede y la mente de cada uno está totalmente abierta para el otro. Habitualmente resuelven sus problemas entre los dos; cada uno explica al otro las razones que tiene para opinar como lo hace, y todo lo hablan con calma y con cariño, tal como tienen por costumbre. Generalmente llegan a un acuerdo, pero si a pesar de todo hay que tomar una decisión, la tomará el marido. La mujer verá entonces, en esta decisión, la voluntad de Dios.

RELACIONES FAMILIARES Y SOCIALES

El hombre es sociable por naturaleza; está hecho para vivir en sociedad. Dejaremos aquí de lado todas las implicaciones que de esto se derivan, porque su estudio corresponde a la sociología, y nos limitaremos exclusivamente a aquéllas que conciernen a la familia.

Veamos pues cómo son y cómo deben ser las relaciones sociales de la pareja:

Cuando una pareja se casa, lo normal es que dejen a sus respectivas familias y se vayan a vivir solos. Entonces, la primera relación que se les plantea es ésta: ¿qué trato vamos a tener con nuestros padres, nuestros hermanos, abuelos y demás parientes? Hay que pensar en todos, sin olvidar a los más solos, a los que más nos necesitan.

Relación con los padres: Éstos especialmente merecen mucha atención. La boda del hijo o de la hija es un momento delicado para los padres de los dos; la relación que tengan a partir de la boda será distinta, y tiene que ser distinta. La pareja es ya otra familia; la obediencia de los hijos a los padres no va a ser igual. Pero lo que no ha de cambiar es el amor, el cariño y la delicadeza con los padres. Tanto los padres como los hijos tienen que ser buenos y conviene que sean inteligentes para darse cuenta de cómo se ha de modificar la relación. A veces, y sin que esto suponga que hay mala voluntad, caen en equivocaciones que hacen sufrir a todos. Vamos a poner algunas que hemos visto en la realidad. No son teorías.

Veamos la primera de ellas, la tendencia a entrometerse. Uno de los padres (o los dos), ante el hijo casado: querer que siga todo como antes, la misma relación con su «niño» o con su «niña». La madre principalmente, a veces sin darse cuenta, quiere organizar la nueva casa, ayudando, claro está, pero interviniendo, mandando. Quiere que su niño o su niña sea su confidente, igual que antes de casarse. Le da consejitos de todas clases. Ante estas cosas muchos jóvenes no saben reaccionar bien y, o bien se enfadan y despachan a los padres y suegros, o bien ceden en lo que no deberían ceder. Incluso a veces la pareja joven se pelea porque el uno estaría dispuesto a ceder y el otro quiere despachar a los padres entrometidos.

El matrimonio joven ha de ponerse de acuerdo sobre el modo como van a tratar a los padres, y deben hacerlo a tiempo, antes de que la convivencia se ponga tensa.

Unos padres tenían una hija única y mimada. Cuando esta hija se casó, querían que siguiese siendo «suya». Un día, el padre le dijo algo a su hija y añadió: «Esto no se lo digas a nadie, ni siquiera a tu marido». La hija no hizo caso y comentó con su marido lo que el padre le había dicho. Éste lo supo, y disgustado, se quejaba de que su hija «además de decirselo a su marido, le ha dicho que yo no quería que lo hiciera». La conducta de la hija fue correcta; la del padre, muy equivocada, porque no tenía ningún derecho a impedir la comunicación entre el marido y la mujer. De todos modos, este padre recibió una lección que hizo que desistiera de repetir el experimento. Y tal vez entendió cómo debe ser la comunicación entre los dos en el matrimonio.

Hemos conocido el caso -extremo ciertamente, pero real- de un matrimonio joven que tenían tres hijos. Alguien les insinuó la posibilidad de tener más niños. La esposa dijo: «No, porque mi madre no quiere; me ayuda mucho con los niños pero no quiere más». Otras dos parejas que tenían en su casa cosas que no les gustaban pero... «la mamá lo ha puesto aquí y si lo quitamos se enfadará... »

Hay que ser tajantes y cortar estas intromisiones, pero al mismo tiempo hacerlo con cariño, procurando no alejarse de ellos. Hay que darles todas las atenciones de buenos hijos: pequeñas alegrías, regalos, aunque sean cosas mínimas, sorpresas agradables, felicitar el santo, cumpleaños, aniversario de boda, etc. Los padres agradecen muchísimo estas delicadezas y se sienten felices cuando los hijos se las procuran con frecuencia. No lo son en cambio cuando ven frialdad y distanciamiento en el hijo o en la hija que se fue.

Pero es a los padres, sobre todo, a quienes corresponde actuar con inteligencia ante los hijos que se casan. A ellos les corresponde ser comprensivos e indulgentes; dejarlos actuar según su modo de ver las cosas... aunque hagan algún disparate por falta de experiencia.

Todo lo dicho vale también para los matrimonios que al casarse siguen viviendo en la casa de los padres, bien porque no pueden costear una vivienda independiente o porque la salud y el cuidado de los padres así lo requiere. Pero tengamos muy claro que esto es totalmente desaconsejable, y muy difícil de que vaya bien. Generalmente la convivencia se convierte en una fuente de sufrimiento tanto para los padres como para los hijos.

Relación con los hermanos: es conveniente que haya mucha relación con los hermanos del marido y los de la mujer cuando esto sea posible. Generalmente resulta más fácil que con los padres, y para los hijos del matrimonio es buena la relación con sus primos.

Relación con los amigos: éste es un punto muy importante y el matrimonio joven -o no tan joven- debe solucionarlo muy bien. Él y ella han de ponerse de acuerdo respecto a cuáles amigos, entre los que antes tenían (amigos de cada uno) van a continuar su relación, una vez casada la pareja, y de cuáles deberán distanciarse. Sucede muchas veces que conviene acabar con algunas amistades en bien del matrimonio.

Hemos oído a un marido decir a su mujer: «Esta chica, en casa no». Y tenía toda la razón. Hay grupos de ambiente frívolo o falso de los cuales hay que alejarse. Y hay también personas claramente perjudiciales para la familia. Lo mejor es cortar con ellas cuanto antes.

A la vez, conviene muchas veces adquirir nuevos amigos, y así lo suelen hacer muchos matrimonios. Tener un grupo de amigos buenos es un gran bien para el matrimonio y para la familia. Esto les permitirá vivir en un buen ambiente, en medio del ambiente general que se respira en nuestra sociedad.

ACTITUD QUE DEBEN TENER LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA

La familia, como tal, debe abrirse a los demás. Esto, claro está, sin llegar al extremo de que se forme en la casa un desbarajuste de gente que va y que viene, con la consecuencia de que la familia acabe perdiendo su intimidad, como a veces ocurre en familias muy abiertas y entregadas a los demás.

Pero es más frecuente la familia egoísta, que vive encerrada en sí misma y que queda retratada perfectamente en las frases que hemos oído tantas veces: «que nos dejen en paz»; «que se arreglen como quieran pero que no nos molesten»; «esto no es asunto nuestro»... etc.

La familia cerrada, egoísta, que vive como si fuera un grupo aislado, acaba perdiendo sus valores: el agua estancada se pudre.

Entre los miembros de la familia ha de existir un ambiente de buena voluntad, de amabilidad y generosidad; de sinceridad y transparencia, de naturalidad, de simpatía. Deben tener tiempo para los otros: para dialogar con ellos, para interesarse por todas sus cosas. Han de saber escuchar, tener la mente libre, y ganas de ayudar a los que vienen a ellos; y estas cosas las han de hacer con espíritu de servicio, de acogida. En la casa ha de haber un clima permanente de paz, de tranquilidad, de humildad y de alegría. Un carácter alegre es un regalo de Dios tanto para el que lo tiene como para toda la familia.

Todas estas cosas deben empezar entre marido y mujer, se harán extensivas a los hijos, a los cuales no es necesario hacerles «sermones» para que adopten esta actitud pues la aprenden como por contagio, con toda naturalidad.

Nuestra casa, a la vez que agradable, limpia, sencilla y cómoda, ha de ser acogedora hacia todos, tanto para los amigos de los padres como para los de los hijos. Algunas veces resulta difícil determinar qué cualidades concretas tienen una casa y una familia que han conseguido un buen ambiente. Decimos solamente: ¡Que bien se está en esta casa! Esto es exactamente lo que debemos procurar en la nuestra; y si no es así, tendremos que averiguar que es lo que lo impide. Lo que sea la familia será la sociedad.

La primera escuela del amor es la familia. El ocuparse de los demás, con amor, es muy educativo para los niños, pues de esta manera aprenden ellos a ser generosos; aprenden de un modo práctico lo que es el amor al prójimo. Por la misma razón, en una familia egoísta, los hijos aprenderán a ser egoístas.

También los jóvenes aprenden más fácilmente en el clima familiar a amar a Dios y los demás; descubren el verdadero sentido de las cosas y se integran más fácilmente en la sociedad.

Y para los ancianos la familia sigue siendo el lugar más adecuado. Su marginación, a la vez que es para ellos una fuente de agudos sufrimientos, supone un empobrecimiento espiritual para el resto de la familia.

La aportación social de la familia implica de un modo o de otro a todos sus miembros. La apertura de la propia casa, la acogida en la que pueden refugiarse y encontrar desahogo y serena esperanza los hermanos en trance de ruptura matrimonial; los padres deshechos por fuertes conflictos con los hijos; los parientes o amigos de sus hijos que sufren el divorcio de sus padres... etc.

En la familia el amor es algo vivo, que no se enseña explicándolo sino viviéndolo día a día, recibéndolo y dándolo. En la familia se aprende la generosidad, el compartir con los demás, la compasión y el perdón. Las primeras vivencias en el amor son muy importantes. En la familia se aprende a amar y a sacrificarse por los demás.

VIII. TRABAJO

Los hombres y mujeres que realizan su trabajo de forma que resulte provechoso y en servicio de la sociedad, con razón pueden pensar que con su trabajo desarrollan la obra del Creador, sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia. (CV 11; IM 34) Sabemos que todos los humanos tenemos que trabajar. Dice San Pablo: «El que no quiere trabajar no coma...» (2 Tes 3,10). No vamos a estudiar aquí todos los aspectos del trabajo sino solamente vamos a verlo en su relación con el matrimonio y la familia.

LOS BIENES MATERIALES

Los que estamos unidos por el matrimonio somos seglares y estamos en el mundo. Nuestra misión, nos dice el Concilio Vaticano II, es procurar, en la medida de nuestras fuerzas, sanear las estructuras y los ambientes del mundo (CV 11; 136), expresando realmente en nuestra vida el espíritu de las Bienaventuranzas (CV 11; AS 4). Empezaremos por la pobreza, porque la primera de las Bienaventuranzas hace referencia a ella, y también por su trascendencia en el mundo actual y por ser un tema sobre el que hay una especial sensibilidad:

El Evangelio, por ser palabra de Dios, aunque escrito casi dos milenios atrás, va dirigido a nosotros, hoy. No debemos pensar que los criterios que nos da fuesen sólo para los oyentes de aquel tiempo. Cuando dijo Jesús «Entrad por la puerta estrecha» (Mt 7,13), nos advertía a nosotros, que si no nos esforzamos seriamente no iremos adelante; y espiritualmente no avanzar es retroceder. Y dijo «Bienaventurados los pobres...» (Mt 5,3), para los que le oían y para nosotros. Nuestro trabajo es ver si nos ajustamos al tipo de pobre; y si no es así, ver qué hemos de cambiar para que la bienaventuranza nos incluya.

Para comprender el concepto de esta pobreza, el Señor nos da varios y clarificadores ejemplos. Así nos habla del rico que confiaba en sus riquezas, sus cosechas, al que se le dijo: «Insensato, esta misma noche...» (Lc 12,20); de aquél que no hacía partícipe de sus bienes al pobre Lázaro (Lc 16,19 y ss) y que acabó mal; del joven rico que prefirió las riquezas a Jesús (Mt 19,16 y ss). Y el mismo Jesús nos recuerda lo difícil que resulta al que tiene bienes materiales, el salvarse (poniéndolo muy evidente con la comparación de pasar un camello por el ojo de una aguja) (Mt 19,24).

Cuando Jesús plantea el dilema: «nadie puede servir a dos señores, (...) a Dios y a las riquezas» (Mt 6,24), habla también para todos y cada uno de nosotros. Ciertamente que nuestra tentación no será construir unos graneros mayores -no tenemos grano- ni banquetearnos rodeados de pobres. Pero en estos ejemplos hay un mensaje importante para nosotros, en nuestra situación concreta, que debemos aceptar vitalmente para ir hacia Dios.

En la búsqueda de los bienes materiales -ciertamente necesarios-, en el deseo de poseer, en la comodidad, en la austeridad, en lo necesario, en lo superfluo, etc., debemos mantener un equilibrio no siempre fácil de conseguir, pero necesario e indispensable.

EL TRABAJO DEL MARIDO Y DE LA MUJER

La mayor parte de la gente que trabaja son casados, y de los solteros también la mayor parte se van a casar. Deben ganarse la vida ellos y sus familias.

El marido, el padre, trabaja para mantener a la familia. Esto no se puede discutir. Es así, y así debe ser. Lo que no está tan claro es el trabajo de la mujer, esposa y madre, fuera de su casa. Éste es un tema muy relacionado con el de la igualdad entre el hombre y la mujer, y como tal, alborota a la gente cuando se menciona.

En el Génesis, cuando Dios castiga el pecado original, le dice al hombre (Adán) «Ganarás el pan con el sudor de tu frente» (Gén 3,19).)e ahí viene que el trabajo siempre tenga algo de fatigoso y penoso.

Pero a la mujer no le dice esto. Le dice (a Eva) «Parirás tus hijos con dolor»(Gén 3,16). El castigo de la mujer no es el mismo que el del hombre. El dolor que los hijos causan a la madre no es exclusivamente el del parto, sino también todos los sufrimientos, malos ratos, disgustos, angustia, temores y decepciones que tiene que pasar la madre, dedicada a la crianza y educación de sus hijos, día tras día y año tras año.

Y también de aquí derivan infinidad de trabajos que son típicamente femeninos: la casa, las comidas, la ropa... etc. Estos trabajos, si ocupan el día entero, son penosos y no cabe duda de que una mujer que vive entre escobas y sartenes, sin tiempo para nada más, acaba con la mente cerrada y no entiende ni se interesa por las cosas que ocurren fuera de su mundo tan reducido. Ni siquiera podrá educar bien a sus hijos. Esto no es maternidad, es esclavitud.

¿Dónde está pues el ideal? Ciertamente que el ideal tampoco está en que ella trabaje fuera de casa mañana y tarde, como su marido. Si lo hace así será en perjuicio evidente de sus deberes familiares, en mayor o menor grado. Vale la pena estudiar este asunto con detención porque es delicado e importantísimo en la actualidad.

ALGUNOS CASOS QUE NOS PUEDEN AYUDAR

Hay quienes limitan la natalidad por este motivo. La mujer trabajando fuera de casa, el día entero. Tiene ya uno o dos niños. Va como loca para hacer lo de la casa y lo de fuera. «¿Otro crío? ¡de ninguna manera, si ya no puedo más!».

Hay algunas mujeres que creen de buena fe que tienen que trabajar porque el sueldo del marido no basta para la familia. Quieren lo mejor para sus hijos: los mejores colegios, aunque carísimos. Y todas las demás cosas: juguetes, vestidos, diversiones etc. Lo mejor de lo mejor. Nos decía una inspectora de enseñanza de un país europeo: «En mi país, los niños tienen de todo... menos mamá».

Otras mujeres intentan estar en un término medio. No quieren perjudicar a sus niños. Buscan trabajos de media jornada, o procuran estar en casa cuando los niños llegan del colegio. Si les preguntan, ¿qué es para ti más importante, la familia o el trabajo?, responderían sin dudar, ¡la familia! Y es así, por lo menos en teoría. En la práctica, se las ve como «divididas». No tienen la «mente libre» para la familia. Tienen trabajos que muchas veces requieren una gran responsabilidad, y durante todo el día están pensando principalmente en esto.

No pretendemos juzgar a nadie. Al explicar lo que vemos a nuestro alrededor, solamente invitamos a los lectores a reflexionar y a sacar consecuencias.

Hay también otro tipo de mujeres que prefieren estar en una oficina con buena calefacción en invierno y aire acondicionado en verano, haciendo un trabajo intelectual que se tiene por «honroso», a estar cocinando o fregando, trabajos que se consideran «despreciables».

Hemos visto a mujeres preguntarse unas a otras: «¿Tú trabajas?» Las respuestas son muy diversas. «Sí, mucho, en casa», dijo una. Otra respondió: «No, no trabajo porque no tengo tiempo... con los niños... no puedo» (nótese que esta respuesta presupone que lo de la familia no es trabajo). Otra: «Yo sí, porque hoy día, con un sueldo no hay bastante». Una dijo: «A mí me parece que esto de «sus labores» es para las tontas... que no saben hacer otra cosa». Y esto es uno de los males actuales. Los criterios equivocados. Creer que si una mujer se dedica a la familia sin salir a trabajar, es porque es tonta. Con este criterio, vemos mujeres que creen que su trabajo en la familia es denigrante, que no pueden realizarse.

Esto de realizarse es uno de los puntos donde se ve más claramente lo equivocado del planteamiento.

Una mujer dijo: «Yo tengo derecho a realizarme, y ni mi marido ni nadie me lo pueden impedir». Otras: «Si yo tengo capacidad para realizar algo, lo he de hacer». O bien: «Esta pobre no se ha realizado porque no la han dejado o porque no ha sabido». Y también: «Tenemos los mismos derechos que los hombres; ,somos capaces de muchas

cosas; podemos conseguir todos los empleos que ellos tienen». Es difícil ir contra corriente.

A otra mujer que le decían que con tantos hijos no había podido realizarse, contestó: «Yo me he realizado como esposa y como madre». Esta respuesta nos parece acertadísima. Porque se da por supuesto que la que no sale a ganar dinero, no se realiza; y que entregarse a la familia no es realizarse.

¿Es que no es importante la familia? Trabajar en la familia es trabajar haciendo personas y esto es más importante que hacer cosas. Y ahora veamos el asunto por otro lado: las capacidades de una persona (tanto si es hombre como mujer) suelen ser muchas. No se pueden realizar todas. Por lo tanto hay que elegir.

Toda elección supone siempre una renuncia. Renuncia a lo que no hemos elegido. La persona que ELIGE el matrimonio, y por lo tanto la familia, automáticamente RENUNCIA a muchas cosas que hubiera podido hacer sin casarse. Yo, Jaime, dije un día: «Al casarme renuncié a ser obispo...».

Una mujer que libremente elige el matrimonio y la familia, tiene que renunciar a todo lo que se opone o perjudica a esta elección.

A una joven mamá le aconsejaron que, mientras tuviese los niños pequeños, era mejor que dejase el trabajo que estaba realizando fuera de casa, y que cuando los niños fueran mayores, ya podría trabajar otra vez. Ella dijo que no, porque si hacía esto «perdería el tren». No dejó el trabajo, no perdió el tren, pero perdió el «Tren de la familia», la cual fue mal y terminó en la separación del matrimonio. Y es que no se pueden coger dos trenes a la vez. Hay que elegir. Aquí tenemos un caso en el que una persona que había elegido la familia no quiso renunciar a lo que no había elegido, y esto le resultó imposible. Entonces... ¿lo de las escobas y las sartenes? Ciertamente que no. Una mujer tiene inteligencia y corazón. No tiene que ser la esclava de la casa. Cada matrimonio debe plantearse este asunto muy en serio; y resolverlo entre los dos, como siempre que haya que resolver algo. La solución no será ciertamente la misma para cada pareja. Ni siquiera para la misma pareja en distintos momentos de su vida, porque las circunstancias cambian, los hijos crecen etc. Por eso no podemos aquí dar recetas ideales, pero sí vamos a ver algunos casos sacados de la realidad, que pueden ayudar para que cada pareja reflexione.

Hemos dicho ya que a la pareja le conviene hacer cuántas más cosas juntos, mejor. Que esto les une mucho y les ayuda a conocerse mejor. Conviene pues que en el trabajo se dé también la colaboración máxima. Ninguno de los consortes puede desentenderse del trabajo del otro.

Un marido, con una profesión determinada y trabajando en ella, hablaba con su mujer (que no tenía estos estudios y profesión) de todos los asuntos de su trabajo, porque ella se interesaba mucho en esta profesión. Llegó a entender muchas cosas, y sobre todo estaba viviendo con él los problemas laborales, los éxitos, los malos ratos, los temores, etc. que generalmente se producen en las empresas.

Estudiar algo juntos (un idioma, por ejemplo) es buenísimo para la pareja. En cuanto a las tareas de la casa, hoy día los maridos colaboran cada vez más, y no se «dan de menos», como sucedía antiguamente, de ayudar a su mujer cuando ella no llega a todo.

Y sobre todo con los hijos (que son tanto del padre como de la madre), conviene mucho que intervenga el padre. En muchas familias los niños ven poco a su papá.

Hemos conocido a un padre agobiadísimo con su trabajo que, a veces, llegaba a casa muy tarde y fatigado. Se daba cuenta de que tenía poco trato con sus niños, pero cuando llegaba el sábado compensaba en lo posible lo que no había podido hacer en la semana. Le hemos visto bañar niños, acostarlos... pero lo que más nos gustó fue ver como a medida que se iban a la cama, el papá iba también y estaba un buen rato hablando con cada uno. Rezaba con el niño las oraciones de la noche (con cada uno según su edad) y luego hablaban de cosas divertidas; les contaba chistes, acertijos, etc. Y así, de cama en cama... Y eran familia numerosa. También le decía a su mujer: «Los otros días haces tú todo esto; hoy descansa».

Hemos conocido también a varios matrimonios que el marido era médico, y la mujer, su ayudante, enfermera que colaboraba con él. Especialmente hay un caso en el que ella le ayudó en las horas de visita durante toda la vida. Ella era ATS, y al lado de su marido aprendió mucho. Sentía la misma vocación que su marido; y sin ser médico, llegó a tener grandes conocimientos de medicina. Los dos juntos hicieron mucho bien. Cuando él murió, ella no quiso darse de baja de ninguna de las revistas médicas que leían los dos juntos, para «estar al día de todos los adelantos y descubrimientos que van apareciendo en la medicina». Esta viuda sigue ayudando a mucha gente, como lo hacían cuando estaban los dos; y en cierta manera lo están haciendo aún los dos, puesto que este trabajo es la prolongación de aquél que hicieron juntos.

Otro caso: Hemos visto a una chica soltera que trabajó varios años en una empresa, y que cuando se casó y tuvo que dejar el trabajo, su jefe le propuso que si quería podía seguir con las traducciones, que eran parte de su tarea en la empresa. Estas traducciones podía hacerlas desde su casa. Ella aceptó encantada y esto funcionó bien. Llegó a tener una familia muy numerosa, y las traducciones nunca le faltaron, pues para esto no tenía que salir de su casa ni hacerlas a horario fijo. También se ocupó de las traducciones del negocio de su marido.

Hay pequeños trabajos que se pueden hacer en casa, como dar alguna clase, y al mismo tiempo que proporcionan algún dinero a la familia, quitan a la esposa de trabajos materiales excesivos y le permiten emplearse en trabajos intelectuales.

Nosotros dos, Jaime y Mercedes, pintamos. Es una afición y al mismo tiempo un trabajo que nos proporciona algún dinero. Es muy bueno para nosotros estar unidos en el arte. Nos damos «clase» uno al otro. Nos pedimos mutuamente opinión y consejo. Hacemos exposiciones, atendemos encargos; todo en casa. Aún mejor que esto es trabajar juntos en alguna asociación benéfica o religiosa; y sobre todo, en alguna organización o movimiento familiar. Colaborar juntos en esto es excelente. Hemos visto muchos casos. Al mismo tiempo que ayudan a otros matrimonios y familias, esta actividad es para ellos causa de gran unión y progreso hacia Dios. Están repasando juntos ideas

que les ayudan; se ponen de acuerdo sobre temas importantes de su vida; y recuerdan cosas sabidas pero que con el tiempo se olvidan.

IX. SEXUALIDAD Y FECUNDIDAD

La sexualidad en el matrimonio tiene dos funciones: la unitiva y la creativa. Estas funciones son inseparables por voluntad de Dios; porque Él lo ha querido así. Sin embargo, actualmente vemos por todas partes cómo se intenta separarlas para centrarse en la unión de los cuerpos, a la vez que se rechaza la posibilidad de engendrar hijos. No podemos usar de la sexualidad prescindiendo de su aspecto creativo.

Pero tampoco podemos buscar a los hijos por otro camino que no sea la unión natural de los cónyuges. A la Iglesia se la ha acusado muchas veces de ir en contra de la sexualidad, pero por poco que nos fijemos veremos que no es así; pues si bien prohíbe la sexualidad alejada de su fin creativo, también prohíbe la procreación sin sexo: la fecundación asistida (in vitro). Lo que realmente prohíbe la Iglesia es la separación de las dos finalidades de la sexualidad, que, tal como Dios quiso que fuera, es a la vez biológica y afectiva.

LA SEXUALIDAD EN EL PLAN DE DIOS

La sexualidad es buena. Fue dada por Dios al hombre al principio (Gén 1,28).

Una vez completada la obra creadora, «vio Dios que todo cuanto había hecho era muy bueno» (Gén 1,31). Todo lo que había hecho, incluida la sexualidad.

El hombre y la mujer, cuando engendran un hijo, participan del poder creador de Dios. Engendran seres eternos. El matrimonio tiene capacidad para transmitir la vida, y a la vez, tiene también la obligación de transmitirla.

Cuando creó Dios al hombre: «macho y hembra los creó». Entonces les dio el primer mandato: «Procread y multiplicaos, y henchid la tierra» (Gén 1,28). Analizando este texto vemos algunos aspectos de la voluntad de Dios:

Procread: Ya desde la creación, el matrimonio-la unión del varón y la mujer- tiene el mandato de procrear. Es ésta una grave obligación para la humanidad en general y también para cada matrimonio. Sin una causa proporcionada no puede omitirse este mandato impuesto por Dios al hombre desde el principio. El matrimonio cristiano, renovado por Cristo y elevado a la dignidad de sacramento, está igualmente sujeto a esta ley, que es de carácter divino y universal.

En el uso del matrimonio, lo normal es que sea procreativo. No hay que tener razones para tener hijos; esto es lo natural. Para lo que sí hay que tener razones es para no tenerlos.

La segunda expresión que merece ser considerada es la de las palabras: «multiplicaos y henchid la tierra».

Multiplicaos: Cuando en una sociedad el número de nacimientos ha sido restringido hasta el punto de que el promedio de natalidad no llega ni a dos hijos por pareja, se pone en evidencia que el mandamiento de «multiplicaos» está siendo conculcado, y aunque no podemos nunca señalar en concreto a una o a otra pareja como culpables, lo cierto es que la sociedad como tal está en falta grave colectiva: ha desobedecido el mandato de Dios. Cada cual tendrá que pensar si su conducta es conforme o no al mandato divino.

Henchid la tierra: Pero además, el mandato de Dios especifica: «henchid (llenad) la tierra». Y falta todavía mucho para poder decir que hemos llenado la tierra. Hay regiones, países enteros que están casi deshabitados; tierras vacías que esperan a que el hombre las acondicione mínimamente para que puedan ser habitadas...

- Castidad en el matrimonio:

En el libro de Tobías podemos leer: «Ahora pues, Señor, no llevado de la pasión sexual sino del amor a tu ley, recibo a esta mi hermana (pariente) por mujer» (Tob 8,7)

Los esposos deben respetar la santidad de su matrimonio, la pureza de intención y honestidad en su trato.

«Acaso pensaréis que la idea de una pureza sin mancha se aplica exclusivamente a la virginidad (...) sin embargo, el estado matrimonial, que Dios ha querido para el bien común de los hombres, puede y debe tener él también su propia pureza sin mancha» (Pío XII 6-12-1939).

El constante ejercicio en el mantenimiento y progreso de la castidad no puede abandonarse nunca. El sacramento del matrimonio nos ayuda, nos da gracias para superarnos y vencer todas las dificultades, pero no las suprime. Y estas dificultades pueden ser incluso superiores a las de antes de casarse. Hay quien piensa que al casarse desaparecerán los problemas propios de la castidad, y no es así. También en el matrimonio hay desorden en materia de sexo; un desorden distinto al que afecta a los solteros, pero lo hay.

- Confianza en Dios:

No hemos de tener miedo de recibir a los hijos que Dios nos quiera enviar. Él nos dará los medios para mantenerlos y educarlos. «No os preocupéis de vuestra vida, por lo que habéis de comer; ni de vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir; porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido (...) Si, pues, no podéis ni lo menos, ¿por qué preocuparos de lo más?» (Lc 12,22-26). Quien da la vida que es más, ¿no dará el alimento que es menos?

El miedo siempre está relacionado con la falta de confianza en Dios, que es nuestro Padre, que lo puede todo, que nos quiere como no podemos ni imaginar y que vela por nosotros para que nada nos falte. La falta de confianza en Dios es una de las cosas que más le disgusta. Él quiere confianza total, sin miedo ninguno. «No temáis, "¡pequeño rebaño..."» (Lc 12,32)

PATERNIDAD RESPONSABLE

La sexualidad es buena; lo que no es bueno es lo que posteriormente hemos ido introduciendo nosotros, los seres humanos, movidos por nuestra concupiscencia.

Naturaleza caída:

Adán y Eva, antes de la caída, estaban ya casados y no tenían problemas respecto a la sexualidad. En la Biblia consta que estaban desnudos sin avergonzarse de ello. Pero en cuanto pecaron se les presentó el desorden en la sexualidad. Todos estos problemas son consecuencia del Pecado Original, y es imposible comprenderlos, y menos aún ayudar a resolverlos, sin tener presente esta circunstancia.

El Pecado Original lo desequilibra todo. Juan Pablo II ha dicho que cuando se estudia la humanidad, si no se tiene en cuenta que es una naturaleza caída, no se entiende nada.

Esta condición del hombre, esta naturaleza caída, se nota claramente en todo lo relacionado con el sexo:

De los muchos matrimonios con problemas que hemos conocido, hemos sacado la consecuencia de que las parejas se pueden pelear por un sin fin de motivos, pero que siempre uno de ellos es el sexo.

Mentalidad anticonceptiva:

Existe hoy día una mentalidad anticonceptiva que está en el ambiente y en la sociedad. Es la mentalidad de la pareja que aparta de su matrimonio la finalidad procreativa; que no quiere tener hijos. Además del ambiente, inducen también a la pareja a adoptar esta actitud, la propaganda con la que nos bombardean continuamente y las disposiciones que dicta al respecto la sociedad civil actual (contracepción, aborto, etc.).

El ambiente que nos rodea es anti-familiar; la legislación va completamente en contra de la familia. Y como ha dicho Juan Pablo II, «Si un estado quiere destruirse que legisle contra la familia...»

La paternidad responsable consiste en tener todos los hijos que Dios envíe al matrimonio, teniendo en cuenta que Dios también manifiesta su voluntad a través de las circunstancias, acontecimientos y limitaciones que a veces se presentan, y que pueden ser debidas a diversas causas: biología, educación, economía, salud, etc. Todas estas cosas indican también cuál es la voluntad de Dios para cada matrimonio. Por lo tanto, podríamos resumir diciendo que la paternidad responsable consiste en tener los hijos que Dios quiera.

Las razones que puede haber para no tener hijos son siempre circunstanciales, aunque se prolonguen durante toda la vida, tal como queda explicado en la encíclica "Humanae Vitae" (HV 29).

Hay mucha confusión a la hora de determinar las causas que pueden inducirnos a no tener hijos por un tiempo determinado o para siempre, así como a la de valorar su gravedad.

Pío XII dijo en una alocución dirigida a la Unión Católica Italiana de Comadronas, que de la obligación de tener hijos: «...pueden eximir, aun por largo tiempo, hasta por la duración entera del matrimonio, serios motivos, copio los que se dan no raras veces en la llamada «indicación» médica, eugénica (peligro de malformación del feto), económica y social» (Pío XII 29-10-1951)

Las razones para justificar nuestra decisión de no tener hijos han de ser de gravedad suficiente; no caben entre ellas las que están dictadas por la comodidad.

Cuando razones verdaderas hay que hagan lícita la finalidad de no tener más hijos, los métodos a los que cabe recurrir son de tres tipos:

- Abstención total: Muchos no están llamados a esto, porque puede representar un peligro para la estabilidad del matrimonio.

- Métodos artificiales: Están todos prohibidos por la Iglesia.

- Métodos naturales: Son los únicos que la Iglesia permite, porque respetan la naturaleza de la persona.

La encíclica *Humanae Vitae* condena todo lo que se haga en previsión, durante el desarrollo, o después del acto, destinado a impedir su curso fecundante, o sea destinado a impedir el embarazo. El acto ha de estar siempre abierto a la procreación, aunque por causas naturales no resultará siempre procreativo. Actuar de forma contraria sería como decir Sí y hacer NO: una actuación falsa; una especie de mentira.

Para los animales la reproducción es un acto puramente biológico. Por esto pueden ser sometidos a prácticas que entre personas serían ilícitas, como la fecundación artificial, la manipulación de embriones, etc. Sin embargo estas cosas están prohibidas en las personas, pues aunque en nosotros existe también un aspecto biológico semejante al de los animales, somos seres humanos, y como tales nuestros actos deben estar gobernados por una ética, una moral, un respeto tanto para nosotros mismos como para el otro (el consorte).

Hay quienes opinan: «¿Cuándo una pareja ha tenido ya algunos hijos, ¿no es esto bastante?, ¿no hay razón suficiente para que puedan permitirse alguna «trampa»?» No. De la misma manera que aunque una persona haya dicho muchas veces la verdad, esto no le da derecho a decir una mentira.

La Iglesia admite que si por motivos de salud ha de tomarse un medicamento, éste pueda tomarse, aunque como efecto secundario produzca una esterilidad temporal; siempre y cuando no sea ésta la finalidad del medicamento ni la intención con la que se toma.

- Los métodos naturales:

Los métodos naturales de control de la natalidad se basan en que la naturaleza de la mujer tiene alternativamente períodos de fecundidad y períodos de infecundidad. Conociendo estos períodos, existe la posibilidad de renunciar, de común acuerdo y con perfecto respeto a la libertad del otro, al uso del matrimonio durante los períodos de fecundidad. Ya se comprende que para esto será necesaria una madurez y un profundo respeto a la castidad conyugal por parte de los consortes.

Hay quien pregunta: «¿Por qué los métodos naturales son lícitos y los artificiales no, cuando su fin es el mismo?» Supongamos que el fin-no tener el hijo-es lícito, porque para ello existen causas graves y suficientes. Aunque el fin sea lícito, no lo son los medios empleados, pues no respetan a la persona humana y manipulan su naturaleza: la razón de su uso hay que buscarla en el egoísmo. Ningún motivo ni circunstancia puede servir de pretexto para hacer lícito el empleo de métodos artificiales.

Los métodos naturales en cambio, con el sacrificio que conllevan, son un camino que nos conduce a la santidad. Hay que amar profundamente; hay que respetar la naturaleza, tanto la propia como la del otro.

Una comparación aclarará las cosas y ayudará a ver los perjuicios que el hedonismo ocasiona en la vida conyugal:

El empleo de estos métodos es semejante al conflicto que todos conocemos entre la gula o el apetito excesivo, y la necesidad de moderarse con la comida. Para contrarrestar los perjuicios que puede ocasionarnos la gula, tenemos una primera opción, que consiste en abstenerse de comer; y una segunda, que puede ser o bien provocar el vómito después de la comida, o bien tornar sustancias que causen alteraciones en nuestro cuerpo destinadas a impedir la asimilación correcta de los alimentos.

En el primer caso, y siempre que lo hagamos con prudencia y medida, respetaremos la naturaleza de nuestro cuerpo; pero en el segundo, estamos yendo en contra de la naturaleza y podemos provocar en nuestro cuerpo graves daños.

Del mismo modo, los métodos naturales son una especie de ayuno pasajero, mientras que los artificiales trastornan el normal funcionamiento de nuestra naturaleza..

Hay que tener siempre presente a Dios, tanto si es para tener hijos como si es para limitar su número; en cualquier caso y sean cuales sean nuestras circunstancias, hemos de hacer lo que Dios quiera para nosotros.

Si no orientamos nuestra vida hacia Dios, la familia numerosa no se formará, aunque no haya ninguna causa que impida su realización. Actualmente para fundar una familia numerosa se ha de tener una gran confianza en Dios; estar ciertos de que no nos va a dejar abandonados, solos con nuestra responsabilidad.

X. LOS HIJOS

El matrimonio es una comunidad fecunda de amor y de vida (FC 50). De esta comunidad nacen los hijos: ellos son fruto del matrimonio. Pero no basta con procrearlos; también hay que educarlos.

Los hijos son uno de los fines principales del matrimonio. Sin este fin no puede haber en la Iglesia matrimonio válido: cuando uno de los cónyuges se casa decidido a no tener nunca hijos, el matrimonio es nulo.

Puesto que los padres han dado la vida a sus hijos, tienen la obligación de educarlos. Por esta razón deben ser reconocidos como los primeros y principales educadores de sus hijos. La tarea educativa tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios y por eso asumen, como permanente continuidad de la misma, la obligación de ayudar eficazmente a cada hijo a vivir una vida plenamente humana.

LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS

Educar a un niño es ayudarlo a desarrollar todas sus posibilidades hasta llegar a la madurez, en todos los aspectos de la persona: cuerpo, espíritu, inteligencia, voluntad, religiosidad. Todo esto tiene que desarrollarse progresiva y armónicamente.

Educar es un arte. Para hacerlo bien hay que tener una actitud de diálogo y confianza. La autoridad ha de ser bien entendida; no hay que hablar a los hijos de superior a inferior; hay que escuchar con calma y buena disposición de ánimo todo lo que tengan que decirnos. Los gritos y los nervios no ayudan para nada en la educación. Hay que educar con paciencia, con amor (amor entre los padres y amor hacia ellos). Los hijos aprenden lo que oyen y lo que ven. Si ven amor en sus padres, y si éstos les quieren a ellos, aprenderán a amar.

Cuando los hijos tienen momentos de vacilación, lo que necesitan es encontrar a sus padres firmes, para poderse agarrar a esta firmeza. Es una equivocación pensar que el papel del padre o de la madre puede ser sustituido por una relación de amistad entre iguales. Es necesario que el padre y la madre tengan unidad de criterios para que la educación sea efectiva. Si la madre ha dicho que NO, los hijos han de saber que no pueden recurrir al padre para que les diga que SÍ.

No debemos confundir la educación con la instrucción. Ésta se puede delegar en colegios y maestros, pero la educación, no. Son los padres los que tienen que darla; el asunto es de una importancia enorme. Hay que dedicarse a la educación de los hijos como tarea obligatoria y primordial.

Hemos comprobado que los padres que dedican sus vidas a esto, acaban educando bien aunque a veces al principio no sepan como hacerlo y cometan equivocaciones. Por el contrario, si falta la dedicación necesaria, el fracaso de los padres como educadores está asegurado.

Un caso extremo que conocimos fue el de un matrimonio con varios hijos pequeños. Tanto el padre como la madre vivían para los niños: la dedicación era total. Sin embargo no sabían corregir ni mandar; solamente mimar y consentir. En aquella casa mandaban los niños, y los padres eran una especie de esclavos de sus hijos. Estos niños eran un modelo de mala educación. Pero poco a poco los padres fueron aprendiendo; los hijos crecían y la dedicación y el amor de aquellos padres hacia sus hijos seguía siendo total. Con el tiempo todos aquellos hijos se convirtieron en unos jóvenes buenos, agradables, perfectamente educados.

Nos confirma la importancia de la dedicación el haber observado a otras personas con poca cultura educar a sus hijos muy bien, por haber estado mucho tiempo con ellos y haberse empleado a fondo en su educación.

Hay padres que están convencidos de que para educar correctamente a sus hijos han de tener conocimientos de educación y pedagogía (lo cual está muy bien) y para adquirirlos leen muchos libros, estudian métodos y procuran poner en práctica lo que han aprendido, se preocupan... pero les falta la paz, y a veces alegría. Les falta naturalidad.

Conocimos el caso de una madre, viuda, que tenía ocho hijos -la mayor parte chicos-. No le sobraba el dinero, más bien lo contrario. El caso se presentaba difícil. Sin embargo salieron adelante y los ocho fueron personas excelentes, buenos cristianos todos, y dos de ellos, sacerdotes. La educación en esta familia había sido un éxito completo. Los amigos de sus hijos, que conocíamos su historia, deseábamos conocer personalmente a esta mujer para descubrir su secreto. Creíamos que tenía que ser una persona extraordinaria, superdotada.

Cuando ya todos los hijos vivían fuera de casa y era ya abuela la conocimos por fin. Era una mujer alegre, simpatiquísima y de tipo totalmente infantil. Entre sus nietas era como una niña más.

En ella no había ni conocimientos de pedagogía ni métodos de educación. No se podía entender cómo esta mujer sola había podido educar a tantos hijos y tan bien. Para aclarar el misterio preguntamos a los hijos.

Y ellos nos explicaron que no les había hecho sermones, ni recomendaciones de ninguna clase. Su secreto había consistido en estar continuamente en medio de ellos, con naturalidad y alegría. Nos leyeron, en presencia de ella, un testimonio que había escrito uno de sus hijos poniéndola por las nubes como educadora. Ella se reía de las cosas que había escrito su hijo y decía: «No hagáis caso, él lo ve así porque soy su madre... »

Comprobamos que seguía siendo simpática, servicial, bromista, y que todos los hijos la querían con locura. Causaba asombro pensar que alguien pudiese educar a sus hijos de este modo. Había transmitido lo que ella era: una persona excelente y buena cristiana, con el único «método» de estar entre sus hijos con una actitud alegre y servicial.

La lección es de fácil aplicación: Los padres han de vivir entre los hijos con dedicación, naturalidad y alegría, todo el tiempo posible. Y sin despreciarla, no obsesionarse ni preocuparse excesivamente por la pedagogía. Han de querer mucho a los hijos; han de estar con ellos todo el tiempo que puedan y siempre alegres. Es importante también ver que nunca deben apartar a los hijos diciendo por ejemplo: «Ahora déjame, que estoy haciendo una cosa importante».

Algunos padres jóvenes -y sobre todo las madres- se ven desbordados por su primer hijo, y luego por el segundo y el tercero... Están agobiados y no tienen tiempo para nada; el trabajo es mucho, no saben cómo manejarse, y lo de la educación no se les da bien en estas circunstancias... Generalmente al llegar a este punto (con el tercer o cuarto hijo), hacen un cambio: se tranquilizan, ven que la cosa no es tan grave como se habían imaginado y aprenden a ser padres.

Conocimos a una familia de catorce hijos y vimos cómo recibían el nacimiento de los últimos: con toda la paz, la alegría y la ilusión del mundo. Nosotros fuimos invitados a los

últimos bautizos y quedamos admirados. El comentario nuestro fue: «Esta madre que se ocupa de la casa, de recibir a los invitados, de organizar y dirigir el bautizo y la fiesta, además ha tenido el niño. Y todo lo hace con calma y sin agobiarse». Cuando son tantos, hay ya algunos hijos mayores, y tanto ellos como el padre colaboran muy activamente en el buen funcionamiento de la familia.

Cuando nació nuestro primer hijo, sano y sin problemas, nos pareció que habíamos hecho algo muy importante. ¿Y ahora qué? Pues otro, y otro... hasta siete: entonces comprobamos que el trabajo que nos daban los siete no era como el del primero multiplicado por siete, ni mucho menos. Si hubiera sido así... tal vez nos hubiéramos muerto.

Cuando los padres tienen muchos hijos, a veces se desesperan y piensan que no saben educarlos.

Una vez nos pidieron que diéramos una charla sobre la educación de los hijos y dijimos: «¿Cómo vamos a darla si tenemos siete niños mal educados?».

Pero no hay que desanimarse nunca, aunque a veces nos parezca que hemos fracasado: educar es una cuestión de experiencia. La educación es lenta y hay que entregarse a los hijos para poder educarlos. A los hijos les transmitiremos lo que tengamos dentro. Si tenemos paz y optimismo, recibirán de nosotros paz y optimismo; si tenemos nervios y mal humor, esto es lo que recibirán.

A veces una madre dice: «Hoy estos niños están insoportables... » Y la que está insoportable es ella, y lo está transmitiendo a los niños sin darse cuenta.

Las preguntas de los niños:

Los niños preguntan mucho y hay que responder enseguida y sin evasivas; sin faltar nunca a la verdad y en la forma adecuada a su nivel de inteligencia y de madurez. Las preguntas son a veces sobre sus estudios, y es conveniente estar preparados para ayudarles en lo posible. Otras preguntas se referirán a la maternidad o a la paternidad. ¡No hay que mentirles nunca!. Hay que darles explicaciones claras de lo que Dios ha hecho, procurando anticiparse a otras explicaciones que reciben o recibirán de sus compañeros.

Los padres han de decir a sus hijos siempre la verdad, con mayor o menor extensión y detalles, según la edad que tienen y lo que quieren saber. A medida que crezcan, se podrán ampliar cada vez más las explicaciones que ya desde muy pequeños se les han ido dando. Lo mejor que puede pasar es que el niño o la niña pregunte a sus padres, y hay que responder en cada momento a lo que él necesita y le conviene saber. Pero hay niños que no preguntan nunca, y que sin embargo necesitan las mismas explicaciones que los que preguntan. Para facilitarles las cosas, los padres pueden dar estas explicaciones dirigiéndose a otras personas, en presencia de los niños pero sin dirigirse a ellos, y ellos las escucharán muy atentos.

Para esto es muy bueno no engañarles nunca, en ningún tema. Y aquí convendría precisar que ni siquiera en el tema de los Reyes Magos. Si los padres preparan esta fiesta con ilusión, manteniendo la sorpresa y alentando las expectativas de los niños, éstos esperarán la llegada de los Reyes con toda la ilusión, sin necesidad de que los engañen en lo que hace referencia a la procedencia de los regalos. Porque si al niño se le ha engañado en esto, cuando descubra la verdad puede pensar: «Lo de los Reyes era una mentira. ¿Cuántas mentiras más me habrán dicho?» Cuando el hijo pregunta algo a sus padres, sea lo que fuere, tiene que estar seguro de que van a decirle la verdad.

Defectos de los hijos

Las raíces de los defectos de los hijos están muchas veces en los padres. Por esto, cuando veamos aparecer alguna cosa mala en uno de nuestros hijos, lo primero que hemos de hacer es examinarnos sobre lo mismo que deseamos corregir en el hijo. Frecuentemente encontraremos en nosotros el origen de este defecto.

Una señora nos explicaba muy satisfecha la manera que ella tenía de convencer a sus hijos para que dijeran siempre la verdad. Les hacía creer que si decían una mentira les saldría una mancha en la frente... ¡Y la mentirosa era ella!

No intentemos corregir al hijo sin corregirnos nosotros primero. Hay que ir a la raíz para que la corrección sea eficaz.

Yo, Mercedes, me desesperaba por el grandísimo desorden que tenían nuestros niños, hasta el día que caí en la cuenta que tenía que empezar por ordenar mis cosas...

- Como resumen, pueden ayudarnos algunas ideas:

Los padres: Han de dedicarse a la educación de los hijos como tarea primera y principal. Han que decir a los hijos siempre la verdad. Han de quererse mucho, y también querer mucho a los hijos.

El padre y la madre deben estar siempre de acuerdo; no ha de haber peleas entre los padres, ni siquiera cuando los hijos no están presentes.

El ambiente familiar: En la casa ha de haber alegría, generosidad y colaboración entre los miembros de la familia. Amor al trabajo. El ambiente religioso de la familia ha de ser sincero.

Los hijos: Hay cosas que los hijos «no perdonan» a sus padres, especialmente las mentiras... Les disgusta también la tristeza; valoran mucho a los padres alegres: están orgullosos de ellos y se lo dicen a sus amigos.

Unas veces aceptan las advertencias de sus padres, y otras las rechazan. Esto suele ser más por el modo de decirlo que por la advertencia en sí misma. Es todo un arte saber decir...

Los hijos no serán como los padres quieren que sean; serán probablemente como los padres sean. Tal como dice un refrán inglés, las manzanas nunca caen muy lejos del manzano.

LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Resaltábamos antes el caso de la viuda que educó a la perfección a sus ocho hijos, su cualidad de buena cristiana. Para educar bien, la oración de los padres, continua y confiada, es indispensable.

Los padres deben instruir a sus hijos personalmente en todo lo referente a la religión. Pero no basta con instruirlos; han de transmitir la fe que ellos tienen; vivirla junto con los hijos. La religión no es únicamente una asignatura que pueden estudiar en el colegio. La asignatura, efectivamente, pueden estudiarla en el colegio, pero es sobre todo la vida espiritual lo que no se adquiere sólo estudiando.

La fe, en el niño, nace y se desarrolla dentro de la familia. Los padres deben ocuparse de la vida espiritual del niño. Lo bautizan, le enseñan a rezar; más tarde le enseñan a cumplir con sus obligaciones espirituales; le hablan de Dios y de su amor, de la Virgen María, de los ángeles custodios. Cuando llegue el momento le ayudarán a prepararse para la Confesión y la Primera Comunión. Desgraciadamente es frecuente que, pasada la Primera Comunión, se les abandone en las confesiones y comuniones siguientes: es necesario seguirles ayudando.

Recordamos a un padre, muy sincero, que nos dijo: «Estoy convencido de que yo debería ocuparme personalmente en la preparación de mi hija para su Primera Comunión, pero no lo hago porque tengo miedo de transmitirle mis dudas religiosas». Esto está muy bien dicho. Quien tiene dudas, transmitirá dudas aunque no quiera. La obligación de quien se encuentre en este caso es la de procurar salir de dudas e instruirse mejor. Esto ya como cristiano; pero además, aquí hay otro motivo importante para instruirse, y es la necesidad de transmitir al hijo, a la hija una religión bien fundamentada, segura, como debe ser.

Los niños observan a los padres y comparan mentalmente lo que les dicen los padres con lo que éstos hacen. Si lo que dicen no coincide con lo que hacen, los niños no harán caso de lo que les dicen -pues sus padres tampoco hacen caso- y acabarán haciendo lo que sus padres hacen.

Hay que educar a los hijos en el bien; en el amor a Dios y al prójimo. Al ir creciendo, hay que vivir conjuntamente con ellos la religión; hablar de estas cosas y corregirles cuando hace falta. Hay que explicarles lo que está bien y lo que está mal, teniendo muchas veces que contrarrestar influencias perniciosas de algunos colegios y personas que tratan con ellos.

Con todo esto se transmite la religión de padres a hijos, y éste es el medio normal e insustituible de entrar en la comunidad de la Iglesia. Tiene una importancia enorme, sobre todo ahora que hay tanta gente joven que abandona la Iglesia y se aparta de la religión. Si los padres han actuado correctamente y un hijo se aparta de la religión, siempre tendrá un punto de referencia, cuando el Señor le llame de nuevo a la vida de la Iglesia. De ahí nuestra responsabilidad: si no vivimos intensamente la religión no podremos transmitirla, porque nadie puede dar lo que no tiene.

Pero, ¿cómo vamos a transmitir el amor de Dios si nosotros estamos tibios o fríos espiritualmente? Repetimos: no se puede dar lo que no se tiene; pero si se tiene, se da aun sin pensar en ello.

La oración de la familia:

En otro capítulo hablaremos de la oración más extensamente. Aquí solamente dos palabras sobre la oración de la familia como medio de educación en la fe, que es fundamental.

Cada familia tiene su estilo de oración, su lugar preferido donde hacerla, sus días y sus horas. Pero de un modo o de otro, hay que rezar en familia. Hay actos muy simples, como por ejemplo la bendición de la mesa, en los que con toda facilidad participa toda la familia.

Como un medio para educar en la fe merece una mención especial el rezo del Rosario en familia. Así nos lo han aconsejado los últimos Papas, especialmente Juan Pablo II, y la Virgen misma nos lo ha pedido en Fátima. Muchas familias cristianas no lo han rezado nunca o han dejado de hacerlo, y está haciendo mucha falta. Es muy importante que se rece el Rosario en nuestras casas... aunque algún miembro de la familia no quiera rezarlo.

Cuando los hijos se alejan de la Iglesia

Los padres hemos de rezar continuamente por la fe de nuestros hijos; no podemos nunca dejar nuestra oración por ellos. Pero si andando el tiempo alguno de ellos abandona la fe, recordemos que la oración confiada todo lo puede. «Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis» (Mc 11,24). También debemos ofrecer sacrificios por ellos, para que vuelvan a la Iglesia. No podemos «tirar la toalla»; no hemos de desesperar nunca.

Además, en todo lo referente a los hijos, la oración perseverante de los padres, juntos, tiene una eficacia especial: pues si Dios aceptó la colaboración de los padres en la creación del hijo, también aceptará su colaboración en la salvación de este hijo.

Y, sobre todo, hemos de tener confianza en Dios; confianza total. Hemos de estar seguros de que Dios nos oye y de que nuestros hijos volverán al buen camino. Obtenemos de Dios en la misma medida en que confiamos en Él; por eso la confianza total obtiene lo que sea que se le pida.

LAS VIRTUDES HUMANAS

En las líneas anteriores hemos tratado principalmente de la educación en el terreno espiritual, en la trasmisión de la fe. Pero la familia es también el lugar único, insustituible, donde se realizará la educación humana del niño, del adolescente y del joven, y en donde éste adquirirá las virtudes humanas, base necesaria sobre la cual se asentará su educación espiritual.

Normalmente los niños nacen y viven en una familia, y en este medio es donde se desarrollan una serie de cualidades que más tarde les resultarán muy útiles y beneficiosas en la sociedad. En la familia se aprende a relacionarse de forma correcta con otras personas, relación ésta que se irá ampliando progresivamente hasta convertirse en la relación social que todos necesitamos. La buena convivencia, el trato fácil y agradable de unos con otros, son cosas que los niños aprenden ya desde pequeños en casa, con los padres, los hermanos, los abuelos y demás familiares.

En la familia se aprende a perdonar; las discusiones entre hermanos, las pequeñas peleas, los enfados... acaban siempre en el perdón y el olvido; porque los niños no son rencorosos, olvidan pronto y vuelven a sus juegos sin acordarse de lo que les hizo enfadar. Y así, un día tras otro, se van limando las asperezas del carácter de cada uno. Es lo que podríamos llamar «educación fraterna». Esto es algo de lo que naturalmente carece el hijo único, cosa que, poco o mucho, siempre se nota en su manera de ser.

En la familia se aprende también a «perder». En los juegos y también en el aprendizaje de las diversas habilidades que los niños tienen que ir adquiriendo: un día gana uno y otro día el otro. De nuevo encontramos aquí una limitación que tiene el hijo único, que generalmente no sabe perder. El hijo único, aunque no quieran sus padres, tiende a creerse «el centro del universo» y le cuesta mucho aceptar que otros le ganen en algo. Es muy exigente, no sabe compartir y es muy difícil que no sea egoísta.

La generosidad es una virtud que también se aprende en la familia. Los niños muchas veces han de ceder, sacrificarse, dar al otro algo que es suyo. Los hermanos se prestan sus cosas uno al otro con gran facilidad, y esto es así sobre todo si en la casa no sobra el dinero, cuando la vida familiar se desenvuelve en un clima de relativa escasez. La austeridad en la familia ayuda a educar bien.

En la familia se aprende a ayudar a los demás: a los padres cuando éstos lo solicitan -y realmente lo necesitan muchas veces-, a los hermanos, cuando alguno no puede o no sabe hacer algo.

Se aprende también a pedir ayuda, a reconocer que cada uno es, en muchas cosas, inferior a los demás; se aprende a pedir opinión y consejo a los hermanos y a coaligarse con ellos para lograr una mayor eficacia cuando se hace a los padres alguna petición razonable.

En la familia, en fin, se aprende a obedecer, pues los padres no mandan por capricho, sino que lo hacen con amor, por el bien de los hijos. Y se aprende a estar alegre, pues los niños normalmente son alegres. Y así podríamos seguir y no acabaríamos nunca de citar las ventajas de la educación humana en la familia.

Dios mismo ha inventado esto. De ahí se desprende una razón más para rechazar la familia restringida por motivos de egoísmo, comodidad y prejuicios económicos.

La educación de los padres y de los hijos está profundamente interrelacionada, pues así como los padres necesitamos formarnos constantemente para poder enseñar y dar ejemplo a nuestros hijos, a la vez, al educar a nuestros hijos nos estamos educando también a nosotros mismos. No deberíamos hacer una separación total entre nuestra educación personal y la educación de la prole, porque, en el fondo, en los dos casos se trata de lo mismo: de extraer lo mejor de nosotros mismos de entre todo lo que tenemos. Nadie puede dar lo que no tiene.

Hay algo que a menudo puede verse en los matrimonios sin hijos: nos hemos fijado que, según van pasando los años, parece como si a muchos de estos matrimonios les faltara algo indefinible: no han tenido la educación y la madurez que dan los hijos. Sin embargo esto no se ha de entender en detrimento de las parejas sin hijos, pues hemos visto también que cuando una matrimonio ha deseado hijos y no los ha tenido, porque así lo había dispuesto Dios, es porque la Providencia tenía preparada para ellos alguna cosa fuera de lo corriente, alguna misión que de tener hijos no hubieran podido realizar.

«Los hijos son un don excelentísimo del matrimonio y contribuyen grandemente al bien de sus mismos padres» (CV 11; IM 50). Se aprende a ser padres, y sobre todo Dios ayuda y nos educa a nosotros por medio de nuestros hijos. Porque también los hijos educan a los padres, aunque de otra manera; les hacen más entregados, más espabilados, más trabajadores y menos egoístas; más humildes, más sufridos, menos ambiciosos de cosas materiales, de comodidades. Más sencillos y útiles. Más maduros.

XI. SANTIDAD

«Todos los fieles cristianos, en cualquier condición de vida, de oficio o de circunstancias, y precisamente por medio de todo esto, se podrán santificar de día en día...» (CV 11; 141)

No hay una santidad especial para los religiosos y sacerdotes, y otra para los laicos, ya sean solteros o casados, sino que "Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión" (CV 11; 14 1). Ciertamente, "conviene que los cónyuges y padres cristianos, siguiendo su propio camino, se ayuden el uno al otro en la gracia" (CV 11; 14 1).

El llamamiento de Jesús: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48) está dirigido a todos. La santidad es una obligación para todos, no sólo para los religiosos sino también para los matrimonios. No hay santos de 1ª y de 2ª categoría; todos debemos llegar a la cumbre de la perfección, hemos de ser santos. Lo que nos sitúa en una o en otra categoría es la caridad con la que respondamos al llamamiento de Dios.

La cumbre es alta para todos; para todos es inalcanzable en su plenitud. Ante la perfección de Dios, el santo más santo puede ver al final de su vida que el camino que le queda por hacer es infinitamente más largo que el que haya podido recorrer hasta entonces, por muchos que hayan sido sus méritos. Dios no pone un límite a nuestro avance: el límite lo ponemos nosotros con el mal uso de nuestra libertad. Si no llegamos a lo más alto, la culpa no es del camino sino del caminante.

Cuando el Concilio Vaticano II habla de la santidad para los casados, usa expresiones como ésta «Han de vivir unidos, con el mismo cariño, modo de pensar idéntico y mutua santidad» (CV 11; IM 52). Antepone muchas veces la palabra «mutua» cuando cita la santidad de los casados. Esta palabra modifica el concepto normal de santidad, indicando que en este caso es algo que hay que conseguir por el trato recíproco entre los esposos.

Siendo la correspondencia al amor de Dios el «motor» de la santidad, se comprende más fácilmente la expresión «Todos los fieles, de cualquier condición o estado que sean, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad» (CV 11; 11 1). Queda claro que lo que determina el grado de santidad es la perfección de la caridad, del amor. Y esto es así aun cuando no haya manifestaciones externas, visibles, de la vida del santo. Por eso cabe considerar que el número de santos no conocidos puede ser elevadísimo.

En una ocasión viajábamos con nuestros hijos y con un sacerdote amigo. Atravesábamos una región de España sumamente pobre, donde el frío en invierno se hace insoportable. El trabajo en el campo era allí durísimo, tanto para los que trabajaban la tierra como para los pastores, y a trabajar al campo iban también las mujeres. Nosotros conocíamos a una de aquellas familias que vivía en una cueva y habíamos ido a visitarla.

El sacerdote nos dijo: «Estas personas tienen fe. Si supieran «bautizar» todo lo que están haciendo y sufriendo; si ofrecieran todo esto a Dios, serían auténticos santos... ». Tenían fe. A pesar de su gran ignorancia religiosa iban a misa y cumplían con todo lo que manda la Iglesia. Podían ser santos... y probablemente nos encontraremos a muchos de ellos en el cielo y con gran gloria. «Los últimos serán los primeros... » (Mt 20,16)

Cuando Juan Pablo II habló a los obispos de Kinshasa (3-5-1980), señaló la necesidad de que se dé una formación conjunta a los esposos y no por separado. En la encíclica "Familiares Consortio", hay una observación «No faltan, sin embargo, signos de preocupante degradación de algunos valores fundamentales: una equivocada concepción teórica y práctica de la independencia de los cónyuges entre sí. .. » (FC 6)

La santidad, sea cual sea nuestro estado, no puede existir si no se da un clima de oración intenso, un espíritu de sacrificio y renuncia, y una vida fundamentada en las Bienaventuranzas. No es menos cierto que las virtudes que tendremos que vivir en grado heroico, tienen que estar equilibradas por la virtud de la prudencia, que no es una pasividad, un no hacer, sino «una virtud moral sobrenatural que inclina nuestro entendimiento a buscar siempre los caminos más adecuados para lograr los fines que nos proponemos, subordinándolos todos al fin último de nuestra santificación». La prudencia implicará muchas veces actuar con suma valentía y sin concesiones a otros fines no tan rectos.

Pero la santidad es un concepto que tiene poca «audiencia», y despierta una cierta prevención en el mundo de hoy, porque se confunde con las «rarezas», muy desconectadas de la vida normal, que a menudo se encuentran en la vida de los santos. Y sin embargo la santidad no es otra cosa que el cumplimiento de la voluntad de Dios, hecho con amor, y no se fundamenta en estas actitudes extrañas sino en la correspondencia al amor de Dios. La iniciativa siempre parte de Dios, que quiere que aspiremos a ser perfectos como lo es el Padre Celestial; a nosotros nos toca corresponder.

Un sacerdote amigo nuestro nos contó que cuando él era niño, en el pueblo, iba al monte con su rebaño. Y le gustaba hacerlo en compañía de otro pastor ya mayor, que siempre estaba alegre. Un día dijo el pastor al niño: «yo estoy muy contento porque Dios, que todo lo puede, resulta que me quiere muchísimo...». Estas palabras, dichas por un hombre que probablemente ni siquiera sabía leer, marcaron al niño para toda la vida. El pastor en su gran sencillez era un santo.

No pensemos que para ser santos hay que estudiar mucha teología o hacer cosas que están fuera de nuestro alcance. Esto es así tanto para un pastor que se pasa el día solo con las ovejas en la montaña, como para nosotros y también para nuestros hijos. Las llamadas de Dios a la santidad se producen como y cuando Él quiere.

¿EN QUÉ CONSISTE ESENCIALMENTE LA SANTIDAD?

Partimos de una base: Dios nos amó, nos ama y nos amará siempre. Y nos pide que libremente correspondamos a este amor. Nos ha dado la existencia, que es un gran don; nos ha colocado en una situación concreta, especialmente en nuestro matrimonio; nos ha señalado una línea de conducta que, con su ayuda podemos conocer y esperar, siempre ayudándonos, que correspondamos con nuestro amor.

Ser santos es haber cumplido con amor la misión que Dios ha encomendado a cada persona, y en nuestro caso, a cada matrimonio. Cada santo, y también cada matrimonio santo, sigue un camino propio, único, irrepetible, para ir hacia Dios. Pero aun dentro de esta variedad se pueden distinguir muchos grupos de santos, que tienen algo o mucho en común. Los casados, pese a los diversos caminos que pueden seguir-tantos como matrimonios- tienen unas características comunes, las de los casados, y deben ir hacia Dios siguiendo su propio camino.

Aspirar a la santidad no significa aspirar a la canonización. La Iglesia canoniza a algunos santos proponiéndolos como modelo, pero además de éstos, hay muchísimos más, desconocidos de los hombres pero no de Dios. Ellos actúan como firmes intercesores nuestros y contribuyen con sus vidas a aumentar la santidad de la Iglesia. Volviendo de nuevo a la vida de los santos, podemos ahora comprender mejor que tal o cual santo no lo es por las cosas extrañas que pudo hacer, sino porque amó a Dios sobre todas las cosas, y como consecuencia de este amor, amó también a su prójimo. Y esto trató de hacerlo efectivo y evidente con sus luces y según las costumbres del ambiente en que le tocó vivir. Por amor a Dios adoptó actitudes que muchas veces estaban en contraposición con las costumbres sociales de su época. En una palabra: correspondió con generosidad al amor infinito de Dios. Amó profundamente.

Hemos dicho que los santos canonizados se nos proponen como modelo para que, imitando sus virtudes, se nos facilite el camino que los lleva hacia Dios. Los santos se presentan a nuestros ojos como cristianos rectos, firmes e imitables. Esta imitación tiene sus límites: cada santo es diferente y no hay que buscar normas concretas de conducta en otras personas, canonizadas o no.

Es frecuente el error de creer que la espiritualidad conyugal es una espiritualidad de fraile o de monja rebajada, para hacerla más accesible a los casados, como si el matrimonio fuese un camino mediocre, una llamada del Señor más floja. Los casados tienen su propia espiritualidad, ayudada y reforzada por un sacramento, mediante la cual han de amar a Dios con toda su alma y con todo su ser, El sacramento del matrimonio afecta a toda su vida espiritual, capacitándoles para vivir su caridad al máximo.

La santificación por medio del matrimonio ha sido una idea difundida en los últimos decenios, desde Pío XI y Pío XII, el Concilio Vaticano más tarde, y últimamente con Juan Pablo II. Ahora ya no se discute, como antes sucedía, que los casados deban santificarse

en y por el matrimonio; estas ideas han sido como una luz del Espíritu Santo que ha acudido en auxilio de la familia, tan duramente atacada en estos tiempos.

Hasta hace poco no existían matrimonios que, como tales, estuvieran canonizados, si bien había alguno que, como San Isidro y Santa María de la Cabeza, habían alcanzado el reconocimiento de su santidad cada uno por su lado (ahora ya no es así, pues recientemente el Papa ha beatificado conjuntamente a los esposos Luigi Beltrame Quattrocchi y Maria Corsini).

¿CÓMO PODEMOS ALCANZARLA?

En primer lugar, hay que tener muy claro que la santidad exige algo más que pretender simplemente salvarse, es decir, no caer en el infierno. Si solamente pretendemos esto (que ciertamente es una cosa buena), nos vamos a quedar muy cortos en el camino de la santidad. Hay una diferencia notable entre decir: «me importa no pecar» y «me importa tener siempre a Jesús conmigo».

- Un camino propio para los casados

En la actualidad se ha avanzado mucho en el conocimiento de la espiritualidad de los casados, pero el camino no está totalmente recorrido: «La Iglesia puede ser guiada (por el Espíritu Santo) a una comprensión más profunda del inagotable misterio del matrimonio y de la familia» (FC 4).

Los esposos que se decidan a ir hacia la santidad, deben hacerlo siguiendo su propio camino, y avanzaremos por él cumpliendo exactamente los fines del matrimonio: procreación, cuidado de los hijos, etc. Sin embargo, el fin último y supremo y el que los debe englobar a todos, es conseguir la santidad en el matrimonio y por medio del matrimonio y de la familia. El amor nos exige buscar el bien del otro, y el mayor bien que podemos desear al consorte es la santidad. Para alcanzar la santidad en el matrimonio lo más importante es la mutua ayuda espiritual: marido y mujer deben ayudarse en todo, y esto teniendo siempre presente que este camino no puede emprenderse sin la constante ayuda de Dios; sin Dios no podemos hacer NADA.

Un matrimonio santo lo forman dos personas unidas por Dios, que le han amado con toda su alma, con todo su corazón, con toda su mente, y con todas sus fuerzas; y han amado también a su prójimo como consecuencia de su amor a Dios. Esto lo han hecho ayudándose el uno al otro, y así han podido llegar más lejos de lo que lo hubiera hecho cada uno sin esta ayuda mutua.

Nos hemos de santificar, amándonos el uno al otro como Dios quiere. Y amando ambos a Dios, conjuntamente, cada día más. Cada vez más unidos entre nosotros y más unidos a Dios.

Es un error imitar en esto a personas que, por no ser casadas, siguen otros caminos de santidad. El camino de los casados no es el del sacerdote o el de los religiosos. El matrimonio ha de seguir su propio camino: la espiritualidad conyugal, de la que hablaremos en el siguiente capítulo.

Cuando nosotros éramos novios no entendíamos lo que dijo San Pablo: «el casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido» (entre dar gusto a Dios, y a su mujer) (I Cor 7,33). Es decir, el triste papel de una esposa, ¿tenía que ser «tirar» de su marido en dirección contraria a Dios? Esto nos parecía horrible, hasta que encontramos la solución: en nuestro matrimonio iba la mujer a tirar del marido en la misma dirección en que lo hace Dios, y de esta manera, el hombre ya no tendría que estar «dividido».

Eran estos los primeros intentos de la espiritualidad conyugal, que aún no estaba en la Iglesia como un camino específico para los matrimonios.

Una vez casados, creímos conveniente conocer algo de la vida de los santos y compramos un libro grande que reunía las vidas de una serie de ellos. Las leíamos juntos de vez en cuando, pero estaban escritas según un concepto de piedad equivocado, más dispuesto a realzar lo extraordinario de sus vidas que a ceñirse estrictamente a la verdad. Nosotros leíamos estas vidas de vez en cuando, pero nos parecían absurdas y algunas veces hasta nos daban risa. Finalmente comprendimos que aquello no podía ser verdad sino leyendas y exageraciones que hacían más mal que bien, y acabamos quemando este libro para que no hiciese daño a nadie. Pensamos que nosotros teníamos que ser personas muy normales, sencillas, alegres, y que teníamos que amar a Dios y a los demás sin hacer cosas raras.

Nos hemos de santificar dentro de nuestra familia. Con los hijos que Dios nos dé. Con todos los trabajos que se requieren para sacar adelante una familia, con las tareas de la casa, que no se terminan nunca porque así que se acaban vuelven a empezar. Y haciendo todo esto con gran amor. Evitando caer en la mediocridad, compartiendo las luces que hemos recibido, los propósitos y buenos impulsos que hemos concebido en nuestra oración. Rezando juntos, meditando y estudiando los mismos temas; proporcionándonos uno al otro todo el bienestar, la alegría, la paz y la ayuda de que somos capaces.

Las pequeñas atenciones, las delicadezas, etc. que cada día tenemos uno con el otro, las tenemos con el mismo Jesús; pues nuestro consorte es un hijo o una hija de Dios. Por esta razón nuestro amor hacia él ha de tener una característica de veneración y una constante de acción de gracias.

En el mundo hay órdenes religiosas dedicadas al trabajo en los hospitales y prolongan así la obra de Jesús curando enfermos; otras se dedican a la enseñanza, y siguen el camino de Jesús maestro; órdenes contemplativas, que imitan a Jesús en su oración al Padre... Y están también los casados, que siguen a Jesús en sus 30 años de vida en familia. La vocación genérica de los matrimonios es mostrar y vivir el amor con que Cristo amó a la Iglesia.

Si el resultado de la vida de un casado es dividir el corazón del otro, como indica San Pablo, el resultado del matrimonio es lamentable. Si realizamos y representamos el amor de Cristo a su Iglesia, cuando vivamos el sacramento de nuestro matrimonio no dividiremos sino que sumaremos esfuerzos. Es entonces cuando el matrimonio, camino de santificación, deja de ser un parche para una vida mediocre y pasa a ser la vía que ha de conducir a las más elevadas cumbres de santificación.

La familia es la «pequeña iglesia» y la «célula de la sociedad». Hay que renovar el mundo, todos estamos de acuerdo... pero hay que empezar por la familia, que es donde salen todas las personas del mundo.

Hemos apuntado aquí algunas características del camino de santificación propio de los casados. Si se esfuerzan en avanzar por este camino vivirán felices y alcanzarán la felicidad completa en la eternidad.

Sufrimiento y alegría:

Con frecuencia en nuestra vida se presenta el sufrimiento (nadie está libre de él). Una enfermedad, una desgracia o una grave dificultad económica, pueden cambiar nuestra vida. Cuando esto suceda, debemos sufrirlo juntos. Si nos sentimos comprendidos, ayudados y sobre todo amados por nuestro consorte, si lo pasamos juntos y animándonos uno al otro, esto sólo ya será un gran alivio.

Ante la contradicción o el sufrimiento, hemos de responder adecuadamente. Nuestra actitud debe ser la de aceptarlo, pues si agradecemos las cosas buenas que Dios nos da, no hemos de rebelarnos cuando Él permite el sufrimiento. Luego debemos ofrecerlo, rezando los dos unidos, confiando en Dios que nos ama y que todo lo puede. Un sufrimiento así aceptado nos acerca y nos une a Dios, nos aumenta la santidad, y en un matiz difícil de explicar, nos da una alegría que va unida a la aceptación y al cumplimiento correcto de lo que Dios espera de nosotros en esta prueba.

Nunca hay que dejarse arrastrar por la tristeza o por el mal humor, pues Dios nos quiere siempre alegres: «Alegraos siempre en el Señor» (flp 4,4), tanto cuando las cosas nos van bien, como cuando nos van mal.

Tampoco hemos de que tener miedo. El miedo, y también la angustia, disgustan a Dios, pues en el fondo son una falta de confianza en Él. La pareja que ama a Dios, que sabe y se siente amada por Dios, no tendrá miedo de nada ni de nadie. ¿Qué puede temer un matrimonio que sabe que Jesús y su Madre están vivos en medio de su familia y habitan con ellos en su casa? Hay que luchar contra el miedo; no podemos consentir que se instale en nuestra vida.

Los hijos contribuyen a la santificación del matrimonio. Padre y madre trabajan para ellos con amor y los educan día a día. Muchas veces han de tener gran firmeza y reprenderles amorosamente para enmendar sus desviaciones, y todo han de hacerlo con generosidad. También los hijos a veces hacen sufrir a los padres: enfermedades, deficiencias, la muerte de uno de ellos, las mismas dificultades económicas que a veces impiden a los padres proporcionar a los hijos todo lo que desearían o les es conveniente... Y sobre todo, cuando un hijo se aparta del buen camino y no sigue la ley de Dios. Esto hace sufrir mucho a los padres y contribuye a su santificación. Siguen queriéndole como antes, rezando juntos y ofreciendo sacrificios por él; confiando totalmente en Dios, sabiendo que no lo dejará y que lo hará volver al buen camino. Saben que Dios ama a aquel hijo más de lo que ellos puedan amarlo, y esto es un motivo de consuelo.

Pero en el matrimonio abundan más las alegrías, la paz y la felicidad que Dios nos proporciona con amor y a manos llenas, y que nosotros debemos agradecerlas y disfrutarlas juntos. Las alegrías, al ser compartidas, aumentan, y a Dios le complace que seamos agradecidos. Cualquier pequeño detalle, aun sin importancia, se disfrutará mucho más compartiéndolo. Los santos están habitualmente alegres. La alegría más profunda, la

que produce la paz, es la consecuencia del deber cumplido, de haber actuado en conformidad con nuestra conciencia.

El modelo de la Sagrada Familia:

El matrimonio debe acostumbrarse a tener siempre presente a la Sagrada Familia en medio de ellos, y será no sólo un modelo, sino también la mejor ayuda para cada matrimonio y para cada hijo.

Cuando Jesús, José y María habitan en medio de una familia, los cónyuges y también los hijos trabajan con ellos, les piden ayuda, consejo cuando dudan, auxilio cuando no saben solucionar algo, protección cuando están amenazados, alivio cuando están agobiados... viven seguros con Jesús y María, les hablan con toda sencillez y hablan entre ellos de Dios y de su Madre con toda naturalidad. Los esposos se confían a ellos igual que lo hacen los hijos pequeños y les piden lo que necesitan o creen necesitar, sabiendo que lo que recibirán excederá en mucho a lo que a ellos se les había podido ocurrir.

El hombre es un ser limitado. Solamente Jesucristo y la Virgen María realizaron perfectamente su misión; los demás tenemos que cumplirla lo mejor posible, sabiendo que tendremos muchísimos fallos, pero esto no debe desanimarnos nunca: continuamente tendremos que volver a empezar. Dios nos pide que luchemos con todo el esfuerzo, pero la victoria es Él quien ha de darla.

Hemos de estar ciertos que Jesús y la Virgen María están en medio de nuestra familia, como en las bodas Caná, y se dan cuenta al momento de lo que nos falla y nos ayudan a remediarlo.

El clima que señalamos es posible vivirlo si existe confianza total en Dios y en la Santísima Virgen María, que está atenta a nuestra familia como lo estuvo con la familia de Caná de Galilea. Ella se da cuenta de lo que necesitamos, incluso antes de que lo notemos nosotros, y nos proporciona el remedio.

Disparidad de criterios entre los cónyuges

En todo este escrito hemos partido de la base de que existe un buen entendimiento entre marido y mujer, pero, ¿qué pasa cuando en un matrimonio no se da esta situación? ¿Qué pasa cuando los consortes tienen disparidad de criterios en lo referente a la santidad, o bien uno de ellos no tiene el mismo interés que el otro en el progreso espiritual?

Lo primero que deberán hacer para salir de esta situación es procurar ayudarse el uno al otro, corrigiéndose mutuamente con una humildad y una caridad extremas. Tienen que saber que raramente el fallo es de uno solo de los consortes, y que la mutua ayuda, la oración y las gracias del Sacramento, pueden conseguir que progresivamente lleguen a alcanzar un entendimiento y puedan recorrer juntos el camino que Dios ha preparado para la santificación de los matrimonios. Esto es lo que necesitan, y para ello no les faltará la

ayuda de Dios. No olvidemos que las gracias del Sacramento son todas aquellas ayudas que Dios da a los esposos para mantener y aumentar su amor.

XII. ESPIRITUALIDAD CONYUGAL

Entendemos por espiritualidad toda relación del alma con Dios, y esto incluye la oración, los sacramentos y todo aquello que haga el alma para corresponder a la llamada de Dios, unirse a Él y alcanzar la santidad.

Entendemos por espiritualidad conyugal la que pueden o deben tener los casados si quieren unirse en todos los aspectos de su persona, si quieren estar casados totalmente y ayudarse en la tarea más importante de su vida.

Los casados no deben mantener cada uno su vida espiritual aparte del otro; no deben desentenderse de su consorte. Casarse es entregarse al consorte totalmente, por amor y para siempre. Están unidos por Dios, y no deben buscarlo por separado. Son responsables el uno del otro en su relación con Dios, como lo son en los otros aspectos de la vida.

Una de las causas principales de fracaso en los matrimonios es que muchas parejas no se entregan totalmente ni para siempre. Otros, aunque tienen buena voluntad, creen que han de unir los aspectos materiales, humanos y naturales, pero no los espirituales, pues el alma pertenece a Dios. Y ciertamente el alma pertenece a Dios, pero el cuerpo también. Y es Dios mismo el que une a dos personas (compuestas de alma y cuerpo) en un sacramento.

Gracias a Dios, la Iglesia ya se ha pronunciado sobre esto, aclarándolo todo, porque antes de los últimos papas todas las asociaciones religiosas separaban a los matrimonios, los hombres por un lado y las mujeres por otro, de modo que si un matrimonio quería trabajar para la Iglesia debían hacerlo cada uno por su lado.

Nosotros decíamos: «La misma Iglesia que nos ha unido, ¿ahora nos quiere separar? Lo que Dios unió, no lo separe el hombre». Estuvimos durante nueve años buscando una solución sin encontrarla, y haciendo, solos los dos, lo que se nos ocurría para avanzar juntos en nuestro camino espiritual.

Por el hecho de incluir la espiritualidad en la unión total del matrimonio, no debemos infravalorar su aspecto humano y natural. Es importante todo lo que constituye la vida de la pareja; hay que «casarlo» todo. Tal como no se pueden separar Cristo y su Iglesia, tampoco nosotros, que somos símbolo de esta unión, debemos separarnos espiritualmente.

Pasaremos ahora a hablar brevemente de los sacramentos, que son la principal fuente de la que recibimos la gracia necesaria para progresar espiritualmente. En cuanto a la oración del matrimonio, creemos que merece un capítulo aparte, y trataremos de ella en el capítulo siguiente.

LOS SACRAMENTOS

Damos por supuesto que los que lean estas líneas son cristianos practicantes, bautizados, confirmados, que asisten a la Santa Misa, que se confiesan con regularidad y que comulgan con una cierta frecuencia; que en su día recibieron el sacramento del matrimonio o se están preparando ahora para recibirlo. De no ser así, el primer paso que deben dar es poner las cosas en orden, pues no se puede construir la casa empezando por el tejado.

Respecto a nuestro Bautismo y Confirmación, los recibimos antes de saber si nos íbamos a casar o no, y no los volvemos a recibir, por lo que, al casarnos, no tenemos que cambiar nada. Pero respecto a la Penitencia y la Eucaristía, recibimos estos sacramentos de modo muy diferente desde que estamos casados.

¿Cómo pueden ayudarse marido y mujer en el Sacramento de la Penitencia o Confesión? Ante todo, pueden recordarse el uno al otro cuando llega el plazo, decidido por ellos de común acuerdo, de recibir este sacramento. No conviene que pase demasiado tiempo entre confesión y confesión. Sacerdotes expertos dicen que a partir de dos o tres semanas de haberse confesado se inicia un descenso en la vida espiritual, y nosotros hemos comprobado que esto es cierto.

Para confesarse bien primero hay que prepararse; ¿y qué les impide a los cónyuges, si así lo desean, prepararse juntos? No tienen obligación de explicar al otro nada de lo que van a confesar, pero si lo desean pueden hacer los comentarios que quieran, tanto en la preparación como después de recibir el sacramento.

Pueden también después de confesarse dar las gracias juntos por el perdón que han recibido, por las gracias y ayudas que les proporciona la confesión a la hora de vencer las tentaciones, y por la alegría y la paz que siempre acompañan a la recepción de este sacramento. Para perseverar en los buenos propósitos va muy bien pedir al consorte que nos ayude a evitar que volvamos a caer en las mismas faltas. Hay cosas en que la ayuda mutua es muy fácil y eficaz, por ejemplo: para no faltar a la caridad en las conversaciones; para intentar quitarnos defectos y adquirir buenas costumbres; para evitar ocasiones de fallos habituales. Cada pareja y cada persona sabe cuáles son sus «puntos flacos». También es muy útil la ayuda del consorte a la hora de pedir y darse mutuamente opiniones y consejos, de hacer planes y propósitos.

Y respecto a la Eucaristía, éste es el Sacramento más importante de todos porque en él recibimos al mismo Dios, autor de todos los sacramentos. ¿Cómo pueden ayudarse marido y mujer para recibirlo mejor? Siempre que sea posible deben ir a misa juntos y comulgar juntos también; toda persona que comulga se une a Dios; y cuando comulgan marido y mujer, al unirse a Él consiguen también una mayor unión entre ellos, en Jesucristo a quien los dos reciben. Es muy importante que los casados se den cuenta de que comulgando juntos alcanzan la unión total en Cristo: ¿cuándo estaremos más unidos en su Nombre que cuando comulgamos? «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos», ha dicho Jesús (Mt 18,20), y también: «Pediréis lo que queráis y se os otorgará» (Jn 15,7).

En la acción de gracias de la comunión, y aunque recemos en silencio, pediremos juntos por las mismas cosas: por los hijos y por las innumerables intenciones que todos tenemos. Y esto dará mayor fuerza a nuestra oración.

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

Pero pasemos a hablar del sacramento del Matrimonio. Instituido por Jesucristo, como todos los sacramentos, lo fundamentó sobre una realidad preexistente, el matrimonio natural, ordenado por Dios a Adán y Eva, y que se mantuvo en vigor hasta Jesucristo. El matrimonio natural es pues el propio del Antiguo Testamento, y también lo es de aquellos que todavía no conocen a Jesucristo (los no cristianos). Para estas personas el matrimonio natural tiene todavía validez, y es un verdadero matrimonio, con unas exigencias de orden natural como son la unidad (uno con una), la indisolubilidad y la fecundidad, que dan un gran valor a esta unión, aunque no sea un sacramento.

«Por obra, pues, del matrimonio, se juntan y se funden las almas, aun antes y más estrechamente que los cuerpos, y esto no con un afecto pasajero de los sentidos o del espíritu, sino con una determinación firme y deliberada de las voluntades; y de esta unión de las almas surge, porque así Dios lo ha establecido, un vínculo sagrado e inviolable (CC 7).

El Sacramento eleva lo natural a un orden sobrenatural y es signo del amor de Dios a la Iglesia. La gracia de este Sacramento no destruye lo que es propio de la naturaleza humana sino que lo transforma y lo eleva. Dios, que dijo a Adán y Eva: «Y serán los dos una sola carne» (Gén 2,24), nos hace a nosotros «dos en un espíritu» por medio del Sacramento.

Ésta podríamos decir que es la definición de la Espiritualidad Conyugal.

En el Matrimonio Sacramento, es Dios mismo quien une al hombre y a la mujer. Son dos personas compuestas de alma y cuerpo. Y a cada una de ellas, tanto en su cuerpo como en su alma, las une Dios. «Lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mt 19,6). Y puesto que esta unión la hace Dios, y Dios no cambia, no se desdice de lo que ha hecho, esta unión es para toda la vida.

Cuando en la ceremonia de nuestro matrimonio, nos dijimos «Sí» uno al otro, Jesucristo mismo también dijo Sí y se comprometió junto con nosotros. Él es fiel y no falta nunca a su compromiso. Somos nosotros los que podemos fallar. Él nos da las ayudas (las gracias actuales) que vamos necesitando a lo largo de toda la vida. En cualquier situación difícil podemos pedirle ayuda: tenemos «derecho», pues Cristo se comprometió con la familia que se iniciaba al recibir el sacramento. Por esta razón, cuando un matrimonio cristiano se deteriora, siempre es posible reconstruirlo, volviendo a poner a Jesús en el lugar que le corresponde.

El Sacramento no es algo que sirva sólo el día de la boda sino que es para toda la vida, para santificar esta inicial comunidad de personas. El hecho de que un hombre y una mujer se amen, se casen y tengan hijos, no lo han inventado los hombres sino Dios. Y este invento de Dios es la comunidad de amor, que entre cristianos es un sacramento, un pacto de amor entre los esposos y Dios. Por este pacto Él se hace presente, santificando esta comunidad humana y su realidad profunda: el amor. Los que reciben este Sacramento, reproducen el amor de Cristo a su Iglesia; forman una comunidad sagrada.

Dios está en medio de ellos y les santifica. Todo esto no se limita a este mundo sino que mira siempre al destino eterno de los hombres.

Cuando por el Sacramento existe esta vida sobrenatural, espiritual, cabe preguntar al Señor: ¿Cuál es tu voluntad sobre nuestro matrimonio, sobre esta situación concreta? Y Dios siempre responderá, pues es Él mismo quien ha asegurado que el que busca encuentra. Ciñéndonos sólo a lo propio del Matrimonio, Dios se complace muchas veces en responder a nuestra petición a través de nuestro consorte. Uno pide al Señor luz, una solución, una gracia. Y Dios en vez de contestar al que pide directamente, da luz, acierto y buen criterio al otro, para que ayude o aclare la situación del primero. Si el diálogo es fluido entre los dos, el que ha hecho la petición recibirá la respuesta de Dios por medio de su consorte. Si la comunicación entre los dos fuese defectuosa, esta respuesta podría no llegar. Parece que, con este modo de hacer, el Señor contribuye aún más a la necesaria comunicación entre los consortes.

Todos estamos llamados a la santidad, a la perfección. Estamos llamados a vivir heroicamente el papel que nos corresponde dentro del Cuerpo Místico: el de los casados unidos por un Sacramento. Y tenemos que cumplir nuestra misión en el mundo. Pero si la comunicación espiritual es deficiente, la pareja tiene problemas e inquietudes que surgen al no conocer bien el alma del otro; no pueden pedir, dar, ofrecer, ni recibir ayuda espiritual. No se entienden en profundidad. Podrán santificarse también, claro está, pero no por medio del matrimonio, sino a pesar de él.

Como la Espiritualidad Conyugal es el fruto propio del sacramento del matrimonio, quienes no consiguen tener una buena comunicación espiritual desaprovechan el tesoro de gracias que Jesucristo ha destinado para que los matrimonios las recibieran por medio del Sacramento, y quedan en un estado espiritual semejante al de los matrimonios del Antiguo Testamento.

La unión matrimonial no es solamente de cuerpos. Si así fuera, no sería una vocación ni un camino de santidad, como efectivamente lo es. Si las almas quedasen «solteras», sin unirse en el sacramento, seguirían con su vida espiritual igual que antes de casarse y sin ayudarse el uno al otro para ir hacia Dios. Si así fuera, casarse no supondría ningún progreso para la vida espiritual.

Conocimos a una pareja que nos parecieron viejos -nosotros éramos entonces jóvenes- que eran muy religiosos y rezaban mucho cada uno por su parte. Al oír por primera vez lo de la espiritualidad del matrimonio no lo entendieron ni lo aceptaron. Pero más tarde, en casa, hablaron de ello y resolvieron probarlo «por si acaso los jóvenes tenían razón». Pusieron en práctica lo que habían oído de nosotros de un modo sencillo y admirable. Tuvieron mérito porque, con la edad, cada vez cuesta más cambiar de camino, y sin embargo ellos lo hicieron con decisión y alegría.

Las personas que en su matrimonio tienen una comunicación mayor o menor de su entendimiento, ya están en cierta manera comunicando sus almas, pues el entendimiento es una facultad del alma (como lo es también la voluntad). Todo esto puede ocurrir sin que ellos se den cuenta y aunque no hablen de su relación con Dios. El tan conocido y recomendado diálogo matrimonial, cuántas veces queda limitado por no poder entrar en el terreno más importante: el del alma y su relación con Dios. Pensemos: ¿a qué queda

reducido un matrimonio cuando no han unido sus almas? ¿a la unión de cuerpos? Esto, llevado al extremo sería indigno; y cuánto mayor sea el grado de incomunicación, peor.

Estábamos nosotros dos hablando de la espiritualidad conyugal a un grupo que había recibido estas ideas con ilusión, cuando presenciamos la discusión de un matrimonio en que él, sin decirle nada a ella, había hecho a Dios una petición importante de tipo espiritual que afectaba a la organización de la casa, y con la que resultó que su esposa no estaba de acuerdo...

En la Iglesia, para que sus miembros sean buenos cristianos es necesario que unos cuantos vivan el cristianismo de un modo radical, y sean la levadura que hace fermentar la masa (Mt 13,33). Del mismo modo podemos decir que para que los casados vivan su matrimonio como es debido, se necesitan unos cuantos que vivan la comunicación espiritual en su plenitud.

El plan inicial que Dios había previsto para la santificación de la humanidad, incluido el matrimonio, se perdió a causa del pecado de Adán y Eva. Sin embargo Jesucristo, al restaurar con la REDENCIÓN a la humanidad caída, restauró también el matrimonio, permitiendo que recuperase su primitivo esplendor e incluso que lo superase. Pero exigió nuestra colaboración, nuestro esfuerzo. Jesús instituye el Sacramento del Matrimonio; restaura su primitiva pureza y lo hace signo de la unión de amor entre Cristo y la Iglesia. Y por ser signo eficaz, realiza lo que significa. Ahí reside la grandeza del matrimonio. No es de extrañar que, por este motivo, San Pablo diga que es un sacramento grande (Ef 5,31-32).

GRACIAS DEL MATRIMONIO

El Sacramento del Matrimonio es una fuente continua de gracias para los casados: la gracia santificante, que aumenta la santidad de los que lo reciben, y las gracias actuales, que son ayudas concretas para saber y poder actuar del modo más conveniente en cada momento: para vencer nuestro egoísmo, mantenernos unidos en los momentos difíciles, acertar en las decisiones que hemos de tomar con respecto a los hijos, hacer bien a los demás, y todo lo que contribuya a aumentar nuestro amor. Estas gracias pueden agruparse en cinco clases:

Gracias de Curación

Son necesarias para curar la herida del egoísmo, que todos tenemos debido al pecado original, y que se manifiesta continuamente en nuestro matrimonio. El egoísmo es el gran enemigo del matrimonio, porque es lo contrario del amor, y junto con el orgullo, está en la raíz de todos los problemas que el matrimonio pueda tener.

Gracias de Unidad

Actualmente la pareja ha de alcanzar una unión muy fuerte, debido al ambiente adverso en el que tiene que vivir; de lo contrario, fracasa. El matrimonio está muy combatido, y ya no basta lo que fue suficiente en generaciones anteriores para que pueda mantenerse unido.

Gracias de Paternidad

Aquí se agrupan todas las ayudas que necesita la pareja para recibir a los hijos que Dios le quiera dar y para educarlos cristianamente.

Gracias de Elevación

Son todas las gracias que les ayudan a santificarse juntos y por medio de su familia, y les llevan a Dios por el camino del matrimonio.

Gracias de Irradiación

Les capacitan para transmitir a otros todo el tesoro de su matrimonio cristiano. Con la ayuda de estas gracias, pueden influir en otros matrimonios y familias mucho más de lo que ellos creen.

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

La santidad y el progreso espiritual han de ser constantes en nuestra vida, y pueden plantearnos en algún momento la necesidad de tener la ayuda de un director espiritual. Aunque la dirección espiritual no es absolutamente necesaria para la santificación de las almas, es un medio normal y una ayuda para adelantar en la vida espiritual. El Concilio Vaticano II ha confirmado la enseñanza tradicional sobre su importancia y valor. ,r

La crisis de la dirección espiritual va aparejada con la falta de directores espirituales bien formados. El director espiritual no ha de ser un «tractor» que nos arrastre, ni un absolutista que gobierne nuestra vida espiritual, sino un recurso del que disponemos para que, en un estado de duda, podamos discernir si lo que se nos ocurre o queremos hacer es de Dios o no lo es.

Para encontrar un buen director hay que buscarlo laboriosamente y no es fácil encontrarlo. Ha de saber colaborar con plena docilidad a la acción del Espíritu Santo, que es en definitiva quien conduce las almas hacia la santidad. En este aspecto también es verdad que quien busca, halla.

¿Cómo hacer para elegir un director? Los confesores ejercen, hasta cierto punto, una dirección espiritual por medio de la confesión. Si nos confesamos con frecuencia (muchos obispos recomiendan acudir al sacramento de la penitencia cada quince días) nos costará más o menos tiempo pero acabaremos encontrando un confesor que encaje con nuestra manera de ser, y si nos parece factible, le podemos pedir que pase a ser nuestro director espiritual, y poder así recibir de él una ayuda-dirección-más personalizada. Es indispensable que comprenda bien el matrimonio.

Cuando en un matrimonio los dos tienen un verdadero deseo de ir hacia Dios, les resultará muy conveniente tener un único director espiritual, pues si tienen cada uno un director les será muy difícil ayudarse el uno al otro. Hay que tener presente que si la dirección espiritual individual no es absolutamente necesaria para la santificación, menos lo es aún la conjunta en el matrimonio; pero si tienen el mismo y éste les aconseja como pareja, a los dos juntos, avanzarán mucho más fácilmente.

La dirección espiritual no debe ser necesariamente ejercida por el mismo confesor, pueden también ir a confesarse donde sea, y de vez en cuando ir a ver a su director los dos juntos. Pero es realmente positivo y más eficiente que el confesor y el director sean una misma persona.

Es conveniente que cada consorte autorice al director para que pueda decir lo que quiera al otro de lo que sabe por confesión. De este modo el sacerdote quedará libre de la obligación que tiene de guardar el secreto de confesión entre uno y el otro, y aunque ordinariamente no haga uso de este permiso, esto facilitará una dirección conjunta. Pero lo verdaderamente importante es que no haya secretos entre marido y mujer; que puedan hablar de todo lo que hagan, digan o piensen: que entre ellos exista la confianza total, la entrega de la mente y el corazón, la apertura del alma de cada uno en Dios, que es quien los recibe juntos.

El matrimonio que ha conseguido esto, hablan juntos de Dios y de las cosas espirituales con toda naturalidad; reciben juntos todo, van a las mismas reuniones, hacen juntos los ejercicios espirituales, trabajan en las mismas tareas y se ayudan de un modo continuo. Y Dios también los ayuda juntos puesto que es Él quien los ha unido y así quiere que permanezcan.

Para acabar transcribimos unas notas de Santa Teresa de Jesús, que ya en el siglo XVI fue una voz precursora:

«El matrimonio es un acontecimiento de salvación. Pero no sólo es un camino de salvación, sino y más principalmente de santificación y perfección. Por eso, una vez abrazado el estado matrimonial, la vida espiritual se ha de organizar en conformidad con esta vocación».

En estas palabras encontramos ya los elementos que posteriormente se han ido desarrollando:

1º- Los casados están llamados a la perfección y a la santidad.

2º- Los casados, en la vida espiritual deben seguir un camino propio, adecuado a ellos y a su estado.

3º- El matrimonio es una verdadera vocación, un llamamiento de Dios.

4º- Es necesaria la comunicación y entrega plena entre los dos. Y pasamos a ocuparnos de la oración, que no es en realidad un tema aparte sino la continuación de este capítulo.

XIII. ORACIÓN

Para iniciar este tema volveremos a Santa Teresa de Jesús. Para ella, la oración es «una conversación. con quien sabemos que más nos ama». Esta santa decía también: «dadme un cuarto de hora de oración y os daré la salvación». Quien ora se salva.

Y según Santa Teresita del Niño Jesús, es «un impulso del corazón, una sencilla mirada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor, tanto desde dentro de la prueba como dentro de la alegría».

La oración es la respiración del alma, tan fácil como necesaria. A través de ella nos vienen todos los bienes. En la oración se ejercitan el entendimiento, la memoria y la voluntad. Lo que realmente da valor a la oración es la parte que en ella toma la voluntad, pero si la oración no va acompañada por la mente, no sirve para nada.

La oración no es un monólogo del que reza, sino un diálogo con este Dios que nos ama. Él, a través de las ideas que surgen en nosotros por medio de la oración, atiende y responde a nuestras peticiones.

Cuando viene a nuestra casa un buen amigo, se establece una conversación en la cual le escuchamos y le hablamos de todo lo nuestro. Este diálogo será tanto más profundo cuanto mayor sea la intimidad con el amigo. Nos encontramos bien en su compañía; sabemos que nos entiende y se establece un clima alegre y confiado. Luego, ya solos, el matrimonio, recordamos y comentamos las cosas que hemos tratado con el visitante, cómo nos ha animado, cómo nos han impresionado sus ideas. Y si el amigo es EL AMIGO, Jesús, nos motiva a ser mejores, nos alegra y nos da un ánimo renovado en nuestra vida.

En nuestra oración es el gran AMIGO quien se comunica con nosotros, con uno, con el otro, con los dos conjuntamente. La riqueza de las comunicaciones de Dios es inmensa y sólo queda limitada por nuestra capacidad y voluntad. Las posibilidades de comunicarse Dios con nosotros son mucho más excelentes que las que pueda tener nuestro mejor amigo. ¿Vamos a dar a Dios un trato de menor estima?

Dios está en nosotros, dentro de nosotros, más adentro que nosotros mismos. Él hace su morada en nuestras almas y se complace en ellas. Jesús vive en nosotros, sí, pero a veces... ¡vive en un desierto!

Todos los cristianos tenemos obligación de rezar, y esta obligación es todavía más exigente para aquellas personas que desean evangelizar a los demás. Al matrimonio que quiera instruir a otros, sean novios o casados, que quiera hacer algún apostolado en la Iglesia, le es indispensable la oración. Y ha de tener muy presente lo que nos dice Jesús: «Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15,5).

Los Apóstoles pidieron al Señor que les enseñara a orar como Juan había enseñado a los suyos (Le 11,1-4), y nosotros seguimos preguntándole: ¿cómo hemos de rezar?

Jesús nos responde por medio del Evangelio: «Velad y orad para no caer en la tentación» (Mt 26,41). «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os aliviaré» (Mt 11,28). «Todo lo que con fe pidieréis en la oración, lo recibiréis» (Mt 21,22).

Dios siempre nos escucha y espera que le hablemos; siempre tiene algo que decirnos y desea que le escuchemos. Pero para hablarnos necesita que por nuestra parte haya silencio. En Dios está la solución de todos nuestros problemas. Quiere que tengamos plena confianza en Él. Le ofende que pidamos dudando. A veces modifica lo que pedimos y nos concede otra cosa relacionada con la petición que le hemos hecho, porque sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Desea que se lo pidamos todo: «Pedid y se os dará» (Mt 7,7-11). También desea que demos gracias; es nuestro deber y le duele que seamos desagradecidos. Cuando Jesús curó a diez leprosos, solamente uno volvió para agradecerse. Él dijo entonces: «¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están?» (Lc 17,17).

CARACTERÍSTICAS DE LA ORACIÓN

Confianza filial

La actitud fundamental que hay que tener en la oración es situarse ante Dios nuestro Padre, que nos ama porque somos hijos suyos. De esta actitud brotan: la humildad, la sencillez, la confianza, la gratitud, la perseverancia, y todo aquello que es propio de las relaciones entre padres e hijos.

A Dios le gusta que acudamos a Él, que se lo contemos todo, que se lo pidamos todo, que se lo consultemos todo; como también a los padres les gusta que lo hagan sus hijos con ellos:-Al ponernos en oración hemos de tener muy presente que somos hijos de Dios.

Cuando tengamos un fallo (¿quién no lo tiene?), quiere que le pidamos perdón enseguida, y quiere perdonarnos inmediatamente. Dios goza perdonando.

Sencillez y brevedad

«Cuando estéis orando no parloteéis como los gentiles que piensan ser escuchados por sus muchas palabras. No seáis como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo» (Mt 6,7-8).

Otro matiz que debe tenerse en cuenta en la oración es la sencillez. La comunicación con Dios deberá ser sencilla, como la de los niños. Una verdadera infancia espiritual adaptada a la manera de ser de cada persona, de cada pareja, que encontrará la forma espontánea que permita a su mente el contacto con Dios.

Para hacer oración los dos juntos, ya casados, le pedimos a un sacerdote que nos ayudara, y él nos dio un libro que, aunque excelente para los religiosos, era evidente que no servía para unos casados. Cuando, siguiendo este libro, intentábamos rezar, primero debíamos hacer una «preparación remota», luego, una «preparación próxima», después, la «composición de lugar», y para cuando por fin llegaba el momento de la oración propiamente dicha, ya se nos había acabado el tiempo (que no era mucho) del que disponíamos.

Necesitábamos una oración mucho más sencilla, más parecida a la de los niños: ellos nos han enseñado muchas veces a rezar. Los niños hablan con Dios con toda naturalidad.

Los casados normalmente tienen poco tiempo para rezar y las cosas complicadas no les van bien. Necesitan una espiritualidad sencilla. Si se proponen hacer cosas difíciles y largas, se desaniman y lo dejan.

Una pequeña dijo: «Jesús y María, curad a la tía». Estábamos rezando el mes de María y teníamos a una tía muy enferma. A un niño que le recomendamos varias

intenciones para que rezase por ellas, nos cortó diciendo: «Le pido a Dios por todas las personas y por todas las cosas». ¡Y lo bien que va esta oración cuando no tenemos tiempo para más!

Una niña estaba sentada en el suelo y de repente volvió la cabeza y dio un beso sin que hubiera nadie a su lado. Le preguntamos: ¿Qué has hecho? y dijo sencillamente: «Le he dado un beso a mi ángel de la guarda».

Necesidad de perseverancia

Debemos hablar frecuentemente, insistentemente, con el Señor. Nuestra oración no se dirige a un Dios inaccesible. Dios nos oye y siempre nos contesta, aunque su respuesta sea a veces diferida, enderezada o en ocasiones difícil de entender en el momento en que nos la da. La oración nunca se pierde.

Los padres de Santa Teresita deseaban tener un hijo misionero y rezaban intensamente para que Dios se lo concediera. La cosa en sí misma era muy buena, pero no consiguieron ningún hijo varón pues los dos que tuvieron murieron pequeños y sólo vivieron las niñas. En apariencia la oración de estos padres no habría sido atendida, pero... Andando el tiempo una de estas hijas, Teresita, llegó a ser Patrona de las misiones sin ser varón y sin haber salido nunca de su convento de Carmelitas. Los padres, de distinto modo del que ellos imaginaban, llegaron a obtener más de lo que pedían.

Ponerse de acuerdo para rezar

Cuando nuestros hijos quieren lograr un permiso de nosotros, saben que su petición es mucho más eficaz (frecuentemente irresistible) si se ponen de acuerdo entre los hermanos y nos la presentan todos juntos. Esto funciona de un modo parecido en el terreno espiritual. El Padre quiere que todos sus hijos se amen porque son hermanos, y le complace ver que se ponen de acuerdo para dirigirle una petición. Jesús mismo nos lo dice: «Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos» (Mt 18,19).

DIFICULTADES DE LA ORACIÓN

Durante el tiempo dedicado a la oración hay que apartar de nosotros todo lo que nos quite la paz necesaria para escuchar al Señor; y sin que sea una regla general, es bueno de vez en cuando llevar a la oración aquello que nos preocupa y nos quita la paz. Pensemos que la Santísima Virgen meditaba en su corazón todas las cosas que le iban sucediendo: «María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón» (Lc 2,19).

Otra dificultad es que durante la oración se nos ocurran posibles soluciones a nuestros problemas que nos distraigan apartándonos de la oración. La imaginación y la inclinación a las cosas temporales nos distraen frecuentemente. Hay que rechazar estas distracciones, pues si son cosa de Dios, ya se nos ocurrirán nuevamente después de la oración; y si no lo son, razón de más para apartarlas.

Sabemos encontrar tiempo para leer el periódico con detenimiento, para ver la televisión, los deportes, etc. No es que se tengan que suprimir estas actividades radicalmente, pero hay que subordinar unas cosas a otras según su orden de importancia, según su jerarquía de valores. La dificultad principal con la que tropieza el rezo del Rosario en la familia, es no darle el tiempo adecuado.

Es frecuente el error de creer que manteniéndonos en gracia de Dios y cumpliendo con nuestro deber toda nuestra vida es ya oración. Ciertamente que una vida así ayuda a la Redención de Cristo, pero la oración es conversación con Dios, y ésta solamente se logra teniendo toda nuestra atención puesta en Él: hablándole y escuchando lo que Él nos dice; parando el trajín diario, o sea: para que todo el día sea oración es necesario que haya algún rato dedicado en exclusiva a la oración.

A menudo hacemos nuestros planes para ser felices, y luego pedimos a Dios que nos ayude. Esto es hacer las cosas al revés, pues lo que debe hacerse es dar la iniciativa a Dios: Él tiene sus planes para nuestra felicidad y espera nuestra colaboración, que le ayudemos a realizar estos planes. En la oración podemos pedirlo todo, pero debemos tener en cuenta que no se ha de hacer según nuestra voluntad sino según la de Dios (Lc 22,42).

Nuestra oración (personal o matrimonial) ha de tener consecuencias. Nuestra voluntad ha de moverse. Si no es así, se convertirá en un estudio, sin duda muy bueno, pero no será oración. Nuestra oración ha de concretarse en algo, fácil, realizable, que represente un avance, tan pequeño como sea pero avance al fin. Hay que captar las gracias actuales (luz, deseo de hacer algo bueno, etc.) que se producen en la oración. A veces nos perdemos por hacer planes muy ambiciosos que no se realizan nunca.

Hasta aquí, todo lo que se ha dicho se refiere a la oración personal, individual. Y ha de quedar claro que no tiene sentido hablar de oración conyugal si no se da previamente la oración individual. La oración conyugal supone rezar juntos, unir las oraciones que previamente hacían él y ella por separado. Para «casar» dos oraciones hace falta que existan.

LA ORACIÓN DEL MATRIMONIO

Pío XII y Juan Pablo II nos han dado a entender claramente cómo debe ser la oración del matrimonio: la «conversación» de los dos juntos con Dios.

«¡Con cuánta más razón no debe separaros vuestra oración como si fuerais ermitaños, ni sorprenderos en una meditación solitaria, que no os permita encontraros frecuentemente juntos ante Dios y su altar!» (Pío XII; 12-2-1941).

«Que cada día progresen en una unión cada vez más rica a todos los niveles, del cuerpo, del carácter, del corazón, de la voluntad, del Alma» (Juan Pablo II en Kinshasa; 3-5-1980).

El matrimonio tiene, como tal, una misión que vivir y realizar juntos, y juntos también reciben en la oración la ayuda que necesitan para esta misión. Apuntaremos aquí algunas características de la oración de los esposos sin pretender que esto sea un tratado sobre la oración.

Como hemos visto antes, cuando los que piden algo en oración lo hacen unidos en el espíritu (en el nombre de Jesús) su oración es más poderosa que si lo pidieran por separado. Por esto la eficacia de una petición hecha por el matrimonio, los dos juntos, es mayor que si la hacen por separado. Y dos personas ya bastan, pues Jesús dice: «dos de vosotros». Puesto que el matrimonio ya somos dos, cuando rezamos unidos tenemos a Jesús en medio de nosotros y podemos obtener de Él todo lo que pidamos.

La oración del matrimonio es más que la oración comunitaria. En ésta se unen las voces y las intenciones. Pero en la oración matrimonial se comparten los pensamientos, los sentimientos, se comparte toda la vida. Y por ser el matrimonio un sacramento, en este compartir está presente Cristo.

La oración es obligada para todos los cristianos, sean casados o solteros; pero si estamos casados, no hemos de rezar como los solteros. El trato de Dios con cada alma es distinto y único porque todos

somos distintos y únicos. Del mismo modo, el trato de Dios con cada pareja también será distinto y único. Para cada pareja tiene preparado algo distinto. Unos se entusiasman con la liturgia de las horas, otros con el Evangelio, la Biblia... Todo esto es bueno, pero cuando lo comparten, se hacen un bien enorme el uno al otro. Es el Señor quien beneficia a cada uno valiéndose del otro como instrumento. Cada matrimonio ha de encontrar la forma más adecuada a su manera de ser, y como no hay dos iguales, cada camino será distinto dentro de las características del camino matrimonial. Puede ayudarle en esto el consejo de un prudente director espiritual o de su confesor.

Es casi imposible que los dos consortes tengan el mismo nivel de oración y de piedad, por lo que, muy a menudo, uno de los consortes debe ayudar al otro. Y decimos esto suponiendo que los dos son católicos, pero aun en el caso de que uno de los dos no lo sea, San Pablo señala lo valioso de esta ayuda (1 Cor 7,12-14). Aquí, sin embargo, nos

referimos al matrimonio en el que los dos son católicos practicantes. Uno al otro podrán ayudarse en los momentos malos, pues los baches y enfriamiento de la piedad del uno raramente coincidirán con los del otro, y los entusiasmos del uno se podrán comunicar fácilmente al otro, y de este modo, los dos juntos como escaladores de una misma cordada, irán ascendiendo hacia el Señor.

Debemos ser muy cuidadosos con la oración, pues es una de las cosas más importantes en las cuales se pueden ayudar marido y mujer. La mujer es con frecuencia la que más reza, pero cae con facilidad en exageraciones o desviaciones; al hombre normalmente le cuesta más rezar, pero es más consecuente con sus creencias. Los dos tienen inteligencia y sentimiento; pero el hombre utiliza más la inteligencia cuando reza, mientras que la mujer se apoya más en el sentimiento. No hemos de intentar imponer al otro el «estilo» propio, pues el hombre seguirá con su forma característica de rezar y la mujer con la suya, y así debe ser. Cuando decimos que hay que casarlo todo en el matrimonio y ahora en concreto, que hay que casar la oración, no se trata de forzar ni de destruir nada, sino de complementar. Precisamente hombre y mujer se pueden complementar porque son diferentes en todos los aspectos. En la oración, la mujer puede ayudar al marido recordándole, invitándole a rezar si él se olvida, y el marido puede ayudarle a ella cuando le falte la serenidad, la paz.

Es más fácil rezar juntos las oraciones vocales, como por ejemplo la oración de la mañana y de la noche, el ofrecimiento de obras, el Rosario, la bendición de la mesa, etc. Los matrimonios a los que les resulta difícil rezar juntos pueden empezar por estas oraciones: son fórmulas ya hechas. Pueden ponerles una intención común, como por ejemplo: por nuestro hijo, que está enfermo...

Donde suele haber más dificultad es en la oración mental, o en la meditación, aunque hay maneras de facilitar este paso, y de esto se hablará más adelante, en el punto que hemos titulado «un modo práctico de hacer oración».

En la oración personal, el diálogo de Tu a tú, que cada esposo debe tener con Dios (la espiritualidad conyugal presupone, como hemos dicho, la existencia previa de una espiritualidad personal), recibirán luces, mociones, gracias actuales... que pueden y deben comunicarse el uno al otro. No hay ningún motivo teológico que impida la comunicación de estas ideas y sugerencias entre los esposos; al contrario, la comunicación de los pensamientos y propósitos surgidos de la oración individual, da pie a que el otro pueda aprovecharse en su oración de estas propuestas sugeridas por Dios mismo. Incluso cuando el desánimo y la falta de estímulo para la oración desalienta a uno de los consortes, las ideas sugeridas por el otro pueden ayudarle, y de hecho le ayudan poderosamente, en su oración personal.

Para que la oración de los esposos sea compartida es necesario que cada uno aporte su oración (en silencio) comunicándose solamente con el Señor, y luego se expliquen el uno al otro qué se les ha ocurrido, qué han entendido, qué han sentido, qué han tenido ganas de llevar a la práctica, etc.

Es frecuente que el Señor conteste a cada uno de los casados a través del otro. Pedimos algo a Dios; Él ilumina al otro consorte y éste nos da la contestación del Señor o los elementos necesarios para que podamos solucionar nuestro caso. Éste es otro motivo

-y muy importante- para que mantengamos fácil y fluida la comunicación y el diálogo entre los consortes.

Dios es Dios de Paz. De nuestra oración se derivará nuestra paz y la sana alegría que siempre ha de tener todo cristiano, pero de una manera especial el matrimonio, que es la faz sonriente de la Iglesia.

NECESIDAD DE DEDICAR UN RATO DIARIO A LA ORACIÓN

A medida que avancemos por el camino de la oración es probable que sintamos la necesidad de dedicar cada día un rato en exclusiva a la oración, al encuentro directo con Dios, sabiendo que Él nos ama infinitamente. Si este rato existe nos será más fácil levantar el pensamiento hacia Dios en medio del agobio de nuestro trabajo. Sin embargo, los casados no tienen la misma disponibilidad de tiempo que los religiosos para dedicarse a la oración, y puede resultarles muy difícil encontrar un espacio de tiempo para poder hacer la oración con tranquilidad.

La actividad, el arrastre de la vida normal, nos esclaviza y llega a ensombrecer o incluso a anular nuestra relación de dependencia de Dios. Fácilmente llegamos entonces a una actitud falsa, apoyada por el refranero popular: «primero es la obligación que la devoción». Se ve claramente su errónea interpretación si consideramos que nuestra primera obligación es buscar a este Dios que nos ama, y ninguna otra actividad debe apartarnos de esta obligación.

Cuanto mayor sea el agobio y más cargada de actividades esté nuestra jornada, más tendremos que esforzarnos en encontrar un espacio de tiempo para dedicarlo en exclusiva a la oración, a escuchar a Dios. Nunca hay de decir: «Ya lo hemos intentado y no puede ser»; sino que debemos pedírselo a Dios y seguir intentándolo: tendremos que apretar un poco más nuestro horario, tal vez haya que madrugar algo más... pero con la ayuda de Dios lo conseguiremos. Este rato será necesariamente breve: un cuarto, media hora o lo que sea; sin embargo, la brevedad no puede ser tal que nos impida la paz y el silencio interior.

La intimidad con Dios es gratificante pero exige nuestro esfuerzo. Lo que el Señor nos dé en este tiempo reservado a Él será la base para nuestra felicidad matrimonial, de nuestra santificación y la de nuestra familia.

En toda esta primera exposición partimos de la base de que es Dios quien actúa en nosotros. Nada podemos sin su auxilio. Queda claro la necesidad de la oración individual, personal, de dirigirnos a Él. Si este rato de oración personal, individual, con Dios no existe, es prácticamente ilusorio esperar un avance perceptible en la oración del matrimonio; y al fallar ésta, queda seriamente comprometida la oración familiar.

UN MODO PRÁCTICO DE HACER LA ORACIÓN

Exponemos a título de ejemplo una forma de oración matrimonial muy sencilla. No hay que pensar que todos tengan que avanzar forzosamente por este camino; cada pareja tendrá su propio modo de hacer oración. Pero hemos visto que va muy bien a muchos matrimonios y tal vez puede ser útil a otros:

Los matrimonios tenemos poco tiempo disponible, pero parece razonable encontrar siquiera quince minutos para la oración, y si un día no tenemos ni esto, hagámoslo más corto, pero no lo dejemos.

Oración individual

En primer lugar, y para hacer la oración individual, pueden elegir un texto corto, el que ellos decidan: de la liturgia del día, de la Biblia, de algún libro espiritual que les guste, o bien la meditación de una circunstancia particular de su vida. Sobre lo que hayan escogido harán la oración mental o meditación. Esta primera parte de la oración la harán por separado, en silencio, durante el tiempo que hayan decidido dedicar en exclusiva a la oración. No conviene que este tiempo sea muy breve (aunque tampoco será muy largo, pues todos vamos mal de tiempo). Muchas veces no les será posible hacer la oración al mismo tiempo ni en el mismo lugar, aunque esto no es indispensable.

Pediremos a Dios que nos dé luz sobre aquel tema, que nos ayude a conocer su voluntad; que nos haga saber qué es lo que espera y quiere de nosotros, de cada uno en particular, y de los dos conjuntamente.

Tengamos presente que para que una oración mental, una meditación, lo sean de verdad, hay que estar muy atentos a las gracias actuales que se nos dan al profundizar en el tema y no hay que dejarlas escapar. Estas gracias pueden ser como pequeñas chispas fugaces, luces en nuestra inteligencia, que nos hacen ver algo nuevo en un tema que tal vez ya conocíamos; o pueden ser también movimientos en nuestra voluntad que nos impulsan a algo bueno. Si no estamos atentos y dispuestos a captar estas gracias, la lectura del tema será simplemente un estudio, muy bueno sin duda, pero no será oración mental.

Oración conyugal

Más tarde (puede ser en otro momento del día) y para que la oración sea conyugal, intercambiarán entre ellos los resultados, las cosas que se les han ocurrido: luces, buenos deseos, etc. que Dios les haya inspirado en la oración individual, procurando situarse en presencia de Dios. «¿Qué has pensado en la oración? A mí se me ha ocurrido tal cosa. Pues a mí tal otra... ». Hablamos muchas veces de mutua ayuda, pero en la oración es donde puede ser más valiosa esta ayuda.

Cuando los consortes comunican uno al otro los resultados de su oración individual y comprueban cómo se complementan las luces y gracias que han recibido, surge en ellos

un sentimiento de agradecimiento y alegría, y se sienten movidos a alabar a Dios, que tanto les quiere.

Después de haber hecho este intercambio lo más cuidadosamente posible, con palabras, con el pensamiento, o como Dios nos dé a entender, dirigirán una súplica conjunta al Señor; y para que la voluntad intervenga en este proceso, formularán un propósito simple y bien definido que les permita recordar este momento el resto del día.

Los propósitos deben ser claros, realizables, y salvo casos excepcionales, serán sólo para el día y no para siempre, así se evitará que se vayan acumulando día a día hasta convertirse en una pesada carga. Cuidado con acumular propósitos que no se cumplirán nunca. Si un día no se ha cumplido nada o se ha cumplido mal, pediremos perdón a Dios y seguiremos adelante, que el Señor sabe mejor que nadie cómo andamos de agobiados de trabajo los casados...

La oración del matrimonio, de los dos conjuntamente, resulta más difícil porque es una conversación a tres, pero es perfectamente posible y deseable lograrlo. De esta comunicación reciben los dos un gran bien, se enriquecen espiritualmente y avanzan juntos hacia Dios. La eficacia de esta oración está asegurada, pues son dos unidos en nombre de Jesús.

Cuando de nuevo nos dirijamos a Dios, ya sea en un instante de parada en medio de nuestro quehacer diario, ya sea en nuestro mismo trabajo cuando la mente quede algo más libre, nuestra oración estará enriquecida por las ideas que el mismo Dios nos ha sugerido a través del otro.

La comunicación mutua de los frutos de esta oración equivaldrá a lo que habrían obtenido de una oración más prolongada cada uno por su lado. Las luces recibidas, las sugerencias, y todas aquellas cosas que Dios nos da para que podamos realizar lo que Él quiere, al comunicarlas tendrán una eficacia mucho mayor.

EL EJEMPLO DE JESÚS Y DE MARÍA

Tenemos el ejemplo constante de Jesús: no le dejaban tiempo ni para comer. Jesús invita a sus apóstoles a descansar (Me 6,31) y ni allí enconaron la tranquilidad. Jesús, para dedicarse a la oración, velaba por las noches si era preciso (Le 6,12; Mt 14,23). Con un poco de orden, a nosotros las cosas no nos resultan tan difíciles, y no hemos de consentir que nuestra actividad, muchas veces agobiante, o el cuidado de nuestra familia, aunque sea numerosa y tal vez con hijos conflictivos, nos aparten del contacto con Dios.

Jesús está donde dos o más se reúnen en su nombre (Mt 18,20) y puede estar permanentemente con nosotros, unidos por el sacramento del matrimonio. Si Jesús está siempre presente en nuestra familia... no hay actividad que pueda separarnos de Él. Jesús no desea que vivamos agobiados por nuestras actividades, según Él mismo nos indicó (Mt 11,28), y no sólo vuelve nuestra carga suave y ligera, sino que hace de ella un medio de santificación.

Estas reflexiones quedarían incompletas si no examinásemos el papel de la Virgen María. Ella, que es Madre y Maestra, nos es indispensable para avanzar en la oración. María nos ha dado a Dios, y por lo mismo, se anticipa, precede a todo acercamiento a Dios. Hemos de pedir su ayuda y tenerla siempre presente en nuestra oración. Tal como hemos dicho al hablar de los hijos, el rezo del Santo Rosario es una oración muy recomendada para rezarla en familia.

XIV. EVANGELIZACIÓN Y TESTIMONIO

Todos los miembros de la Iglesia, por el sacramento del bautismo y la confirmación, estamos llamados a evangelizar. Esto concierne a cualquier cristiano, por el mismo mandato del Señor. No sólo es cosa de misioneros, sacerdotes o religiosos... es de todos. Este mandato ha sido confirmado por diversos Papas en su magisterio, por el Concilio Vaticano II, y muy especialmente por Juan Pablo II, que nos urge a trabajar en la evangelización con «nuevo ardor». La única evangelización que no dará fruto será la que no se haga.

Los casados y los que formamos parte de una familia, como laicos que somos, tenemos unos cometidos específicos que importa no olvidar: «Tratar y ordenar, según Dios los asuntos temporales» (CV 11;131), «expresando realmente en nuestra vida el espíritu de las Bienaventuranzas» (CV 11; AS 4).

Cada uno de acuerdo con su capacidad deberá intervenir en los problemas que plantea la técnica, la administración de bienes, el avance en el terreno de la formación y la enseñanza, en la política... cuidando que estas cosas no sustituyan a Dios en nuestra jerarquía de valores; evitando la idolatría del dinero, el poder, el trabajo, la política, etc. Estas formas de idolatría se dan cuando lo que debería ser nuestro trabajo pasa a primer término, ocupando el lugar de Dios. Cuando aun sin que lleguen a ocupar el lugar de Dios, damos a estas cosas una mayor o una menor importancia de la que deberían tener, toda nuestra vida se deteriora seriamente. ¡Cuántos matrimonios se perjudican por el trabajo excesivo, absorbente de uno o de ambos consortes! ¡Cuántos hijos están faltos de la atención paterna o materna por la misma causa!

La familia no se basta por sí sola para que sus miembros puedan llegar a una total madurez. La necesidad de enviar los hijos al colegio para completar su formación, la necesidad de establecer unas relaciones sociales más amplias: parientes, amigos... lo demuestran claramente. La madurez es necesaria para evangelizar, y en nuestra formación cristiana han contribuido los padres, abuelos, colegios, profesores, sacerdotes, asociaciones religiosas... Si nos hemos beneficiado de todas estas ayudas, es muy natural que procuremos lo mismo para los que nos han de suceder.

El matrimonio cristiano, además, por ser la iglesia doméstica, tiene una exigencia específica de apostolado: ha de mostrar la unión de amor de Cristo con su Iglesia, y ha de ayudar como tal en la labor evangelizadora que Cristo confió a su Iglesia.

EL AMBIENTE

El ambiente influye mucho en nosotros y nosotros influimos en el ambiente, tanto en lo bueno como en lo malo. El Señor nos dice: «Vosotros sois la sal de la tierra» y «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,13-14). ¡Debemos salir e iluminar!

La familia es la célula de la sociedad y, por esta razón, la sociedad será según sean sus células. Pero, ¿podremos nosotros, una minoría, cambiar a esta sociedad que se ha

apartado de Dios? Veamos lo que dice el Éxodo: «Yo soy Yavé, tu Dios, (...) que castiga en los hijos las iniquidades de los padres hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, y hago misericordia hasta mil generaciones de los que me aman y guardan mis mandamientos» (Ex 20,5-6). Esto, traducido a nuestro lenguaje, equivale a decir: podemos muchísimo más que las fuerzas del mal, tenemos una eficacia mucho mayor de lo que nos imaginamos.

Una familia no ha de ser como una planta de invernadero, un clan cerrado a la realidad que le rodea. Tenemos que abrirnos a los demás, al mundo. Lo más importante en el cristianismo es la caridad, el amor, y la familia tiene que ser la levadura, el fermento que cambie esta sociedad (Mt 13,33; Lc 13,20).

El primer campo de apostolado de cada matrimonio está en su propia familia, en sus hijos; ellos son su obligación primera y principal, son su «prójimo más inmediato...». Pero el matrimonio no puede limitarse a este único campo de acción, pues la caridad nos exige, nos urge, para que ayudemos a otras familias. La familia ha de ser sujeto activo (y objeto) de apostolado: del recibir debe pasar al dar, para lo cual es indispensable que tenga una unión vital con Cristo, fuente y origen del apostolado de la Iglesia. Ha de vivir la caridad, que es el alma de todo apostolado.

DAR TESTIMONIO

Cualquier matrimonio que desee evangelizar lo principal y primero que debe hacer es dar testimonio. Vamos pues a ocuparnos de esto. El testimonio se da o no se da independientemente de que la pareja se proponga darlo o piensa que lo está dando. Podríamos decir que «funciona solo» y se da cuando menos se piensa en ello.

Un joven matrimonio recibió inesperadamente la visita de una pareja de novios, parientes de ellos. Los novios les dijeron que querían saber cuál era su «secreto», pues veían que en aquel matrimonio había algo que les hacía felices y diferentes de los demás. Había algo en ellos que les resultaba muy atractivo e inexplicable para estos novios. Un secreto que no podían descifrar por más que los observaran, y por esto habían decidido preguntárselo. La respuesta fue que secreto no tenían ninguno; que lo único que tenían era a Dios viviendo en su matrimonio. Y así era. Tenían a Dios que los unía y les hacía felices. Habían dado un testimonio sin palabras y cuando menos lo pensaban.

Muchos novios miran a los matrimonios que conocen (por lo tanto, también a nosotros) buscando ver realizado lo que ellos desean y esperan realizar. Este testimonio lo puede dar todo matrimonio que viva en Dios; todos podemos y debemos darlo. Si no hay testimonio en la vida de la pareja o en la familia, todo lo demás que puedan hacer en este sentido no sirve para nada.

La familia tiene siempre quienes intentan destruirla. Padres e hijos deben mostrar al mundo en qué consiste la unidad, indisolubilidad y santidad del matrimonio; cómo se realiza el encuentro entre generaciones, cómo se resuelven todos los problemas que surgen en la familia.

Evidentemente, y así lo exige la necesidad de dar testimonio, es necesario que la familia sea buena, que haya armonía entre sus miembros, que el hogar sea un reducto de paz. Pero el testimonio sólo no basta para realizar la nueva evangelización. Hay que actuar: Cristo con su mandato nos exige más. La familia ha de salir de ella misma para hacer llegar el mensaje evangélico a otras familias que no lo conocen, lo conocen mal o lo han olvidado. Hoy día no basta con que la familia sea buena: es necesario evangelizar.

Y para esto el matrimonio, la pareja humana como tal, es un instrumento muy apto, capaz de emprender y realizar cualquier género de apostolado. Una pareja ¡es tan natural! Pueden «meterse» fácilmente en muchos lugares y ambientes en los que a una persona sola le resultaría mucho más difícil introducirse. Y si los dos pueden actuar juntos el resultado es óptimo, tanto para los que lo realizan como para quien lo recibe.

ACCIÓN EVANGELIZADORA

«Siendo Cristo, enviado por el Padre, fuente y origen de todo apostolado de la Iglesia, la fecundidad del apostolado depende de su unión vital con Cristo» (CV II; AS 4).

La Iglesia es esencialmente misionera. Y la familia, como iglesia doméstica, también debe serlo. Para ello lo primero que debemos hacer es elegir acertadamente lo que Dios nos pide, por medio de la oración y teniendo en cuenta nuestras posibilidades y nuestra disponibilidad.

Antes de emprender esta tarea evangelizadora tenemos el derecho y el deber, como cristianos, de acudir a cuantos medios pone la Iglesia a nuestro alcance: oración, sacrificio, sacramentos, unión con el Cuerpo Místico... pero muy especialmente al sacramento del matrimonio, fuente de santidad para los casados y para la familia toda; o sea y dicho en otras palabras, de máxima eficacia para transmitir el mensaje evangélico.

Ya hemos visto que el testimonio de vida y de amor es esencial y de una eficacia insospechada en la evangelización. Además, tenemos la certeza de la ayuda de Cristo, que está en medio de sus discípulos cuando dos o más se unen en su nombre. ¿No es garantía de estar unidos en su nombre cuando hemos sido unidos por Él mediante el sacramento del matrimonio?

Si debido a las circunstancias sólo puede actuar uno de los consortes, pero están los dos de acuerdo en que se realice esta actuación y la apoyan con la oración, este apostolado podrá dar también buenos frutos.

Pero si uno de los cónyuges realiza una actuación apostólica al margen y en desacuerdo con el otro, será mejor que reconsidere esta actividad, pues el bien que puede obtener de ella es inferior al mal que supone un matrimonio en desacuerdo.

A cada uno se nos pide nuestra acción individual, pero resulta muy conveniente que quienes evangelizan se asocien o agrupen para ser más eficaces en este servicio a Cristo.

Todo grupo perteneciente a la Iglesia se fundamenta en tres pilares básicos: espiritualidad, formación y apostolado o evangelización. Todos los matrimonios, asociaciones y movimientos que se ocupan de la familia, formamos parte de la Iglesia y por lo tanto, la finalidad última de nuestra evangelización no puede ser otra que la de Cristo, esposo de la Iglesia: «que la Redención de Cristo llegue a todos los hombres», o dicho de otra manera: La salvación del mundo.

Sin embargo, nuestra actuación evangelizadora puede tener otras finalidades más específicas e inmediatas, como por ejemplo-en nuestro caso concreto- «El matrimonio unido entre sí y unido con Dios», siempre y cuando estén orientadas a conseguir la finalidad última.

En cualquier actividad evangelizadora hay acciones visibles (charlas, catequesis, reuniones...); pero hay muchas más que no se perciben y que se nos esconden en un primer momento: la oración asidua y perseverante de todos los miembros del grupo, la captación de posibles asistentes, llamadas telefónicas, confección de impresos, formación, economía, otras ayudas particulares... Estas actuaciones no visibles son normalmente la clave del éxito.

La inquietud apostólica, la formación y las posibilidades de actuación, son distintas en los diversos elementos que componen el grupo, e incluso entre marido y mujer. Cuando un grupo pretende hacer una acción evangelizadora ha de tener esto muy presente. Si el grupo pretende avanzar todos a una, se mueve a un ritmo más lento. Lo importante es que todo el grupo decida y esté convencido que hay que emprender esta obra, distribuyendo las distintas tareas entre los miembros del grupo según las aptitudes y posibilidades de cada cual.

Para coordinar un plan de evangelización ciertamente son necesarias las reuniones, pero las mínimas y no siempre de todos los miembros. Habrán de ser cortas, bien preparadas, sin perder el tiempo, empezando y finalizando a la hora prevista.

Todos los miembros del grupo deben estar muy atentos al Magisterio de la Iglesia, a la voz del Papa y a la del Obispo. Y cuando esto sea posible será muy conveniente contar con un sacerdote que forme parte del grupo para que oriente y aconseje a sus miembros.

Es muy importante que todos los miembros acepten unánimemente el compromiso de oración y sacrificio. Para ello habrá que determinar quién se hace responsable de que este espíritu no decaiga, y el responsable deberá estimular a los otros miembros del grupo y cuidará de que esta oración se mantenga.

CONFLICTOS QUE PUEDEN SURGIR

Es muy frecuente no recurrir debidamente a la oración y descuidar el apoyo espiritual que otros elementos ajenos al grupo nos pueden prestar. Cuando esto sucede la acción evangelizadora está condenada al fracaso.

La actuación necesaria dentro del hogar y la no menos necesaria en el ambiente que nos rodea, entran frecuentemente en conflicto. Nuestro tiempo y posibilidades son limitadas y se establece un forcejeo inevitable a la hora de determinar dónde está el equilibrio entre nuestras actividades familiares, laborales, apostólicas, de urgencia caritativa, etc. No resulta fácil. Por esto a continuación sugerimos algunas ideas que pueden ayudar tanto a la familia, como al grupo, al equipo o a la asociación, a encontrar el punto de equilibrio en este conflicto de actividades.

Nuestra primera comunidad es la familia. Ninguna actividad evangelizadora ni apostólica debe dañar el núcleo familiar. Cuando a causa de esta actividad surjan discrepancias con los hijos o entre el matrimonio, analizaremos el conflicto valorando con todo cuidado cada uno de sus aspectos, y mediante un diálogo sereno y pausado llegar a un conocimiento objetivo del caso para poder actuar en consecuencia.

Es frecuente la acusación de «abandono» de los hijos por una actividad apostólica determinada. Cuando esto suceda, habrá que examinar la situación muy seriamente, pero no sólo el aspecto de nuestra actividad apostólica sino toda la situación, incluyendo nuestra actividad laboral, social, de promoción... pues es frecuente que se achaque al apostolado lo que es consecuencia de nuestra sobrecarga por el conjunto de actividades. Hay que trabajar para mantener a la familia, procurar educación a los hijos, comida, ocio, relaciones sociales... y formación espiritual. Y en este punto es necesario que los padres abran camino y den a los hijos testimonio de un cristianismo activo.

Si después de hacer esto comprobamos que existe realmente una situación de perjuicio para la familia, habrá que cambiar, disminuir e incluso en algún caso extremo, cesar en la actividad apostólica emprendida. No existe ningún compromiso, ni siquiera la oración, por buena que sea en sí misma, que puedan ser una excusa para desatender nuestro hogar.

Nada desequilibrado puede ser bueno. Ha de existir un gran equilibrio entre la acción evangelizadora fuera y dentro del hogar; entre la vida hacia el exterior y la vida hacia el interior. El matrimonio que busca cumplir la voluntad de Dios y se pone en sus manos encontrará siempre la solución a estos conflictos.

XV. LA VEJEZ

Generalmente se considera que la vejez es una edad triste, una época mala, llena de cosas desagradables. Pero si esto fuera así, cuando en un matrimonio los dos llegan a viejos lógicamente tendrían que vivir tristes y considerarse desgraciados; ya no podrían disfrutar de nada bueno y sólo les quedaría esperar la muerte.

Pero esto no es cierto. Cada edad tiene sus propias características, dificultades y enfermedades. En todas las edades de la vida pueden ocurrir desgracias y contratiempos igual que ocurren cosas buenas. Así sucede también en la vejez. Hay que aceptar lo que Dios nos mande, bueno o malo, sabiendo que en definitiva es para nuestro bien.

FELICIDAD EN LA VEJEZ

La felicidad del matrimonio anciano puede ser muy grande. A nosotros nos gusta mucho la frase de San Pablo: «Alegraos siempre en el Señor, de nuevo os digo: alegraos» (Flp 4,4). Notemos que dice «alegraos siempre». Debemos pues vivir alegres también en la vejez. Aunque la vejez se cuenta por los años transcurridos en nuestra vida, en cierta manera podemos decir que no es así. Lo principal, lo que diferencia a un joven de un viejo, es el estado de ánimo. La proximidad de la muerte no es temible para la pareja que tiene fe y que se ha pasado la vida cumpliendo la voluntad de Dios. Para éstos, como para todos los buenos cristianos, la muerte es la entrada en la vida, aunque a la naturaleza le repugne un tanto el paso por la muerte: estamos hechos para la vida. Pero mientras no llegue el momento de dejar el mundo la pareja puede ser muy feliz en la vejez, porque si han vivido según la voluntad de Dios, el amor entre ellos habrá ido en aumento con el tiempo y continuará aumentando hasta el último día.

Juan XXIII, para manifestar lo joven que se sentía a pesar de su avanzada edad, decía con mucha gracia que su alma era nieta de su cuerpo.

Todos hemos conocido a algunos viejos magníficos, lo cual demuestra que es posible en cualquier edad ser agradables, alegres, simpáticos y amables. De esta clase de personas se dice: «Son viejos, pero tienen el corazón joven». Si nos esforzamos por vivir de este modo, los que nos rodean estarán a gusto con nosotros y recibirán bien nuestras indicaciones.

La influencia de los mayores en la sociedad está cimentada en la generosidad, en el espíritu de servicio, y sobre todo, en el amor aprendido durante toda la vida. Por esto, el matrimonio anciano nunca debe desentenderse de su familia: de los hijos, los nietos, los yernos, las nueras, etc., aunque no vivan ya en su casa. Claro está que las cosas ya no son como antes, cuando los padres eran directamente responsables de la familia que habían fundado; cuando podían mandar a los hijos y a la vez tenían el deber de educarlos. Ahora, cuando aquella etapa de su vida ya se ha acabado, pueden seguir ocupándose de cada uno aunque de otro modo: aconsejándoles, pensando en lo que necesitan, en lo que les podría venir bien y en lo que les podría hacer daño; en los peligros que tienen, en los avisos que necesitan y en el modo en que pueden ayudarles; rezando por todos y cada uno de ellos. Deben acogerlos a todos con mucho cariño, sin entrometerse nunca en la vida que ellos hayan elegido.

Pero, sobre todo, el matrimonio anciano no debe desentenderse de los niños. Deben procurar estar a gusto con ellos, por muchos que sean; deben hablar con ellos, contarles anécdotas, historias; hay que explicarles muchas cosas. Los niños en general oyen con mucho gusto a sus abuelos, y con estas conversaciones se les puede hacer mucho bien. Fijémonos que los adultos, al hablar de su infancia, recuerdan a sus abuelos y reviven sus enseñanzas.

Pero los abuelos no hemos de entrometernos en el funcionamiento de las casas de los hijos. Tenemos que ser muy prudentes al aconsejar: hacerlo siempre de una forma muy amable, discreta y educada, aunque su comportamiento nos disguste; aunque nos hagan sufrir; aunque se aparten de Dios y de su ley. En este último caso, debemos

manifestar claramente y sin vacilaciones nuestro desacuerdo con su conducta, pero sin herir. Pero antes de poner por obra todas estas cosas conviene comentarlas y resolverlas entre los dos esposos.

Algunas veces, cuando no se puede hablar a los hombres de Dios, hay que hablar a Dios de los hombres; hay que rezar por ellos. Y esto siempre es posible. Hay que ponerse de acuerdo, madurar las ideas y llevarlas a la oración sabiendo, pues nos lo dice Jesús, que «donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20).

DEFECTOS CARACTERÍSTICOS DE LA VEJEZ

Se habla muchas veces de los defectos y pecados propios de la juventud, y ciertamente los tiene; pero no se habla tanto de los defectos propios de la vejez, y éstos son también una realidad. Creemos que puede sernos muy útil estudiarlos y tratar de corregirlos cuando aún estamos a tiempo, sabiendo que en el futuro, tal vez sin darnos cuenta, correremos el peligro de caer en ellos.

Al envejecer se van deteriorando nuestras facultades: la vista, el oído, la agilidad, la resistencia física, la belleza, etc. Hay enfermedades y limitaciones propias de la edad contra las cuales poco podemos hacer. Probablemente conseguiremos retrasar o aliviar este deterioro llevando una vida sana y sobria: sin fumar ni beber, evitando cualquier abuso, trabajando regularmente, haciendo ejercicio... Pero no es de esto de lo que nos vamos a ocupar ahora. Si la vejez puede llegar a ser repulsiva no es por las limitaciones sino por los defectos que lleva consigo. Las limitaciones pueden causar lástima y compasión, pero los defectos disgustan y hacen desgraciados a los familiares de los viejos.

La tristeza

Es un defecto muy corriente entre los ancianos. Las personas habitualmente tristes alejan de sí a los demás y se quedan solas «por dentro», aunque estén en compañía de otros. A veces estas personas han carecido de horizontes amplios ya desde su juventud. La tristeza es contagiosa, como también lo es la alegría. Todos hemos visto algún anciano o anciana alegre y es notorio cómo atraen a todos, cómo se les admira por este motivo y qué agradable resulta hablar con ellos.

Conocimos hace años a una señora que pasaba de los ochenta y que era tan simpática y alegre que un grupo de chicos jóvenes, durante sus vacaciones, cuando salían por la tarde a sus diversiones, iban antes a hablar y a reír un rato con ella porque les encantaba su conversación y su alegría.

El pesimismo

muchos ancianos son pesimistas. Parece como si de todo lo que se les cuenta o se les consulta no haya nada que pueda salir bien; nada que valga la pena. Desaniman a los demás y estropean sus iniciativas con malos presagios, desilusionan a los que les rodean, hacen daño. Tal vez ellos no han conseguido en este mundo las cosas que desearon, tal vez han tenido desilusiones y por esto esparcen desilusión a su alrededor. Son personas amargadas y vacías.

La falta de interés por todo y por todos: es estar como «muerto por dentro». Nada de lo que sucede en la actualidad tiene, para estos ancianos, ninguna importancia. Todo es despreciable. No hay cosas buenas ni bonitas para ellos. No hay noticias interesantes ni esperanzadoras. Lo único que les parece interesante es lo que pasaba hace muchos años. No se preocupan por las personas. Los niños les cansan y los jóvenes les fastidian. No les afectan o les afectan muy poco las desgracias, las enfermedades o la muerte de los demás.

El egoísmo y la falta de amor

Algunos viejos se sienten con todos los derechos y sin ninguna obligación, pero a la vez creen que los demás tienen para con ellos todas las obligaciones y ningún derecho; no se hacen cargo de su verdadera situación ni de la situación de los que les rodean. Hay ancianos que no agradecen ni los cuidados y atenciones que los demás tienen para con ellos; que se quejan de todo y siempre suponen en los otros mala voluntad. Son suspicaces y de trato desagradable, no hacen favores, no se dejan conducir, quieren mandar siempre, ser servidos; acusan a los demás y echan las culpas a quien sea.

La avaricia

Aparece muchas veces en la vejez, incluso en personas que jamás han tenido dificultades económicas ni las tienen en la ancianidad. Y aparece también en personas que han sido muy generosas durante toda la vida... Tienen la sensación, no razonada, de que les va a faltar lo más indispensable para vivir; se aferran al dinero como avaros y con esta actitud entristecen a sus familiares.

Las manías

Son frecuentes en la comida, horarios, medicamentos, etc. A veces tienen ideas extrañas que hacen sonreír a los demás. Exigen cosas absurdas. Hay personas que antes de la vejez ya tienen manías; éstos deben vigilar mucho, pues tienen el peligro de que esta tendencia vaya en aumento...

Hay que esforzarse continuamente: no creamos que por haber llegado a la edad madura ya no vale la pena seguir esforzándonos en librarnos de nuestros defectos, que ya está todo hecho; no creamos que hemos alcanzado la perfección. Hemos de continuar progresando a lo largo de toda la vida, y esto es así hasta el final de nuestros días. Todos tenemos defectos junto con buenas cualidades. Si durante toda la vida (como solteros primero y después como casados) hemos luchado por mejorarnos, llegaremos a la vejez con un balance muy positivo a favor de las cualidades. Pero para llevar este progreso a su término hacen falta la razón, la voluntad y la vida espiritual. Si marido y mujer progresan juntos, en colaboración, el avance será más rápido y más seguro. El peligro que señala la advertencia bíblica: «¡Ay del solo! que si cae, no tiene quien le levante» (Ecl 4,10), queda alejado cuando existe verdadero amor entre los consortes, cuando tienen el hábito de confiar uno en el otro y cuando se sienten apoyados mutuamente y en todo momento. Si hacemos esto mejoraremos día a día, y los defectos de la ancianidad se suavizarán o desaparecerán del todo en nosotros.

Todos estos defectos se pueden evitar; no es forzoso caer en ellos, pues también hay ancianos que no los tienen. Pero hay que vigilar pues el peligro existe. Y aquí es donde, como matrimonio, nos podemos ayudar. Hemos de vigilar entre los dos; hemos de animarnos, corregirnos el uno al otro, hacernos sugerencias. Hemos de hablar de estas cosas, de cómo podemos evolucionar con los años; de qué cosas hay que mantener, qué hay que cambiar, qué hay que sacrificar, qué hay que conseguir para que nuestra vejez se vea libre de defectos. Hemos de pensar en cómo acertaremos mejor en las relaciones con la familia; qué esperan de nosotros los demás y cómo nos tenemos que comportar cuando nos veamos precisados a depender de la ayuda de otras personas.

EL EMPLEO DEL TIEMPO

Normalmente en la tercera edad disminuyen los trabajos y las responsabilidades familiares. muchas veces pueden, aunque no siempre, organizar su vida de un modo más sencillo: vuelven a ser solamente ellos dos, como cuando se casaron.

Los hijos ya no viven en casa con los padres y la jubilación pone término al trabajo profesional, y en consecuencia aumenta el tiempo libre. ¿En qué podemos ocupar este tiempo del que ahora disponemos? En Dios y en el prójimo. Y el prójimo más cercano es el consorte. Compartir más que nunca proyectos, alegrías, penas... Rezar juntos; hablar de Dios y de las cosas del espíritu; ayudarse en todo: animarse, alegrarse el uno al otro; mantenerse activos, atentos el uno con el otro; «mimarse» mutuamente...

Los viejos no deben vivir como si todo estuviera ya hecho y ahora les tocara descansar. Si todo estuviera hecho por su parte, ya no estarían en el mundo, pues si están vivos es porque todavía tienen algo que hacer. Dios quiere algo más de ellos, su misión en la tierra aún no ha terminado. Y para esto, sea lo que sea, Dios les dará los medios necesarios: su actitud debe ser de búsqueda, como si dijeran: «Señor, ¿qué quieres que hagamos? ¿qué esperas de nosotros aún?».

Hay otra circunstancia de vida que debe tenerse en cuenta: la esperanza de vida se ha alargado notablemente. Antes, a los sesenta años se consideraba que las personas eran ya viejas, y quedaban prácticamente al margen de la sociedad. Tenían sus hijos casados, sus nietos iban creciendo, y ellos mismos consideraban que su misión en la tierra había terminado. Hoy día es frecuente ver como personas mucho mayores están aún en plena actividad.

Cuando los hijos han emprendido su camino definitivo en la vida, los padres, ya jubilados pero aún vigorosos, se encuentran ante una nueva «época»; una especie de segundo noviazgo que se puede disfrutar con gran provecho e ilusión. Es un nuevo regalo de Dios. Tienen ya una perspectiva de bastantes años, y hay muchas oportunidades, muchas posibles actividades para esta edad.

Descansar no es perder el tiempo, aunque hay quienes lo confunden. Hemos de pensar en cómo vamos a emplear este tiempo del que ahora disponemos. Podemos hacer cosas que antes nos hubieran sido imposibles. ¡Cuántas cosas hemos deseado hacer en la vida y no hemos podido! Algunas de ellas podemos hacerlas en la vejez. Conocemos a un excelente profesional que vivió tan entregado a su trabajo que no tuvo tiempo para nada más. Tanto él como su esposa temían la jubilación, porque pensaban que si él quedaba de repente sin nada que hacer, esto le ocasionaría la muerte (hemos visto otros casos en los que, efectivamente, ha sucedido así). Pero estos amigos nuestros se ayudaron para evitar el peligro: entre los dos pensaron y se prepararon para la jubilación del marido. Ella le aconsejó: «Ésta es la hora de hacer lo que toda la vida has deseado y no has podido: ¡pintar!». Y así lo hizo él con gran ilusión. Y esta nueva ilusión la compartieron los dos de un modo muy bonito.

Muchas son las cosas que se pueden hacer en la vejez: leer, estudiar, investigar; aprender un idioma; dedicarse a alguna modalidad de artesanía, ¡rezar sin mirar el reloj!

atender a las personas sin prisas; ayudar a los demás, hacer favores, canguros, pequeños trabajos...

En el caso de unos amigos nuestros, cuando el marido se jubiló consideró que con la pensión que tenía podían vivir bien los dos y por lo tanto ofrecía su tiempo a quienes lo necesitaba para cualquier cosa y se lo pidieran. Tenía una actitud muy simpática y alegre. Había puesto únicamente dos condiciones: que no fuesen trabajos demasiado largos y que no se le exigiese la responsabilidad. Nos dijo que estaba encantado de haber tomado este camino y que disfrutaba muchísimo con lo que hacía.

Otra anciana que cobraba una buena jubilación dijo: «Ya que por un lado cobro sin trabajar, por otro lado, trabajaré sin cobrar». Y así lo hizo, dando clases y cursos gratuitos, y trabajando para la Iglesia.

Cualquier opción es buena menos sentarse en un sillón y decir: «Yo, ya nada». La vejez es una época muy adecuada para emprender una nueva fase en la espiritualidad conyugal, para mantenernos en la línea creciente de amor y servicio al Señor.

SUFRIMIENTOS PROPIOS DE LA EDAD

En el siguiente capítulo intentaremos dar una visión general del sufrimiento; aquí diremos solamente que ante cualquier sufrimiento que nos venga tenemos que hacer tres cosas:

Aceptar con infinito amor lo que Dios nos envía. Pedir fuerza para llevarlo todo con amor y alegría. Y ofrecer todo para colaborar en la Redención.

En ocasiones uno de los dos cónyuges sufre una pérdida de sus funciones; el deterioro es a veces parcial, pero en otras es un proceso progresivo que acaba en la pérdida total de todas sus facultades y ha de ser cuidado por el otro, sin que éste pueda recibir ninguna compensación por lo que hace. En estos casos la fuerza que sostiene a los dos ha de venir de Dios, ya que Él los unió; y también de su amor recíproco mantenido a lo largo de toda la vida. Aunque esta prueba parezca que sobrepasa las fuerzas humanas, Dios nunca abandona a los que han confiado en Él.

Un matrimonio muy bien avenido, amigos nuestros, eran padres de muchos hijos y habían formado una familia muy feliz.

Al envejecer, la mujer sufrió un deterioro progresivo que empezó con fallos en el lenguaje y en la comprensión y acabó con la pérdida total de sus facultades. El proceso duró años y en la última etapa de su vida ella era como una niña pequeña incapaz de entender nada, de hablar ni de andar. Inconsciente, inmóvil, pasó todavía bastante tiempo hasta su muerte. Durante todo el tiempo que duró esta enfermedad el marido cuidó de ella día y noche de un modo admirable, sin demostrar nunca cansancio o fastidio. Cuando aún podía andar, aunque ya muy mal, la sacaba a pasear con paciencia, acomodándose en todo momento a sus posibilidades. Lo más admirable era ver cómo la quería: esto se notaba en todo lo que hacía por su esposa; y cuando ella murió, no fue para él motivo de alivio sino que, por el contrario, la añoraba y la lloró como si hubiese perdido a la mejor esposa del mundo.

Todo esto fue posible porque este matrimonio estuvo siempre muy unido con Dios y muy unidos entre ellos; practicaron la espiritualidad conyugal y vivieron con una actitud sencilla y alegre los muchos buenos momentos y también las penas, que de todo hubo en su numerosa familia. Ahora ya están los dos en el cielo.

Y como resumen de todo lo dicho sobre la ancianidad, valga esta idea: si en el matrimonio no decae el amor a Dios, el amor entre ellos y el amor a los demás, no han de temer la vejez porque para ellos no existe. San Juan escribió el Evangelio y el Apocalipsis cuando pasaba de los 90 años, y fue él quien dijo: «El que no ama, permanece en la muerte» (1 Jn 3,14); por lo tanto: el que ama está vivo. Y si una pareja tiene un gran amor, tendrán mucha vida hasta el final de sus días.

UNAS PALABRAS SOBRE LA VIUDEZ

Este tema queda un tanto al margen del objetivo de este libro, aunque son muchos los matrimonios que tienen una cierta inquietud por saber qué ocurrirá con su matrimonio en el cielo. Se considera que un viudo o una viuda ya no es un matrimonio, y desde el punto de vista de la sociedad civil ya no lo es. Pero, aunque con la muerte se rompe el matrimonio tal como se vivió en este mundo, no se rompe la espiritualidad conyugal; no se rompe el amor si el cónyuge que queda en este mundo lo quiere así y sabe hacerlo. Hace algún tiempo oímos decir a un sacerdote ejemplar que él creía que donde había habido amor limpio, algo quedaba en la vida futura. La Iglesia no se ha definido en este sentido, pero sabemos por San Pablo que el amor nunca muere, y que si hemos amado con amor de caridad, nuestro amor entra en la vida eterna (1 Cor 13,8-13).

Pío XII explica esto con una claridad que no necesita comentarios:

«Aunque la Iglesia no condena las segundas nupcias, señala su predilección por las almas que quieren permanecer fieles a sus esposos y al simbolismo perfecto del sacramento del Matrimonio. Ella se goza viendo cultivar las riquezas espirituales propias de este estado. La primera de todas, nos parece, es la convicción firme de que lejos de destruir los lazos del amor humano y sobrenatural contraídos por el matrimonio, la muerte puede perfeccionarlos y reforzarlos. »

«Es verdad que, en el plano estrictamente jurídico y en el de las realidades sensibles, la institución matrimonial no subsiste; pero lo que constituía su alma, lo que le daba vigor y belleza, el amor conyugal, con todo su esplendor y sus deseos de eternidad, subsiste, como subsisten los seres espirituales y libres que se han comprometido el uno con el otro.»

«Cuando uno de los cónyuges, liberado de las ataduras carnales, entra en la intimidad divina, Dios lo despoja de toda debilidad y de todas las escorias del egoísmo; invita también al que ha quedado en la tierra a adoptar una disposición de ánimo más pura y más espiritual. Puesto que uno de los esposos ha consumado ya su sacrificio, ¿no conviene que el otro acepte el desligarse de la tierra y renunciar a los goces intensos, pero fugaces, del afecto sensible y carnal, que ligaba a los esposos en el hogar y acaparaba su corazón y sus energías?»

«Al aceptar la cruz, la separación, la renuncia a la presencia querida, hay que conquistar ya otra presencia más íntima, más profunda, más fuerte. Una presencia que será también purificadora, porque el que ya mira a Dios cara a cara no tolera en aquellos a quienes más ha amado durante su existencia terrenal el repliegue sobre sí mismos, el desaliento, los apegos inconscientes. »

«Si ya el sacramento del Matrimonio, símbolo del amor redentor de Cristo a su Iglesia, aplica al esposo y a la esposa la realidad de este amor, los transfigura, los hace semejantes, el uno, a Cristo, que se entrega para salvar a la humanidad, y la otra, a la Iglesia rescatada, que acepta participar en el sacrificio de Cristo, entonces la viudez se convierte en cierto modo en la perfección de aquella consagración mutua; representa la

vida actual de la Iglesia militante privada de la visión del Esposo celestial, con la que, no obstante, permanece indefectiblemente unida, marchando hacia Él por la fe y por la esperanza, viviendo de este amor que la sostiene en todas sus pruebas y esperando impacientemente el cumplimiento definitivo de las promesas iniciales.» (Pío XII a las viudas; 16-9-1957)

Vemos que la mayor parte de viudos y viudas no hacen nada por prolongar su relación espiritual, pero desde estas líneas quisiéramos animar a todos ellos -y sobre todo a viudas, que son muchísimas más- a mantener una viva relación espiritual con su consorte que ya está en la otra vida, en la verdadera VIDA, donde finalmente estarán los dos juntos eternamente. Estamos convencidos de que si un matrimonio ha vivido intensamente la espiritualidad conjunta y se han ayudado en su camino hacia Dios y el desarrollo de su familia, cuando uno de los dos muere sigue desde el cielo ayudando a su consorte tanto o más que antes, aunque de distinto modo; no se desentiende de los problemas de la familia. Pueden, su consorte y sus hijos, comunicarse mediante la oración con el que se fue; pueden esperar, con razón, su protección y ayuda. Así como pedimos la intercesión de los santos, podemos pedir también la ayuda de los que se fueron, pues «santo» es todo el que ya está en el cielo. El amor cristiano es lo único que sobrevive a la muerte.

Una señora viuda y sin hijos llegó a los 98 años con muchos achaques y enfermedades. A pesar de ello, no perdió el interés por todos sus parientes y amigos. Cuando había un enfermo, preguntaba por él; si una persona pasaba un disgusto o sufría alguna dificultad, ella participaba, se compadecía y se preocupaba por remediarlo. Estaba también al lado de los que celebraban algún acontecimiento agradable. Tal como dice San Pablo, esta señora se alegraba con los que se alegraban y sufría con los que sufrían (Rom 12,15), y le encantaba poner paz entre los que se peleaban. Se había propuesto no hablar mucho de sí misma y ocuparse de los demás. Su conversación era muy interesante y agradable. Para no perder la inteligencia, procuraba con frecuencia leer algo de su interés en los idiomas que había estudiado, y cuando de dio cuenta de que había olvidado de hacer divisiones, volvió a aprender haciendo ejercicios. Hizo todo lo posible para no decaer y no volverse una carga fastidiosa para los demás. Amable y educada con todos, fue hasta su muerte una mujer muy piadosa y muy unida a Dios.

Una vejez así es posible aún en los casos más difíciles. El cónyuge que ha quedado solo en el mundo debe seguir procurando ofrecer lo mejor de sí mismo a los demás.

El amor es más fuerte que la muerte, y ha de ir siempre en aumento, incluso más allá de la muerte. Podemos lograr en el cielo una unión mayor que nunca.

Del mismo modo nadie puede separar al matrimonio: «Lo que Dios unió no lo separe el hombre» (Mt 19,6). Tampoco Dios los separará si ellos desean permanecer para siempre espiritualmente unidos. El amor entra en la eternidad. De las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, solamente la caridad (el amor), es eterna (1 Cor 13,13). El amor de los esposos cristianos puede prolongarse, más allá de la vida en este mundo, hasta transformarse en Amor Divino.

XVI. FELICIDAD, ALEGRÍA Y PAZ

Estos tres estados de ánimo están muy relacionados entre sí y por esto los estudiamos juntos en un mismo capítulo. En realidad, la paz, entendida en su sentido más amplio, incluye tanto la alegría como la felicidad, según explicaremos más adelante.

El matrimonio -como toda persona- tendrá que pasar por las penas, las contrariedades y las aflicciones que acompañan al hombre a lo largo de su vida como consecuencia del pecado. Pero en medio de todo esto los cónyuges pueden conservar la paz, que es un don de Dios, y que les aportará la felicidad y la alegría de saberse amados por Dios, que vela por ellos y todo lo dispone para su bien.

LA FELICIDAD DEL MATRIMONIO

«Las Bienaventuranzas responden al deseo natural de felicidad. Este deseo es de origen divino: Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia Él...» (CIC 1718). Todos hemos experimentado este deseo, y por esto nos alegra en gran manera leer en el Catecismo de la Iglesia Católica que es Dios quien lo ha infundido en el corazón del hombre. Felicidad de la que, hasta cierto punto, podemos disfrutar ya en este mundo.

Dios no hace nada en vano: y si nos ha dado el deseo de felicidad, esto es una señal segura de que, siempre que sigamos el camino adecuado, podremos alcanzarla. Y de ahí viene la certeza que tenemos de que si nos hemos casado siguiendo la vocación de Dios, podemos esperar confiadamente conseguir la felicidad en nuestro matrimonio. Dios no cambia: Él es quien ha puesto en el corazón del hombre el deseo de felicidad y si ésta no se consigue será por causa del hombre, no de Dios.

Ciertamente que la felicidad perfecta y sin sombras solamente la pueden alcanzar los bienaventurados en la vida futura, pero como iremos viendo, es mucha la felicidad que podemos alcanzar en este mundo, felicidad con la cual Dios premia a quienes hacen su voluntad.

Marido y mujer están ligados uno al otro de tal manera que no es posible que un consorte sea feliz y el otro no. En el matrimonio, o bien los dos son felices o los dos desgraciados. Nadie puede construir su felicidad a costa de la infelicidad del otro. Por la misma razón, si emprenden el camino de la felicidad, del amor según lo quiere Dios, comprobarán que cualquier esfuerzo que hagan para que el consorte sea feliz, además de conseguir esto, redundará en felicidad propia: cada uno de los cónyuges será tanto más feliz cuanto más procure hacer feliz al otro.

Hagámonos esta pregunta: ¿Qué puedo hacer para que mi marido, mi mujer sea más feliz? Si lo hago, también yo seré más feliz; seremos más felices los dos. Esto es de sentido común pues somos una sola carne (Mt 19,5-6), una sola vida, formada por dos vidas que Dios ha unido.

La felicidad de los casados puede ser muy grande, pero para que sea posible hay que cumplir la voluntad de Dios, siguiendo fielmente el Plan que Él ha dispuesto para el matrimonio.

En capítulos anteriores ya hemos visto como el matrimonio ha sido instituido por Dios y tiene un Plan bien concreto y determinado para su realización. Marido y mujer tienen que estar seguros de que van por donde Dios quiere; que tienen los hijos que Él quiere; que pasan por las dificultades que Él les envía. Tienen que vivir sin miedo, siempre felices, ciertos de que van hacia Dios y que, por lo tanto, van hacia la felicidad.

Dios es el único que puede hacer feliz al hombre: el poder de hacernos felices no lo ha delegado en nadie. Esto, naturalmente, es así no sólo para el matrimonio sino para

todas las personas, sea cual sea su estado; pero centrándonos en el matrimonio: sólo Dios puede hacer feliz a la pareja. La felicidad del matrimonio o viene de Dios o no se consigue.

Conocimos a un matrimonio joven. Llevaban ya algunos años casados y tenían un hijo. Tenían salud, eran inteligentes, guapos, sin problemas económicos. Acudieron a nosotros para pedirnos ayuda, pues estaban pensando en separarse. Nosotros creíamos que les había pasado algo grave pero al hablar con ellos comprendimos no era así. No había pasado nada, ni siquiera se habían peleado: estaban como decepcionados. Nos preguntaron si podíamos ayudarles, pero precisaron- sólo con medios humanos; sin hablar de Dios. Les dijimos que había medios humanos que podían ayudarles; que estos medios humanos se pueden y deben utilizar. Pero que de Dios no se puede prescindir. Hay situaciones en las que, o bien nos agarramos a Dios, o bien nos hundimos... pero siempre podemos encontrar a Dios tendiéndonos la mano para que nos agarremos a ella.

Creemos que esta pareja era un «botón de muestra» de tantas otras que creen que si tienen esto, aquello y lo de más allá, ya sabrán ser felices; piensan que para esto no necesitan a Dios en absoluto.

Pero Dios les había dado todo lo que creían necesario y suficiente para ser felices, y con todo esto comprobaron que no lo eran y así lo reconocían.

Como ellos hay muchos que no saben dónde está su verdadera felicidad.

Y en esto se cumple una vez más lo que Jesús dijo. «Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15,5). Sin Él no podemos alcanzar la felicidad; no podemos alcanzarla solamente con nuestras fuerzas.

Si echamos un vistazo a los matrimonios que nos rodean, las separaciones y divorcios que diariamente se nos presentan, queda demostrado muy a las claras que el número de los que no alcanzan la felicidad en este mundo es muy grande.

Actualmente hay quienes van al matrimonio con un cierto miedo porque lo que ven a su alrededor no es muy animador, y a veces se preguntan: «¿y a nosotros, puede pasarnos lo mismo?» Han de casarse seguros de que no van a fracasar si ponen los medios necesarios.

EL SUFRIMIENTO

Cada vez nos encontramos con más gente que no sabe ni el «por qué» ni el «para qué» del sufrimiento en el mundo. Y lo peor es que esto les aleja de Dios y les llena de dudas. La ignorancia sobre el significado y valor del sufrimiento alcanza incluso a personas buenas y aun piadosas.

En el mundo hay mucho sufrimiento, todos podemos verlo, y también podemos ver que nadie se libra de él. Este sufrimiento a menudo nos desconcierta y muchas veces nos hacemos preguntas como éstas: ¿Por qué la enfermedad, el hambre, la miseria? ¿Por qué las inundaciones, los huracanes, etc., que causan tantas muertes y sufrimientos? ¿Por qué los niños quedan mutilados o mueren en las guerras? ¿Por qué esta persona, que es tan buena, tiene cáncer y padece estos dolores horrorosos?

Algunos van más allá y se atreven a juzgar a Dios: «Si Dios es bueno, ¿cómo permite la injusticia? ¿Cómo permite la violencia, los secuestros, los abusos o el terrorismo?» «Dios no es justo pues, ¿por qué a tantas personas malas les sale todo bien y a este pobre le toca sufrir tanto?» Otros no se atreven a decir que Dios no es bueno, pero no saben cómo «defenderlo».

Todas estas preguntas pueden resumirse en ésta: ¿Por qué el sufrimiento?

El sufrimiento entró en el mundo como consecuencia y castigo del pecado de Adán y Eva. Así pues, el pecado original junto con todos nuestros pecados actuales son la causa del sufrimiento del mundo.

Fue el demonio el que indujo a pecar a nuestros primeros padres y el que a lo largo de toda la historia ha seguido tentando a los hombres para apartarlos de Dios. En consecuencia, directa o indirectamente, tanto si el pecado viene de la tentación del diablo como si viene de nuestra naturaleza caída a causa del pecado original, el demonio es el responsable de todos nuestros males, sufrimientos y desgracias (aunque él intenta echarle las culpas a Dios).

El sufrimiento, pues, es castigo del pecado, y esto responde a la pregunta: ¿Por qué el sufrimiento? Pero hay una segunda pregunta: ¿Para qué el sufrimiento? Y la respuesta es mucho más consoladora:

Dios ha transformado el sufrimiento en camino de Salvación. Jesús mismo ha tomado sobre sí el castigo de los hombres; ha asumido el sufrimiento y por medio de él, ha redimido el mundo. Y a nosotros nos ha dado la posibilidad, si aceptamos nuestro sufrimiento y lo unimos al suyo, de convertirlo con Él en Redención.

Del sufrimiento proceden muchos bienes. Por medio del sufrimiento ofrecido a Dios se obtienen muchas cosas buenas, se remedian infinidad de males, se salvan muchas almas. Y hay muchísimas personas que todavía no conocen a Dios, que lo rechazan, que

se condenan... Además de esto, y en el terreno personal, por medio del sufrimiento se consigue la unión con Dios y se alcanza la santidad.

Cuando aceptamos el sufrimiento, uniéndolo a la oración, al amor, podemos conseguir que los méritos de la Redención de Cristo se apliquen a personas concretas (y hay tantas que lo necesitan...), pues aunque la Redención de Cristo es sobreabundante y alcanza a toda la humanidad y a todos los tiempos, Él ha querido unirnos a su Obra Redentora y permite que nuestros sufrimientos «completen» los suyos. Dios en cierta manera necesita de nuestro sufrimiento para ayudar a los demás; es San Pablo quien lo escribe: «...completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24).

Esto es lo que afirma, en esencia, la doctrina del Cuerpo Místico -verdad de fe proclamada en el Credo al decir: «(Creo en) la comunión de los Santos»- cuando nos dice que todos los cristianos formamos un solo cuerpo cuya cabeza es Cristo, y que podemos ayudarnos unos a otros con nuestros méritos y sufrimientos.

El sufrimiento sirve, pues, para ayudarnos y ayudar a otros a alcanzar a Cristo, y obtener de Él la Salvación. Ésta es la razón por la cual, cuando Dios nos envía un sufrimiento, lo primero que hay que hacer es aceptarlo, porque es para nuestro bien y el de otras personas; y, una vez aceptado, hay que ofrecerlo, «darlo» en bien de los demás y a poder ser con alegría, porque «Dios ama al que queda con alegría» (2 Cor 9,7). Los pecadores se convierten con la oración, el sacrificio y la confianza en Dios.

Por este mismo motivo conviene también ofrecer sacrificios voluntarios, es decir, aceptar trabajos, sufrimientos y renunciaciones costosas, aun sin tener ninguna obligación de hacer nada de esto. Al ser voluntarios, estos sacrificios tienen un carácter de obsequio a Dios y proceden exclusivamente de nuestro amor a Él.

Pero los sufrimientos de este mundo los padecemos sólo en la medida en que Dios lo permite; y Dios, nuestro Padre que tanto nos ama, nos los da con moderación, con amor. Nos los da para nuestro bien y para el bien de todos los hombres. Los sufrimientos de esta vida duran poco, y tras ellos, nos espera la felicidad completa por toda la eternidad.

Juan XXIII decía algo que a nosotros nos gusta mucho: para afrontar un sufrimiento, un problema, hagámoslo con sencillez de espíritu y entonces podremos enfocar la situación con la serenidad con la que se tratan las cosas pasadas.

El sufrimiento en el matrimonio

Todo lo que se ha dicho hasta aquí sobre el sufrimiento es así para todas las personas, sean solteros o casados, religiosos o laicos. Como todo el mundo, los casados tienen que pasar por muchos sufrimientos a lo largo de su vida; sin embargo, cuando en un matrimonio los dos están bien unidos entre sí y unidos a Dios, esto sólo ya supondrá un alivio en el sufrimiento, pues una pena compartida con alguien que nos quiere y a quien queremos, se suaviza de tal modo que a veces llega incluso a desaparecer. El

sentirse comprendido por el otro, amado y ayudado, compensa la misma pena o el disgusto.

Conviene que el matrimonio ponga toda su confianza en Dios y en la Virgen María; ellos están a nuestro lado y nos aman como no podemos ni imaginar. El convencimiento de que esto es así nos consolará en medio del sufrimiento, nos hará vivir sin ningún temor y nos dará la seguridad absoluta de que Dios no va a abandonarnos en los momentos difíciles. Estamos en las manos de Dios.

LA ALEGRÍA SIEMPRE ES POSIBLE

La alegría habitual es siempre posible y querida por Dios, aun en medio de las pruebas más duras: «No os sorprendáis del fuego que ha prendido entre vosotros para probaros... antes habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo...» (1 Pe 4,12-13). También San Pablo dice de sí mismo: «Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 7,4). Y el mismo Jesús, en el Evangelio: «Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan... alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa ...»(Mt 5,11-12).

Los sufrimientos de este mundo no nos impiden estar alegres; Dios quiere que vivamos así; San Pablo, como hemos visto en el capítulo anterior, nos exhorta a estar siempre alegres (Ulp 4,4).

Para convencer a otros, para evangelizar, para mostrar el camino a alguien, para consolar al que sufre... hace falta la alegría. Uno de los frutos del Espíritu Santo es el gozo. La Virgen María, aquella sobre la que había descendido el Espíritu Santo, dijo: «Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu exulta de gozo en Dios mi Salvador...» (Le 1,46-47).

La alegría no es ruido, alboroto o aturdimiento. Es algo más profundo, que afecta a toda la persona, tanto al alma como al cuerpo, y procede del Espíritu Santo.

Las alegrías aumentan al ser compartidas, mientras los malos ratos disminuyen y hasta desaparecen cuando nos sentimos acompañados por el otro, cuando confiamos totalmente en él, cuando estamos en comunicación total con él.

De una situación difícil saldrá un aumento de nuestra confianza e intimidad con Dios, y un renacimiento de la alegría de sabernos en tan buenas y poderosas manos. También hemos de ser muy sensibles y agradecidos por todo lo bueno que nos da Dios, y no recordar solamente las penalidades y los malos momentos.

La alegría hay que pedirla. «Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16,24). El mismo Señor nos anima a pedirle lo que necesitamos y nos dice: «cuanto pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre» (Jn 15,16).

Que la Virgen María, a quien se la invoca como "Causa de nuestra alegría" nos la alcance.

LA PAZ Y TODOS LOS BIENES

La palabra hebrea SHALOM se traduce por paz, pero tiene un significado más amplio, y abarca en realidad la paz y todos los bienes. Vista de este modo, la paz es el mayor don de Dios, el que incluye a todos los demás. En consecuencia, esta paz bíblica incluye también la felicidad y la alegría. Los franciscanos intentando aproximarse al sentido de la palabra hebrea, bendicen diciendo: Paz y Bien.

En el diccionario leemos que la paz es la «virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuesta a la turbación y a las pasiones. Es uno de los frutos del Espíritu Santo».

La paz en la Biblia

Si recurrimos a la Biblia, encontraremos numerosos textos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, de donde se desprenden los diversos significados que puede adoptar la palabra «paz». Ciertamente significa tranquilidad y sosiego, pero también alegría, seguridad, contento, satisfacción, etc. La paz que da Cristo es la PAZ total, la PAZ BÍBLICA.

La paz no es algo externo a nosotros; no es consecuencia de las circunstancias que nos rodean. Quien intente encontrar la paz en el exterior, sólo encontrará la paz que da el mundo, que no es la verdadera paz.

Cuando Jesús dio la paz a sus discípulos, distinguió la verdadera PAZ -que es en realidad la que nos interesa- de la paz que da el mundo. En el Evangelio de San Juan podemos leer: «La Paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo» (Jn 14,27). La paz mundana, que Jesús señala, es una paz inestable, como también son inestables las circunstancias exteriores de las que depende. El sosiego y la tranquilidad que esta paz puede darnos son precarios y están perturbados por la inquietud y la inseguridad de las cosas en las que se apoyan.

Pero Jesús, cuando nos da su PAZ, añade: «No se turbe vuestro corazón ni se acobarde». Esta paz que surge de nuestro interior, motivada por la presencia de Dios, elimina la inquietud por la incertidumbre de lo que pueda suceder en el futuro. Confiamos en Dios, en quien no hay cambios, y sabemos de quien nos hemos fiado; sabemos que no puede defraudarnos.

El fundamento de la verdadera PAZ está en reconocer que somos verdaderos hijos de Dios, del Dios que nos ama siempre y que tiene inagotables recursos para remediar nuestros males si no le rechazamos.

Entre los judíos y otros pueblos orientales la gente se saluda deseándose la paz; «la paz sea contigo» «la paz sea con vosotros». Éste era también el saludo característico de Jesús.

El mensaje del Evangelio tiene la constante de darnos siempre la paz: cuando Jesús manda a los doce de dos en dos para anunciar la proximidad del Reino de Dios, les dice: «Al entrar en la casa, saludadla (deseándole la paz). Si la casa fuese digna, llegue a ella vuestra paz; mas si no es digna, vuestra paz vuelva a vosotros» (Mt 10,12-13). Durante la última Cena, la víspera de su Pasión y a modo de testamento, Jesús dice a los suyos: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). Y cuando después de la Resurrección se aparece a sus discípulos su saludo es «La paz sea con vosotros» (Le 24,36).

Cuando correspondemos al amor que Dios nos tiene, avanzamos por el camino que nos conduce a la PAZ; cuando vivimos como hijos de Dios, el primer fruto que obtendremos será la PAZ. Entonces podremos comunicar y dar esta paz a los demás, pues para poder darla es indispensable que primero la tengamos nosotros.

Jesús nos dice: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y nzi Padre le anzará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14,23).

Cuando Dios está dentro de nosotros está más dentro que nosotros mismos. Esto nos reporta muchos beneficios. Recordemos, entre otros, los frutos del Espíritu Santo, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, modestia, continencia, castidad (Gál 5,22-23).

Métodos de relajación orientales

Aquí hay que hacer una nota aclaratoria. Para conseguir un estado de paz interior hay quien recurre a los métodos de relajación orientales: yoga, meditación trascendental, etc. a los que se atribuyen unos resultados muy positivos en lo que a la paz se refiere. Sin embargo, no es ésta la paz de Cristo; la paz que con estos métodos puede conseguirse es, todo lo más, la paz del mundo. Son frutos de árboles no cristianos y, a la larga, acaban apartando del verdadero camino a quienes se aficianan a ellos. Ésta es la opinión de René Laurentin y viene corroborada por su experiencia.

Clima de paz

La paz en la que vivimos cuando estamos en gracia crea un clima amable y benéfico a nuestro alrededor. Con una persona que posea los frutos del Espíritu Santo, se está bien; se desea estar con ella. Cuando tenemos la paz, sin darnos cuenta la comunicamos a nuestro consorte y a nuestros familiares, y con la paz, comunicamos también el bienestar, la felicidad y la alegría. Con paz ayudaremos a los familiares a entrar en este clima de benevolencia, a tomar parte en la vida de familia, a procurar el bien de los demás. Cuando no hay paz una familia no funciona.

Si en una familia hay paz, los hijos se sentirán mejor en casa; los consejos y correcciones serán más ponderados y más impregnados de caridad. Se podrá vivir el cristianismo con mayor facilidad. La paz nos ayuda a ser fuertes en las dificultades. Es uno de los mayores bienes que puede disfrutar el ser humano. La PAZ está cimentada en Dios. Todas estas cosas son más fáciles de vivir que de pensarlas o hablar de ellas.

Jesús nos ha dicho: «La paz os dejo, mi paz os doy». Esta misma PAZ que nos ha dejado en herencia, nosotros también podemos dejarla a nuestros hijos y familiares. No es necesario hacer ningún esfuerzo para comunicar la paz: el que la tiene, la comunica sin darse cuenta.

Las cosas que valen hay que pedir las: pidamos la PAZ a Jesús por medio de María, "Reina de la Paz y de la Familia".